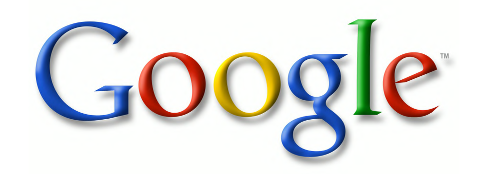
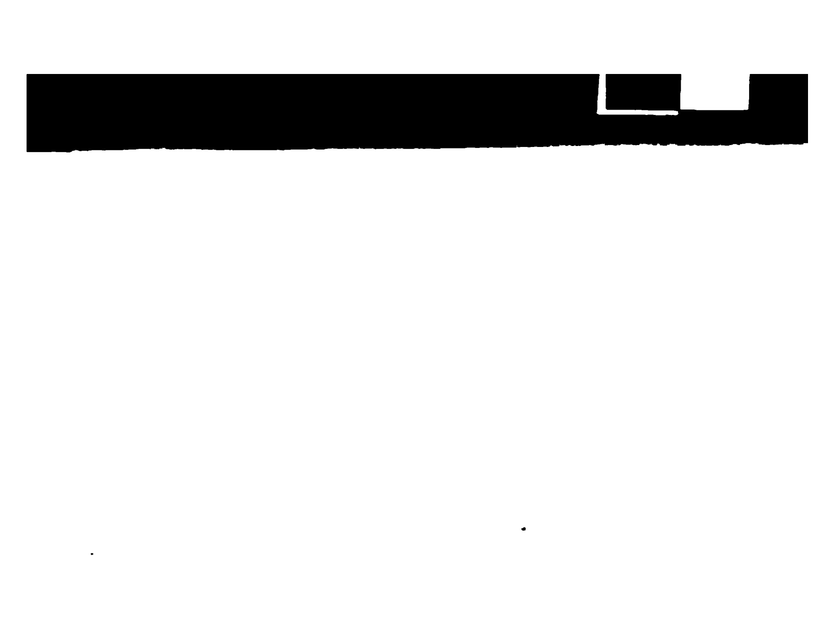
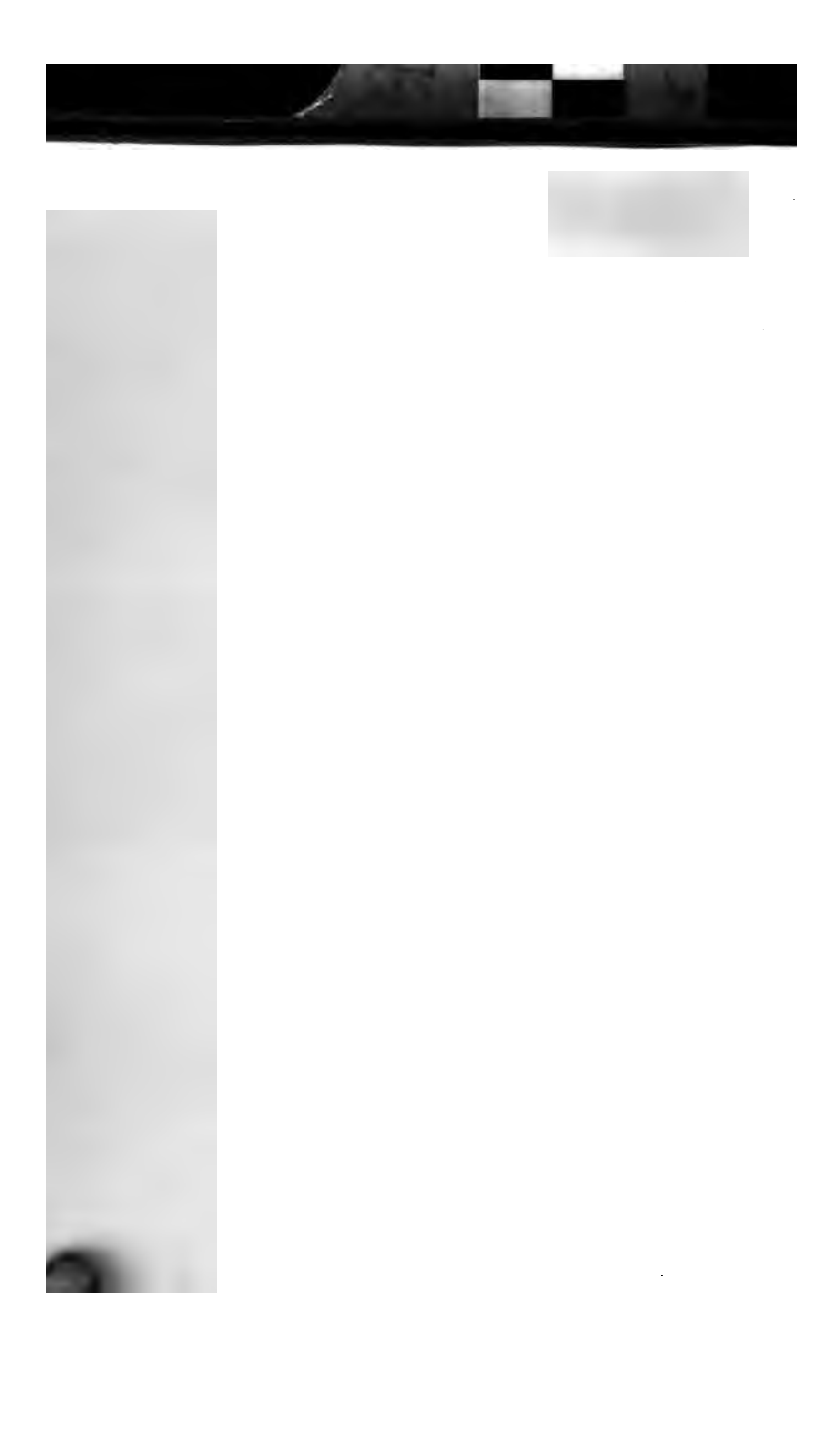






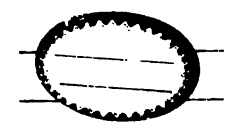




POESIAS

DE

DON RAMON VELEZ HERRERA.





HABANA.

Imprenta del Gobierno por S. M.

1838.



AL BACHILLER

DON ANTONIO VERTUA Y PUT

EN PRUEBA DE LA AMISTAD QUE LE PROFESA

EL AUTOR.





La Revelacion.

DEDICADA

A LA SEÑORITA DOÑA M. DE J. M.

Nace con luz apacible
Espléndido y bello el dia,
Y la animada alegría
Derrama en la inmensidad.
Vida, frescura y colores
En el yerto mundo vierte,
Con dardo inútil la muerte
No enluta su magestad.

¡Mas cuando roto su cetro
La callada noche impere,
Con su yelo agudo hiere
Al rio, la fuente y flor:
Hasta las pintadas hojas
Perderán su blando aliento,
Sin fuerza, ni movimiento
La dormida creacion.

Así el amor delicioso
La muda tierra embellece,
Y obra sublime parece
De la alta divinidad:

A un abrasado arenal:
Sin hojas y sin verdura
Crece el árbol silencioso.
Y es desierto misterioso
Cuanto alcanza á contemplar.

Las acechadas diademas
Cebo á la ambicion traidora,
El necio mortal adora
Deslumbrado á su esplendor:
El dulce ruido del aura
Si las tiernas flores mece,
Me halaga porque adormece
El fuego del corazon.

Que el alcázar regio asedian
La torpe lisonja, el lloro,
Y entre mármoles y oro
Se esconde calumnia vil:
Una pajiza cabaña
Que besa el raudal jugando,

El cáliz de proscripcion,
Mas que el beso de la vírgen
Que niega tímida ó ingrata,
Y que el amante arrebata
A horas de olvido y amor:

Mas si el mágico retiro,
Dulce muger, hermosearas,
La triste vida halagaras
Con los sueños de ilusion;
Te vieramos candorosa
Tender la benigna mano,
Y contra el destino insano
Ser ángel consolador.

Tu purificado ambiente
Mas que el incienso sagrado,
Paréceme destinado
A los misterios de Dios.
Tus rojos labios exhalan
Un aroma delicioso
Mas balsámico y sabroso
Que el fragantísimo olor.

Si hablas, su grato murmurio
El cristalino arroyuelo
Suspende, cual si del cielo
Oyera mística voz.
Tu magia consoladora
Presta vida á la existencia,
Cuando sordo, sin clemencia,
Cierra su oido el amor.

Y á mis atónitos ojos
Reluces, vírgen amada,

De mi alma reverenciada
Por tu inocencia y virtud;
Como en la hoja caida
Que el radiante sol refleja,
La perla herida semeja
Iris hermoso de luz.

Que nunca tus frescas rosas
Marchite el hombre inclemente,
Ni infeste tu pura frente
La inconstante veleidad:
Que si levanto en la noche
Mis ojos al claro cielo,
Como fuente de consuelo
Adoro allí tu beldad.

Paréceme si contemplo
Tu faz divina y radiosa,
Que la mano prodigiosa
Te dió el ósculo de paz.
Y que revelas al hombre
Del mundo desconocido,
Aquel secreto escondido
En la alta divinidad.

Cuando el engañoso amante
Amor á una bella jura,
Y aja su boca perjura
A la indefensa virtud;
Triunfa su pérfido acento
De su dèbil resistencia,
Emponzoña su existencia
Y le abre oscuro ataud.

Pulsan éntónces las arpas
Las vírgenes misteriosas,
Y los jazmines y rosas
Ciñe en la empìrea region,
¡Dulce muger! Tu serías
La primera que inspirando,
El acento digno y blando
Sonara propicio á Dios.

Pues te formó con su mano
Entre sus obras postreras,
Para que oráculo fueras
De su admirable poder.
Y su omnipotente genio
Quiso que el orbe pasmado,
Buscase en tí el ignorado
Gérmen de gloria y placer.

Cuando risueña te miro
En las horas de sosiego,
Calmas de mi mente el fuego,
Me vaticinas el bien;
Y la oculta profecía
Que grabó en tu frente el cielo,
Es la estrella de consuelo
Que resplandeciò en Belen.

Cuando por la vez primera
Escuché tu tierno acento,
Me deleitó un pensamiento
Como recuerdo feliz;
Y era el acento materno
Que en mi oido resonaba,
Cuando mi madre rodeaba
La cuna donde nacì.

Es ménos dulce á mi pecho,
Ménos grato que tu encanto,
Puro, candoroso, santo
Cual la augusta religion;
Y como estático adora
El sacerdote postrado,
Su culto reverenciado
Por alta revelacion.

Así me elevo á tu vista
Férvido, atónito, ardiente,
Pues ha tocado mi frente
Un invisible poder;
En mi entusiásmo te adoro
Con tus rayos me iluminas....
Perdona ¡oh Dios! ya me inclinas
A que no olvide la fé.

. . —— ——

EL COCUYO.

A ZULEMA.

En valde, insecto voluble,
Entre licenciosas palmas,
Meciò tu rústica cuna
La brisa con blandas alas.
Felice, libre y contento
El blando lecho habitabas
En el escondido seno
De una ceiba derribada.
Pobre, ignorado y oscuro
Por las selvas solitarias,
Sobre los desnudos riscos
Con sesgo vuelo cruzabas.
Donde fértil primavera
El árbol de la abundancia
Corona de espiga y flores,
Reviste de pompa y gala.
Donde las turgentes pomas
Que la fresca aurora cuaja
Con el balsámico aliento
Los sentidos regalaban;
Y donde el paterno rio
En islas de azul y nácar,
Con apacible murmurio
Mueve sus guijas doradas.
En el tronco envejecido
Que el duro tiempo maltrata,
Límite cierto el destino
A tu ambicion señalara;
Y los árboles frondosos

Que ni esclavizan, ni ēngañan
Seguro asilo inocente
En la noche te brindaban.
Allì viviste tranquilo
En soledad encantada,
Oculto del hombre impío
Y de su implacable saña.
Del hombre infiel que blandiendo
La segur encarnizada,
Ni respeta la inocencia,
Ni las virtudes acata.
Mira esas selvas frondosas,
Esa inclinada montaña
Que derribó con su mano,
Y con firme huella tala.
Las linfas del arroyuelo
Sobre un manto de esmeralda,
Y en lecho de espuma y flores
Hermosos campos bañaban.
Ciñendo grillos de bronce
Corren hoy acanaladas,
Doblando el indócil cuello
A la cadena pesada,
Do el despotismo insolente
La armada frente levanta
Y hasta el libre pensamiento
Con mudo horror amenaza.
Y árboles bellos que un dia
Vida y frescura ostentaban,
Cuando el lascivo Fabonio
Entre las flores jugaba.
Yacen hoy leños rompidos
A cuya pompa asolada,
El pasagero piadoso
Dulce recuerdo consagra.

¡Bello Cocuyo! Soñando
Con la mentida esperanza
Dejaste el rústico albergue,
Y á las ciudades volabas;
Donde una pérfida mano
De tu albergue te arrancara,
De tu albergue don del cielo,
Que la ambicion arrebata,
Unico bien mas preciado
Que la grandeza mundana
Y de esclavitud horrible
Llevas la indeleble mancha.
Ya no vuelas cual solias
De la alta copa á la rama,
Ni saludas bullicioso
Al son que forman las auras
El melancólico velo
De la noche sosegada.
Ni con fúlgidos cambiantes
Tornasolas, bulles, pasas,
Como flecha despedida
Que el arco corvo dispara.
Como el mísero que adula
La mano que lo maltrata,
Finge en su rostro alegría
Serenidad en su alma.
Mas ¿qué travieso y festivo
Abres las sonantes alas,
Tiendes el rápido vuelo
Y besas la undosa falda
De la hechicera Zulima
Que me rinde y avasalla
Que roba los corazones,
Que los mortales encanta?
Ya del nacarado seno

A la blanca espalda saltas;
Ora en los eburneos dedos,
Ora en la menuda planta
Juegas ligero pasando
A la túnica preciada,
Donde el cefirillo mece
La delgadísima holanda.
El ébano del cabello
Como á tus rayos resalta,
Y el nácar de las mejillas
Las negras alas contrastan.
¡Blanco feliz de mi envidia!
¡Una y mil veces bien haya
El instante delicioso
En que el bosque abandonaras!
Con inefable ternura
Ya te acaricia y halaga
La vírgen encantadora
A la virtud destinada.
Blandos lazos de placeres,
Tus pies y tus manos atan,
Tu esclavitud venturosa
Por mi libertad trocara.

EL RIZO DE ZULEMA.

Dulce es gozar de la hora
El que el sol como un gigante,
De su lecho rutilante
Alumbra la creacion;
Cuando las tocadas nubes
Flotantes sobre los cielos,
Parecen brillantes velos
Que ocultan al Creador.

Y tender el ojo inmóvil
Al mar que sordo bramando,
Va el límite traspasando
De la alta divinidad;
Y sobre la blanca espuma
Perderse la luz postrera,
Como la pálida hoguera
Del moribundo volcan.

O cuando el árbol se mece
Con deliciosa armonía,
Y secreta profecía
En nuestra mente grabó;
Entónces el blando ruido
Va las hojas agitando,
Hojas que van renovando
Un tiempo que se perdió.

Es un misterio escondido
En la rama descuidada,
Donde la mente lanzada

Revela un bello ideal....
Lo pasado y lo presente
El pensamiento preside,
Cúando el ojo atento mide
Una vasta inmensidad.

Dulce es el canto en el bosque
Al despuntar la mañana;
Dulce la tórtola ufana
Si el sesgo vuelo tendió:
Dulce es el son compasado
Del cristalino arroyuelo,
Que presta al mágico suelo
Aromas, fragancia y voz.

Y el incesante murmullo
De la selva misteriosa,
O de luna candorosa
El amarillo fulgor:
Que el limpio azul de los cielos
En la noche va tocando:
Cielos y tierras bañando
En las delicias de amor.

Pero es mas grato á mis ojos
Ver el destrenzado rizo,
Obra perfecta que hizo
La omnipotencia de un Dios:
En tu apagada mejilla
Con el viento que lo mece;
Mis sentidos adormece
Bajo el velo del pudor.

En él clavada la mente
Vé el porvenir lisonjero;

Como el triste marinero
Busca la estrella polar. . . .
El es la gloria suprema
De mi casto pensamiento:
El revela el sentimiento
En mi amarga soledad.

¡Vírgen cubana! ¿quién pudo
Mirar tu encanto sublime
Que en el alma ardiente imprime
Oscilacion y vaiven;
Sin rendirte el albedrìo,
Sin anhelar tu cadena,
Cautivo que se enagena,
Y besa esclavo tus pies?

Servidumbre mas preciada
Que la mezquina grandeza,
Mas que la odiada riqueza
Que encadena la virtud:
Mas que el estéril tesoro
De inútil sabiduría,
Que se afana noche y dia
Entre tinieblas y luz.

Tu flotante cabellera
En la blanca espalda tiendes,
Y mi corazon suspendes
En secreta languidez:
Ya en ondas breves se mece;
Ya undívaga se despliega,
Y el viento lascivo juega
Estasiado de placer.

Ya seduce y enamora
El ébano reluciente,
Ya vaga inquieta la mente,
Y arde oculta inspiracion;
Y el fuego de la mirada
Se repliega en el cabello,
Como exhalado destello
Del volcan de una pasion.

Cuando la luna de Enero
Con melancólico rayo,
En moribundo desmayo
Hace las hebras lucir....
Ilusiones seductoras,
Encantan mi fantasía,
Y se agita el alma mia
Con un recuerdo feliz.

Para tí alfombra los campos
La pintada primavera,
Y trasciende la pradera
Con su balsámico olor;
Y entonan los ruiseñores
Sus canciones melodiosas,
Y los jazmines y rosas
Ciñen tus sienes de amor.

Y cuando murmura el viento
Del alto monte en la falda,
Viene á arrancar la guirnalda
Que destina para tí.....
Bañada en el aura pura
Con embalsamado ambiente,
Esparce en tu blanca frente
El aroma de alhelí.

¡Ah! del mundo en la corriente,
¡Pobre flor! si te lanzaras
El dardo amargo probaras
Que asesta la iniquidad.
¿Qué vale, casta inocencia
Ese mirar, ese rizo?
De la muger el hechizo
Lo asedia la falsedad.

¿Qué vale la inteligencia
Del hombre, rosa cubana?
¿Qué vale la luz temprana
En un recio temporal?
Al traves de las pasiones
El pensamiento enmudece,
Y el hombre injusto parece
Nuncio de un hado fatal.

¿No lo ves con falso aliento
Engañar vano y mentido,
Encadenando atrevido
La antorcha de la razon;
Y seduce casta vírgen.
Emponzoñando su vida,
Cuando sublime convida
A la paz de dulce union?

Y orlado con los laureles
Que pregonan su victoria,
Funda el imbécil su gloria
En vergonzoso baldon.
Y miéntras que triunfa y rie
La tórtola abandonada,
En lloro triste bañada
Alza sus ojos á Dios.

¡Hombre feroz! Las querellas
De vírgen encantadora,
Por tu perfidia traidora
Penetran mi corazon:
Ellas revelan al alma
Que sin virtudes el hombre,
Es una fiera sin nombre,
Es un coloso de horror.

¡Vírgen cubana! Ese rizo
Es signo feliz de alianza,
Es el iris de bonanza
En la negra tempestad...
Es mi consuelo: mi gloria:
Deja que absorto lo mire,
Y que la mente se inspire
En su vago meditar.

AL LICENCIADO

Don Juan Bautista Carrillo y Ancona.

La vuelta del Poeta á su patria.

Poeta! tú, que viajaste
Sobre el piélago agitado,
Tú, que otro mundo has cruzado
Sobre el ligero bajel.
Y tras de penosa ausencia
Tornas al paterno rio,
Recibe el acento mio
De entusiasmo y de placer.

Juntos pulsamos la lira
En las horas de la infancia,
Signo feliz de constancia
En la divina amistad.
Tú que otras tierras corriste
Vuelves en la edad madura
Que estrangero sin ventura
Es el hombre sin hogar.

Cuando el sereno horizonte
Iba tu nave cortando,
Y en los mares dibujando
Surcos de espuma y de luz.
Y un gigante descubrias
Espléndido, transparente,
Escondiendo su alba frente
En el firmamento azul.

¡Era tu patria! Vestida
De palmas y de verdura,
Y el aroma y la frescura
Llevaba el viento del sur.
Parece que se mecia
Sobre la mar argentada,
Con la diadema adornada
De la fresca juventud.

Isla de amor y ventura,
Jardin del mundo bañado
De un ambiente embalsamado,
Hija querida del sol.
Dulce amada del occeano
Que cuando sus costas baña
Léjos de tronar con saña
La acaricia bienhechor.

Inmóvil al recio empuje
De la discordia y la guerra,
Ostenta su hermosa tierra
Con el árbol de la paz.
Altar que consagra al hombre
Para el bien de los humanos,
El Hacedor con sus manos
Con signo de eternidad.

Y el humo de nuestros campos
Que cual pirámide sube,
Tal vez ondeaba en la nube,
De oro, pùrpura y zafir,
Y el grato murmullo oias
De los mansos arroyuelos
Retratando de lòs cielos
La púrpura y el matiz.

Y viste el sol á lo léjos
Sobre una empinada loma
Dorando con sus reflejos
Esta escena tropical.
Imitando islas flotantes,
Allí una línea estendida,
Allá vistosos cambiantes,
Aquí entreabierto volcan.

Y la recamada nube
Besar la cima del bosque,
Ya ondeando baja, ya sube
Del firmamento esplendor.
Y las tiernas avecillas
Sobre el árbol apiñadas,
Cruzar el aire azoradas
Dando á los vientos su voz.

Y el delicioso Almendares
Con las riberas vestidas
De espesísimos palmares,
Con su fragancia y olor..
Y el agua pura apacible
Que resbala lentamente
Con remanso bonancible,
Manantial de inspiracion.

¡Que refulgentes visiones
En tu mente crearia,
Tanta pompa y lozanía,
Y el sol con su magestad;
Y contemplarias inquieto
Tierras y cielo abarcando,
La luz que va centellando
Sobre la dormida mar.

Tambien en la noche brilla
Entre lámparas lucientes,
Y los campos de la Antilla
Baña la luna en su luz.
Coronada de frescura
Con la brisa inspiradora,
Astro de paz y hermosura.
Ostenta su manto azul.

Y cruza el nocturno cielo
Con su marcha silenciosa,
Y la tierra perezosa
Duerme en los sueños de paz:
¡Què encanto tan misterioso
En el silencio elocuente,
Representando su frente
La misma divinidad!

¡Qué mágicas ilusiones
Esta hermosa luna crea!.
¡Cómo halaga y lisonjea
Con ilusion ideal!
Cuando la llama argentada
¡Oh luna! en las hojas quiebras,
La luz en menudas hebras
Se vé en el verde oscilar.

En el bosque iluminado
Con la lumbre amarillenta,
Un pórtico representa
De luz y de inmensidad.
Y á lo léjos centellea
Con el viento que lo mece,
Y el trono escelso parece
De la alta divinidad.



Allì revela en la noche
Al hombre augusto misterio,
Que Dios ejerce su imperio
En la quieta soledad.
Y asienta su inmensa planta
Sobre las copas movibles,
Y espíritus invisibles
Circundan su magestad.

Publica entónces la luna
Con alta magnificencia,
La sublime providencia
Que abarca una creacion.
Bajo las selvas inspira
De amor y virtud lecciones,
Y á las mìseras naciones
Severa meditacion.

Bajo una atmósfera pura
Con su transparente velo,
Imita el cubano suelo
Las delicias del Eden.
El atónito viagero
De súbito alborozado
Saluda en gozo estasiado,
Los campos de este vergel.

Tal vez la selva enlazada
De perlas y oro ceñida,
Cubre la tierra alfombrada
De pompa, gala y frescor;
Tal vez la distante sombra
Retrata en los hondos mares;
Los poéticos palmares
Con su frescura y verdor.

¿Quién no siente el vivo rayo
De inspiracion y de vida?
Al genio ardiente convida
Con su gloria y magestad.
Fuente de luz y contento
Sin mancha, angélica y pura
En sus campos de hermosura
Vertió la divinidad.

Tú, que un inmenso occeano
Sin límites, estendido,
Contemplaste embebecido
Con frágil quilla cortar.
Y viste la luz postrera
Sobre la espuma sonante
Una moribunda hoguera
Fingir en el quieto mar.

Y oiste el furioso estruendo
Del vendaval impetuoso
Y el hondo mar tempestuoso
En sus abismos mugir.
Y, errante en la rota nave
Por los vientos destrozada,
Oiste el acento grave
Del hombre que va á morir.

Y el rumor y sórdo ruido
De las aguas hervidoras,
Y las corrientes sonoras
La pobre vela azotar
Y cada tabla deshecha
La plegaria recibia,
Altar que Dios erigía
Flotando sobre la mar.



Y en el vértice incesante
De las fierísimas olas
Rompidas, náufragas solas
Al firmamento trepar;
Miéntras pasaba quemando
Envuelto en fúnebre velo,
Enlutando el negro cielo
El tormentoso huracan.

Entona dulces canciones,
A las gracias de tu Hermira,
Que los ecos de la lira
Enfrenan al Aquilon.
Y al pie del robusto tronco
De algun árbol derribado,
Deja que ese mar airado
Cruce la fiera ambicion.

Viste á Roma la señora
De los hombres y la tierra:
¿Qué pueblo su nombre ignora?
¿Quién su planta no besó?
Una espléndida diadema
De cipreces coronada
Es el fatídico emblema
De su pasado esplendor.

El Tiber hoy silencioso
Con su pesares murmura,
Y escombros de alto coloso
Baña con lento raudal:
Miéntras la luna retrata
En sus ondas transparentes,
Sobre pilares de plata
Un fantasma colosal.

Fantasma que el pensamiento
Hiere con mentida idea;
Que irrita, adula y recrea
Al pobre romano de hoy.
Que lo pasado y presente
Enlazando á lo futuro,
Es porvenir mas oscuro,
De triste revelacion.

Y es fama que allá en la noche
La sombra de los Catones,
Y Pompeyos y Escipiones
Se ven absortos vagar.
Con su silencio elocuente
Acusando al triste pueblo
Mústio, apático, indolente
Reclinado en un altar.

Viste á Venecia flotando
En las islas de verdura,
Ninfa que el mar dominando
Fué del pirata terror.
Con sus flotas y torreones
Matrona fuerte y temida,
Con sus insignes varones
Espantaba al gran Señor.

Vió de Ismael el turbante
Y los chales carmesíes,
Y diamantes y rubíes
Apresar al musulman;
Y las flotas del oriente
Tras un imperio soñado.
De aroma y luz adornado
Bello, sublime, ideal.



Y el rumor y movimiento
De aquella segunda Tiro,
Saludar con noble acento
De respeto y de temor.
Sin danzas y sin festines
Amarrada al yugo triste
El manto fúnebre viste
De luto y desolacion.

El esclavon insolente
Sus mudas calles pasea,
Y con su mano inclemente
Marchita su magestad.
Ya no es señora: sumida
En amargo desconsuelo
Alza sus ojos al cielo
Implorando su piedad.

Cruzaste la blanca cima
Del escabroso Apenino
Un límite que el destino
A la Italia señaló.
La fuerza allanó su quicio,
Y salvando sus barreras,
Sus colinas y praderas
En sangre y lloro bañó.

Viste el Sena borrascoso,
La ciudad de los placeres
Y la sombra del coloso
Sobre Vandoma cruzar,
Aquel guerrero que un dia
Como árbitro del destino,
A la Europa estremecia
Con su brazo colosal.



Esclavizada la tierra
Sojuzgados los mortales
Al ruido de muerte y guerra
Temblaban el pueblo y rey.
Y luego vino el escita
Vestido de rudas pieles,
Y los palacios habita
Soñando con el placer.

Y bañaron sus bridones
En las aguas de los rios,
Y mancharon los blasones
Del águila de Austerlitz.
Y la corona en el suelo
De imperio desmoronado,
Severa leccion que el cielo
Daba al caudillo feliz.

Di ¿qué has sacado del mundo
Impertérrito viagero?
Leccion de dolor profundo,
Impostura, falsedad.
Que ese globo que circula
Con paso igual y medido,
Es un misterio escondido
Allá en la divinidad.

Yo sin gloria ni ilusiones,
Alma errante y peregrina,
Cuando la tumba ilumina
De la espèranza la luz.
La eternidad que ha pasado
Con el porvenir futuro,
Es solo lo que hay seguro
La vida y el ataud.

Ausencia y Desengaño.

Á ZULIMA.

¡Cuanto al alma enamorada
Seduce el bello momento,
En que fija el pensamiento
En la pasada ilusion!
Fantasma que nos consuela
En la soledad oscura,
Y las horas de amargura
Trueca benigna en amor.

Y ese recuerdo divino
En un funesto presente,
Viene á deleitar la mente
Con halagüeño placer.
Y entre las sombras del sueño
Y la agonía horrorosa
Hechicera, misteriosa
Contemplamos la muger.

Cuando en el bosque lejano
Vestido de gala y flores,
Con la pompa y los amores
Se ven los campos lucir;
Y en la pajiza cabaña
De ramas y hojas ceñida
Se vé resbalar la vida
Pobre, ignorada, feliz.

Volvemos el pensamiento
Hacia el objeto que amamos,
Y á solas le consagramos
Un recuerdo y un altar.
Ara que admite propicia
Sin la vanidad mundana,
Piadosa oracion humana
Signo de felicidad.

Postrado en la dura piedra
En la soledad callada,
Miró la luna argentada
Con melancólica luz.
Y halaga mi fantasía
La esperanza seductora,
Para el mortal que te adora
Eres flor de juventud.

¡Qué pompa, que gala ostenta
Tu perfeccion sobre humana!
¡Qué flor tan bella y lozana!
¡Angel hermoso de paz!
La inocencia y los amores
En su cuna te formaron,
Y tu alba frente bañaron
En perfúme y castidad.

Cuando la medrosa noche
Tiende su nocturno velo,
Y entre la tierra y el cielo
Impera la soledad.
Parece que la natura
Al caos antiguo volviendo,
Va por los aires tendiendo
El manto de eternidad.

Y el viento que se adormece
En el naranjo pomposo,
Convida al blando reposo
Al cansado labrador.
Con el velo del misterio
Aquella escena se cubre,
Y al ojo atento descubre
Los prodigios del Señor.

¡Oh que apacible es la hora,
Hora de paz y sosiego,
En que se serena el fuego
Del huracan interior!
Al pie del tronco robusto,
O á la orilla del torrente.
¡Qué sublime y elocuente
Es de los tiempos la voz!

Vemos resbalar las horas
Como una luz moribunda,
Y en la oscuridad profunda
Las sombras del porvenir.
Y es solemne y misterioso
De ave siniestra el acento,
O del pavoroso viento
El incesante mugir.

Y los árboles semejan
Mil bóvedas de verdura,
Templos de paz y frescura
Que respeta el Aquilon.
¡Dulce Zulima! tú imágen
En ilusion me recrea,
Y con su luz lisonjea
El fuego del corazon.

Pobre olvidado, perdido
En el campo silencioso,
Léjos del mundo engañoso
Desprecio el vano esplendor.
Sin que el sonoro bullicio
Del festin y los amores
Con sus discordes clamores
Envanezcan mi ambicion.

En el alcázar dorado
Sobre mármoles y oro,
Derrama abundoso lloro
La encadenada virtud,
Y el brillo de la diadema
Que al torpe vulgo deslumbra
Con su resplandor alumbra
La puerta del atahud.

Que en el mundano oropel
Entre seda, joya y gala,
La pobre virtud exhala
Su querella de dolor.
Y despierta un pensamiento
Tras de la ilusion mentida,
Esclavizada, oprimida,
Entre el sonoro rumor.

Flor que al ostentar su pompa
El recio Aquilon la quema,
Y revela un anatema
De luto y asolacion.
Que sobre oscuro sepulcro
La huella con duro pié,
Un sacrílego sin fé
Con injusta ostentacion.

Y amarrada á infame yugo
De espinas en vez de flóres,
La infesta con sus rigores
El vicio torpe y fatal.
La corona perfumada
Deshoja con recio embate,
En el desigual combate
De la virtud y maldad.

¡Dulce Zulima! ¿qué valen
Las mundanas ilusiones,
Los inútiles blasones?
Qué la grandeza, el poder?
Polvo vano que los tiempos
Con planta airada confunden
Y en sitio lúgubre hunden
Oro, hermosura, placer.

Flores débiles que apénas
La fantasma aterradora
Mueve la segur traidora
Pierden frescura y color.
Pobres plantas que marchita
Ese poder invisible,
Misterioso, irresistible,
Anatema del Señor.

Poder que alcázares huella
Y las torres desmorona,
Que oscurece la corona
Con su mentido esplendor.
Y las moles levantadas,
Y los celebrados templos,
Son señalados ejemplos
De que el mundo es ilusion.

La gloria el blando perfume
De una planta emponzoñada,
Amarilla luz lanzada
En la inmensa oscuridad.
Sombra ligera que cruza
Fantástica, misteriosa,
Vana ilusion engañosa
De impostura y veleidad.

¡Angel divino! Las horas
De esta vida miserable,
Son para el alma culpable,
Horas de paz y de amor,
Para el virtuoso son siglos
Que lentos van resbalando,
Un infierno iluminando
Morada de maldicion.

Tú, cuya frente revela
El porvenir mas risueño,
Y en tu semblante halagüeño
Va escrita mi inspiracion.
Deja que rueden los tiempos
Que harto por mi mal profundo,
Víctima he sido en el mundo
De la angustia y afliccion.

Deja que la torpe envidia
Hiera con dardo alevoso,
Marchite el lauro glorioso
De noble frente inmortal.
Deja que aseste sus tiros
Bajo máscara mentida,
Y que muerda envilecida
La lápida funeral.

Ni allí se estrella su saña,
Que en el féretro enlutado
Clava el diente envenenado
El miserable impostor.....
Insecto que en lodo inmundo
Es azote de la tierra;
Y que declara la guerra
A la virtud y el honor.

Y en tanto que te contemplo
Como una luz refulgente
Pura, apacible, inocente
Con tu celeste candor.
En mi amargo desengaño
Ilumina mi existencia,
Y tu rayo de clemencia
Deme la paz y el amor.

Á LA MUERTE

De doña María de Jesus Xenes.

¿Qué lúgubre clamor mi oido atruena
Entre el rumor del bronce suspendido,
Que de congoja y duelo el alma llena,
Y el corazon palpita estremecido?
¡Es la tumba feroz que abre su puerta
A una muger en la estacion lozana,
Flor marchitada en su esplendor y yerta;
Flor que luce y que muere en la mañana.
Ayer brillaba en la ilusion mas bella
A los rayos del Sol con pompa y vida,
Hoy el silencio del sepulcro huella
Entre olvidado polvo confundida,
Ayer de pompa y magestad orlada
El fuego de sus ojos encendia,
Cuando al lanzar la mágica mirada
Al tierno esposo adoracion pedia;
Hoy le arranca en su angustia y sus dolores
Recuerdo estéril, sepulcral gemido;
¡Qué valen el deleite y los amores
Envueltos en las sombras del olvido?
Como al nacer, al atahud desnudo
Baja el mortal estúpido y tranquilo,
Allí recibe con silencio mudo
Gloria y poder el misterioso asilo.
Asi el nacer con el morir se iguala;
Al sueño de la vida se despierta,
Cuando á eclipsar la mentirosa gala
Al sueño de la muerte abre la puerta.

Abismo silencioso en que se esconde
Cuanto á engañar la humanidad conspira,
Allí tan solo á la virtud responde
El eco melodioso de una lira....
Allí depuesto el cetro y la corona
Bajan temblando poderosos reyes,
Que la sagrada púrpura no abona,
A esclavos miserables de otras leyes.
Allí del regio manto que les cubre
Viste una punta al infeliz mendigo;
La magestad humilde se descubre,
Envuelve al pobre un sacrosanto abrigo.
Tal vez trocaran su existencia loca
Por la pobreza de una triste vida,
Y el pan amargo de la hambrienta boca
Arrancado á la suerte enfurecida;
Por el aura de espléndidos banquetes
Y el humo de las fiestas que gozaron,
No fueran hoy los míseros juguetes
Del dios de las virtudes que inmolaron.
El sepulcro á los tìmidos mortales
Con igualdad los juzga en su balanza:
¡O mísera grandeza, nada vales,
Con tu orgullo, tu fausto, tu esperanza!
Barrera en que se estrella el ciego anhelo,
Barrera á la ambicion límite cierto
Lo quiso asi la voluntad del cielo,
Que fuese á las pasiones un desierto.
Todo se estrella en la mansion sombria,
Allí tan solo la virtud impera
Y cual la luz del transparente dia
Desde el lóbrego fondo reverbera.
Allí el guerrero admiracion del mundo
Que dominó la Europa cómo sierva,
Busca el viagero absorto, y resto inmundo

Sobre la roca estéril se conserva,
   Dia vendrá que en polvo transformado,
En vano busque al vencedor de Jena,
Y en los abismos de la mar alzado,
Ni recuerde el viagero á *Santa Elena*.
   Y orgulloso el mortal se desvanece
Con la pompa y los frívolos honores,
Cuando en medio á su gloria desparece
Envuelto entre la seda y los colores.
   Entorno orlados de esplendor ufano
Fieros guerreros á asolar la tierra,
Viles azotes del linage humano
Mueven al hombre destructora guerra.
   Y en medio á la magnífica victoria
Del vencedor airado el alma late,
Por llenar una página en la historia
De sangre y lloro, á humanidad abate.
   En la sangrienta lid conquistadores
Relámpagos de luz en la tormenta
Deslumbran con sus vivos resplandores,
Y el mortal de su saña se amedrenta.
   Asi al brillar el humo de una fiesta
La muerte el hombre entre el placer olvida;
Sin pensar que entre el ruido de una orquesta
Truena irritada á amenazar la vida.
   Y que haciendo perpetua centinela
Desde que el hombre miserable nace,
Desde la cuna en silenciosa vela
El deleite, el placer turba y deshace.
   Allí se estrella la mundana gloria,
El falso honor decoracion de un sueño,
Y sepulta en su abismo la memoria
Igual el grande al infeliz pequeño;
   Allí no valen necias pretensiones
La magestad del Tribunal augusto

Incorruptible apaga los blasones,
Y al hombre juzga criminal y justo.
   Espléndida corona al uno ciñe,
Baldon y oprobio al criminal rodea
Al uno el rostro de esplendor le tiñe,
El otro el vituperio se grangea.
   Que anima al hombre el solo pensamiento
De levantar su ser sobre otros seres,
Como se eleva un alto monumento;
Como busca el imbécil los placeres.
   Miéntras lo agita un soplo de existencia
Como las olas en el mar se mueven,
Olvidan la sublime inteligencia
Y á importunar al Creador se atreven;
   Pìdele el uno ante su altar postrado
El vano resplandor, los oropeles;
Pìdele aquel el oro rebuscado,
El guerrero victorias y laureles,
   Otro el ingenio que al mortal deslumbra,
Este una vida deliciosa y larga,
Y nadie pide la virtud que alumbra
Y que sin ella la existencia es carga....

La vida es un sueño breve
Símbolo de la inconstancia,
Pues gozamos de la infancia
El crepúsculo feliz;
Cuando invisible nos hiere
Con senectud desmayada
Sombra funeral y helada
Con el ardor juvenil.

En el sepulcro callado
Sitio de paz y reposo
Es el hombre venturoso

Libre de estraña ambicion :
Allí ni celos, ni odio,
Los miserables humanos
Aprenden á ser hermanos
Bajo la oculta mansion.

Allí tan solo es emblema
De una corona sublime
La santa virtud que imprime
Gloria, entusiasmo y honor.
El hombre al hombre detesta
En este mundo tirano,
Y roe cual vil gusano
Su celestial esplendor.

Por ceñir una diadema
Hiende sañudo, y detroza,
Y en la matanza se goza
Su pérfido corazon.
¡Imbécil! esos blasones
Por la violencia arrancados,
En sangre y lloro bañados
Serán tu eterno baldon.

Así la soberbia quilla
Con timon y parda vela,
En alas del viento vuela
Por los yermos de la mar;
Y corta las blancas olas
Y el cèfiro que la mece
Blandamente se adormece
Al halago de la paz.

Mas la tormenta inflexible
Tiende su nocturno velo,



Y entre las olas y el cielo
Se levanta el huracan;
Boga la mísera nave
Maltratada, rota, y pobre
Y en el abismo salobre
Vá callada á naufragar.

Dibuján la negra esfera
El relámpago y el trueno,
Que de la nube en el seno
Restallan con vano horror,
Y entre torrentes que bajan
Y tierras y aires envuelven
Chocan, giran, se revuelven,
Los vientos con ronca voz.

¿Dónde la nave orgullosa
Y el canto del marinero?
¿Dónde el ruido placentero
De las velas al chocar?
Y la magestad sublime
Cuando la luna la heria
Y en la noche discurria
La blanca espuma á cortar?

En suave esplendor bañada
Se deslizó blandamente
Cuando el aura mansamente
Las blancas lonas hinchó;
La brisa con su armonía
Desde la popa soplaba;
En tanto que ella olvidaba
Los ímpetus de Aquilon.

¡Dulce amiga! si la tumba
Tus tristes restos encierra,
Grata memoria en la tierra
De tus virtudes quedó;
Como la luz que en estío
El rayo abrasado deja,
En su resplandor semeja
La virtud que en tí brilló.

Ella guió tu existencia
Por un sendero de flores,
Asi feliz, sin dolores
Bajaste al hondo ataud,
Sin mancha que te afease
Como la blanca azucena
Brillò en tu frente serena
La graciosa juventud.

Pura, casta, consecuente
Fuiste en la tierra modelo
Y habitadora del cielo
Luces allí tu esplendor.
Era indigno de este mundo
Que de pèrfidias blasona,
Ostenta la aurea corona
Que te ciñe el Hacedor.

No aqui que á infestar tan solo
Soplan airadas pasiones;
¿Que es la muger sin blasones,
De la bondad y virtud?
Es flor de arenal estéril;
Noche sin luna ni estrellas,
El universo sin bellas,
El hombre sin juventud.

LA FLOR MARCHITA.

A ZULEMA.

Flor que marchitada y triste
Sin hojas y sin verdura,
Imitas la desventura
De mi infeliz corazon.
Un tiempo yo te veia,
Gentil, donosa y lozana,
Al colorar la mañana
Llena de grato esplendor.

Asi la esperanza mia
La suerte instable envenena,
E inflexible me condena
A suspirar y gemir.
¿Quién ¡oh flor bella! diria,
Que el sol que bañó tu cuna
Vendria con lumbre importuna
A deslustrar tu matiz?

¡Pompa del valle! cantando
Las avecillas pintadas,
En tus hojas regaladas
Buscaron frescura y paz:
El céfiro enamorado
Sus blandas alas movia,
Y tierna melancolia
Derramabas con tu faz.

El amador desdichado
Te reveló sus tormentos,

Te respetáron los vientos
Templo de amor y placer,
Y el aura que mansamente
Por los árboles soplaba,
De súbito acariciaba
Tu dormida languidez.

Nacida en la fresca márgen
De un inocente arroyuelo,
Te brindó benigno el cielo
Vida, fragancia y color;
Y no la voluble mano
De la hechicera hermosura,
Con sacrílega ternura
De las ramas te cortó.

Entónces con blando arrullo
La tórtola te besaba,
Y sus alas desplegaba
El incauto colibrí.
Con esencias olorosas
El ambiente perfumando,
Ibas, ¡oh flor! derramando,
Aromas en el pensil.

Tus hojas se retrataban
En el raudal transparente,
Que á tu gloria reverente
Puro homenage rindió;
Y perpetua primavera
La campiña te ofrecia,
Donde pompa y lozanía
Plantó el supremo Hacedor.

Nunca á hollar tu verde gala
Tronó el granizo afilado,
Ni estallaba el rayo airado
En alas del huracan.
Un porvenir mas risueño
Que la ilusion de la infancia,
Simbolizò la constancia
De aquellas horas de paz.

Mas la gloria es breve sueño,
La grandeza polvo leve,
Aura ligera que mueve
La omnipotencia de Dios;
Que trueca montes en campos,
Las ciudades en desiertos,
Y los páramos en puertos,
Libres del fiero Aquilon;

Que en un manto de borrasca
El cielo oscuro pasea,
Y en la parda nube ondea
La enseña de su poder.
Que á su voz calma el oceano
Su murmurio tempestuoso,
Y el viento mas impetuoso,
Suspira tenue á sus pies.

El dictó con voz sublime
Tu fin ¡oh flor deliciosa!
Y en la tumba misteriosa,
Tu inútil gloria eclipsó.
¡Hora final! Los pesares
Embotan su agudo filo,
Y en su silencio tranquilo,
Olvida el hombre el dolor.

Solo el tirano temblando
El santo sepulcro pisa,
Y vuelve en lloro la risa
Y se estremece de horror;
Miéntras que serena y pura
La virtud que es la corona,
Al pié del asilo entona
Himnos de gloria al señor.......

¿Qué es morir? Es la postrera
Merced que concede el cielo,
Es un bien, es un consuelo
Puerta de estraña region.
¡Y qué porvenir ofrece,
A los míseros humanos,
En dulce union siempre hermanos,
Sin discordia, ni rencor!

Allì no hieren los rayos
De la armada tiranìa,
Allí la maldad impia
No asesta el dardo fatal.
Allí ni cetros, ni oro,
Solo la virtud erige
Trono solemne que rige
Con ecos de amor y paz.

¡Eternidad misteriosa!
A tu voz mi canto elevo,
Y al invocarte me atrevo
A vér la divinidad.
Escrita mira en mi frente
El acento que revelas,
Cuando enfurecida vuelas
Amenazando al mortal.

¡Pobre flor! Tu pompa ajada
No recibe en homenage,
El divino vasallage
Que la beldad te ofreció:
Lamentas tu infausta suerte
Tu pérdida eterna lloras,
Porque el porvenir ignoras
Que te guarda el Creador.

No regalarás ahora
Con tu aroma delicioso,
Ni tu bálsamo sabroso
La magia derramará.
Ni escucharás el susurro
Del aura que te mecia,
Ni la angélica armonía
Del sosegado raudal.

Ni los cantos lastimeros
Que entonó en la selva umbrosa,
La tórtola querellosa
Enamorada de ti.
Cuando en la serena tarde
Con sus ecos te halagaba,
El viajero se estasiaba
Con el olor de alhelí.

Hoy seca, marchita, ajada,
Sin pompa, gala, ó frescura,
Se oscurece tu hermosura
Envuelta en lúgubre horror.
¡Hora final! ¡qué engañosa
Es la mentida esperanza!
¡Qué breve y frágil la alianza
De la cuna y el panteon!

Al nacer el hombre pisa
Por senda de pluma y flores,
Y el aura de los amores
Lo embriaga aleve y falaz.
Al morir dardos y espinas
Hieren la triste existencia,
¡Infeliz! sin la clemencia
De la alta divinidad.

¡Pobre flor! De la desgracia
Te querellas afligida;
Porque sola y desvalida,
No hay quien anhele tu bien.
Si se eclipsó tu belleza,
Tu pompa, tu estéril gloria,
Se disipó en la memoria
Tu mentiroso poder.

Asi el magnate nacido
Al pié de dorada cuna,
Que acaricia la fortuna
En los sueños de ambicion.
Víctima muere; el cadalso
En su sangre salpicado,
Es un recuerdo sagrado
De triste meditacion.

Espirando en la desdicha
No hay un amigo piadoso,
Que le acompañe oficioso
Hasta el trance asolador.
Si ensaña el rostro la suerte
Tambien el mortal se muda
Si la virtud no le escuda
El hombre es monstruo de horror.

Mísero imbécil halaga
La cadena que lo oprime,
Un pensamiento sublime
Es en su pecho una luz.
Luz que se apaga si el viento
De la suerte no lo encumbra,
Por honores se deslumbra
Casi en el mismo atahud.

No hay, florecilla olvidada,
Quien te adule y enamore,
Quien te bendiga y adore,
Y consuele tu dolor.
Pájaros, flores y fuentes
Versátiles como el hombre,
Porque oscura y sin renombre
No conservas tu esplendor.

Esta leccion nos la ofrece
El mundo vano engañoso,
Donde el mortal alevoso,
Olvida á su bienhechor.
Cual enemigo implacable
Persigue al hombre caido,
Y su pecho envilecido
Siente secreta ambicion.

El héroe que en santa Elena
Sepultó pérfida mano,
Y con genio sobre humano
A la Europa avasalló:
Que ensalzó la vil lisonja
Y formó la omnipotencia,
Con la suma inteligencia,
En una bella ilusion.

Arbitro fué de la tierra
Y su voz obedecida,
Fué ley de muerte ó de vida
Para el pueblo que la oyó.
Desde su solio derribado
La desgracia le inspiraba,
Y á solas se querellaba
Del hombre que lo olvidó.

A Dios, ¡oh flor marchitada!
Si mi voz no te consuela,
Voz que solamente anhela
El bien de la humanidad.
Allá en la vejez sombría
Veré tu polvo olvidado,
Tal vez á mi propio lado
Gozando auroras de paz,

Y al renovar los recuerdos
De esta vida transitoria
Como un legado de gloria
Tu nombre bendeciré.
¿Qué importa la muerte impía
Que tu pompa roba y tala?
Si asi la grandeza iguala,
Y asi amenaza al poder.

Nadie redimirse alcanza
De esta justa providencia,
Olvida, olvida, la ausencia
Que nos ha de separar.
Tal vez algunos instantes,
Te anticipas ¡oh flor bella!
Tal vez la muerte ya huella
Mi vida breve y fugaz.

Tus hojas guardan vestigios
De su pasada frescura,
Y el aura serena y pura
Mezclas con fúnebre olor.
Ayer con pompa lozana
Eras la gala del prado,
Miéntras que polvo olvidado,
Y sombra vana eres hoy.

AL SEÑOR
Don Miguel de Cárdenas y Chavez.

El Ojo de Agua de la Catalina.

Tu corriente ¡oh Catalina!
Que miro desde la sierra
Con sosiego.
Con su linfa cristalina
Baña la sedienta tierra
Blanda al ruego.
En ese raudal escaso
Que serpea en la llanura
Suavemente;
Y resbala paso á paso
Por el campo de verdura
Reverente.
El labrador fatigado
Desde su hogar lo bendice
Con su acento.
Cuando lame sosegado
La choza del infelice
Pobre y lento.
Aqui en la siesta abrasada
Cuando el sol ardiente quema
Me reclino.
Y en tu marcha sosegada
No envidia falaz diadema
Mi destino.
Que las mundanas pasiones
Imitan tus breves olas
Al chocar.

Y pobre y sin pretensiones
Me entrego en tus playas solas
A pensar;
Que es el mundo miserable
De sus falsas ilusiones
Fiel retrato,
La grandeza deleznable
Con sus mentidos blasones
De aparato.
Busque el necio cortesano
Entre el fausto y los honores
Su reposo,
O algun caudillo inhumano
Al ruido de los tambores
Lauro odioso.
Que al pié del tronco abatido
Por los recios vendavales
Sublevados.
Al son de tu blando ruido
Compadezco los mortales
Engañados.
Tú, que imitas mi deseo
Pobre, escaso en tu corriente
Te saludo;
Y en vez del pomposo arreo
De alto muro, ó ancha puente
Vas desnudo.
Y ni opresor ni oprimido
Vana grandeza ambicionas
Locamente,
Ni ver tu raudal tendido,
Ni las brillantes coronas
Del potente.
Libre de grillo y cadena

Independiente te lanzas
Por el prado,
Jugando en la blanda arena
Sin soñadas esperanzas
Fascinado.
Qué brame el soberbio Sena
Y lleve muerte y estrago
Por la Europa;
O el Támesis que encadena
Con aborrecido amago
De la popa.
Y aquel con fieras legiones,
Y este con ligeras flotas
Dén sus leyes.
Y esclavicen las naciones
Apartadas y remotas
Con sus reyes.
Que la fortuna en su vuelo
Con sus lecciones severas
Y costosas.
Desploma en el duro suelo
Las naciones mas guerreras
Poderosas.
Y en sangre y lloro bañados
Vencidos y vencedores
Se oscurecen.
Asi pueblos señalados
Del universo señores
Desparecen.
Pura linfa que trasciende
Con el aura que enamora
El corazon,
La atroz discordia no enciende
Junto á tu márgen sonora
Su cañon.

Ni las huestes apiñadas
Forjando su dardo rudo
Te enrojecen,
Y en lágrimas salpicadas
Con el yelmo y el escudo
Se enfurecen.
¿Quien manda oprimir la tierra?
¿Quién ordena á los humanos
La matanza?
Talar el monte y la sierra
Y armar las aleves manos
Con la lanza?
La ciega ambicion que rie
Cuando humanidad suspira
Horrorizada.
Que al torpe mortal envie
Al campo de luto é ira
Encarnizada.
Que aqui en tu orilla tranquilo
Con mi pensamiento noble
Me contemplo.
Y en este ignorado asilo
El mango, el mamey, el roble
Son un templo.
Altares que no profana
La adulacion mentirosa
Con su acento.
De pura flor lo engalana
Y en la copa misteriosa
Oye el viento.
Tu cuna y sepulcro miro
Que corres con breve paso
En la tierra.
Tu hermoso destino admiro

[illegible]con tu raudal escaso
Aquí se encierra.
Tú sin hoy y sin mañana
Miras resbalar tus horas
Lentamente,
Sin que la ambicion humana
Crespe tus aguas sonoras
Inclémente.
¡Delirios de mente ciega!
Vuela el hombre enfurecido
A batallar:
Otro en la nave se entrega,
Y burla el fiero rugido
Del hondo mar....
¡Oh si el hombre no viviera
En este mundo engañoso
Mas que un dia!
Su destino bendijera,
Y el hombre al hombre alevoso
No odiaria.
Por la alfombrada llanura
Vestida de pompa y flores
Te resbalas,
Y al cruzar la selva oscura
Aromáticos olores
Dulce exhalas.
Los árboles susurrando
Te rinden tributo en flores
Al pasar.
En tu cristal reflejando
De las hojas los colores
Al brillar.
Y besas las verdes cañas
De tus pobladas orillas,
Y las meces.

Y con lento curso bañas
Las abiertas florecillas
Que embelleces.
Y el Sol con su luz radiante
Con reverente saludo
Te contempla.
Y el labrador incesante
Despues del trabajo rudo
Su sed templa.
Los pacíficos hogares
Que bañas, manso arroyuelo,
Son felices.
Paz en mi nativos lares,
No oyes las voces de duelo
Infelices.
¡Cuanta escena de matanza
Vió el Vístula en sus arenas
Orgulloso,
Y luego besó la lanza
Cuando le ató sus cadenas
El coloso!
Y el coloso que la tierra
Con su brazo subyugaba
Duro y fuerte.
Estéril roca lo encierra
Que en el mar le destinaba
Fiera muerte.
Baña mi choza pajiza
De blanco aguinaldo y lirio
Patrio hogar:
Y el escombro y la ceniza
Emblemas de atroz delirio
Bese el mar.
No ves el bajel airado .

Que cruza por tu corriente
        Con la aurora,
De gala y pompa adornado
Amenazando insolente
        Con su prora.
Que su curso proceloso
Ancho raudal arrebate
        Desatado,
Y con ìmpetu furioso
Su vasto imperio dilate
        Coronado.
Al enfrenar tu corriente
Que parece que no corre
        Por el llano.
Una leccion elocuente
A la levantada torre
        Das ufano.
Que en la encendida pelea
Nunca los templos quemados
        Vió tu orilla,
Ni el rompido muro humea,
Ni los altares postrados
        Con mancilla.
Tiende tu curso callado
Por arenas y verdura,
        Claro rio,
Y en tu márgen encantado
Con el aroma y frescura
        Del rocío.
Entone tiernas canciones
Con la pobre lira mia
        En tu arena,
Y á tristes meditaciones
Me entregue en la selva umbria
        Que enagena.

LA INDIFERENCIA.

A LA SEÑORITA DOÑA MARIA DE J. M.

Te contemplo indiferente,
Sin amor, inanimada,
Cuando mi alma arrebatada
Siente funesto rigor,
¿Cómo mirara insensible
De tu esquivez y desvío
El rayo trémulo y frio
Con el volcan de mi amor?—

Si eres la antorcha que guia
Mi borrascosa existencia,
Esperanza en la inclemencia,
En la tormenta un fanal.
Asi la nave que asedia
El huracan inflexible
Busca el aura bonancible
Con el puerto de la paz.—

Cuando contemplo tu encanto
Cual ídolo te venero,
Y á solas me considero
Un monarca, un semi-Dios.
Y cuando el pàrpado grave
Mueves, ò tu boca rie:
¿No quieres que al cielo envie
El ay! de la agitacion?—

Si arde en el alma una hoguera,
Y con destello invisible

A mi corazon sensible
Hiere incesante y tenaz.
Como el vapor inflamado
Que súbito vuelto en llama,
De improviso se derrama
Al soplo del vendaval.—

No de las ciencias codicio
El laurel vano y costoso,
Que el genio es don afrentoso
Para el vulgo necio y vil;
Y el mundo es vulgo y escucha
Con silencio religioso,
A ignorante presuntuoso
Lleno de orgullo servil.—

Del emponzoñado tiro
Do la calumnia traidora,
Libre estaré, y vencedora
Contemplaré mi virtud:
Ni los rayos del tirano,
Ni los doblados cerrojos,
Arrancan llanto á mis ojos,
Un lamento á mi laud.—

Solo ambiciona mi anhelo
Tu mirada compasiva
Ya desmayada, ya viva,
Siempre tierna y celestial:
¡Objeto caro y sublime!
Conjunto de dotes raras,
Admite, oh bella, en tus aras
Este amor, esta amistad.

Puros como el blanco lirio
Remecido por la brisa,
O cual retoza la risa
En tu labio virginal;
Asi á mi inocente pecho
A las maldades cerrado,
Tu simple vista ha inspirado
Un amor de eternidad.—

Amor que halagando hiere
Que es un placer, un martirio,
Que me arrebata al delirio,
O me torna la quietud;
Que me envuelve en ilusiones,
Que me embriaga y adormece,
Y súbito me estremece
Al borde del atahud.

¡Dulce muger! Te contemplo
Como una reliquia santa,
Como el recuerdo que encanta,
Como el fruto del amor;
Cual es grata la inocencia,
O á la madre cariñosa,
Que por su prole oficiosa
Ruega al supremo Hacedor.

Cuando tu armónico acento
Viene á halagar mis oidos,
Adormece mis sentidos
Inspiracion muy feliz
O cual el músico ruido
De aquella arpa deliciosa,
Que con mano misteriosa
Pulsó el profeta David.

Y adormecido, encantado,
En la soledad te adoro,
Y tu compasion imploro
Sepultado en languidez,
Que tu poder sobrehumano
Con blando lazo me enreda,
Mas suave que lisa seda
Que cubre el desnudo pié.

Así con mi tierno acento
A la justa Providencia,
Que vela por la inocencia
Siempre le ruego por tí.
Como vírgen destinada
A deleitar este suelo,
Como fuente de consuelo,
Flor de esperanza feliz.—

Cual la ruina sin recuerdos
Que no escita simpatía,
Te miro á la pena mia,
Muda insensible, cruel....
Cuando tu ardiente mirada
Sana del pecho la herida
Cual fresca lluvia vertida
En el mustio rosicler.—

¿O cual la chispa incendiaria
Que la oculta llama incita,
Y que de súbito agita
El cráter de algun volcan.
Asi tu viva mirada
Trueca el corazon en fuego
Privándome de sosiego,
Mirándome sin piedad.

En el silencio lo siento
Latir cuando yo te miro,
O cuando á solas deliro
Con un ángel ideal.
Y mi volcánica mente
Te pide la paz del alma,
Santa quietud, dulce calma
Despues de la tempestad.—

El aire que yo respiro
Con tu aroma se embalsama,
Y en mis sentidos derrama
Vida, fragancia y olor.
Y cuando estoy á tu lado
Lo siento de gloria henchido,
Como el sitio prometido
En la mansion del Señor.—

Ay! tu indiferencia yerta
Tiene una fuerza homicida,
Fuerza que estingue la vida,
Que me roba la quietud.
Y tu hechicera ternura,
Orna en flores la existencia,
Y tu mirar de clemencia
Solo me inspira virtud.—

Sin tu influjo: ¿que es la vida?
Lugar de angustia y tormento
Donde el fúnebre lamento
Se oye de pena y dolor;
Cielos sin nubes, campiñas
Sin árboles y sin flores,
Es la vida sin amores.
Tristeza y agitacion.

EL CANTO Y LA MÚSICA,

Dedicado á la Señorita Doña Dolores Sain-Maxent.

¿Quién escuchando de tu voz sublime
El divino poder que turba el alma,
Muger encantadora,
No siente su existencia estremecida
Cautivo el corazon? La antigua calma
Vuelta en agitacion y movimiento,
Ciñe á tu frente la envidiable palma
Digna solo del triunfo y del talento.
Tú, con celeste hechizo
El genio con las gracias hermanando
Ostentas tu vigor y tu energía,
Los sentidos atónitos pasmando
Con torrentes de luz y de armonía;
Y el hombre alborozado
Cual siervo que se goza y enagena
Con alma avasallada,
Recibe en la ilusion libre de pena,
Un invisible dardo en la mirada,
En el mágico acento la cadena.
Yo te admiraba estático. La mente
El nuevo rayo de placer sentia,
Forjado por tu encanto irresistible,
Que la muger al corazon envia
Un secreto poder indefinible.
¡Secreto celestial! El tierno acento
Que entre vagos misterios se difunde,
Y el anchuroso circo estremecia,
El vuelo rapidísimo agitando

Turbaba mi exaltada fantasía,
Y en el atento oido derramaba
El aura y el deleite que consuela,
Y un pensamiento que el dolor borraba
Al corazon atónito revela......
¿Quièn imitar podria
La sublime espresion y el sentimiento
Que el tierno canto sin cesar vertia?
¿Quién el talle gentil que enamorando
Con vivo movimiento
Seduce la razon, pasma el sentido,
Al infeliz mortal arrebatando,
A la magia del canto embebecido?
Tal de tu acento èl delicioso hechizo
Que ora al Fabonio en la floresta imite
Besar galan la enamorada rosa;
O al viento melancólico que arrulle
La copa de los árboles frondosa;
O al soberbio huracan cuando rugiendo
Las nubes apiñadas va azotando;
O al mar agitador que sacudido
Las olas en pirámides alzando
Revuelve la serena superficie,
Siempre arrebata tu sublime canto
Con viva luz y angélica armonía,
Y arranca á nuestros párpados el llanto.
O embriaga el corazon en la alegria.
¡Música celestial! Cuando yacía
El mundo envuelto en la tiniebla oscura,
Y el cáos turbulento revolvia
La mano omnipotente
Que inspiraba tu voz de una mirada,
Las alas de la gloria desplegabas,
Y tu imperio en la tierra dilatabas,
Y levantando el vuelo prodigioso

Con la naciente luz iluminado,
En las nocturnas sombras sepultado
El universo espléndido en reposo.
Tu frente enseñoreaba,
Si el oculto póder desenvolvia
Un gérmen de entusiasmo y poesía.
Y erigiendo los pueblos y naciones
El hombre avasallabas,
Y su abatida frente levantabas
En medio de las vastas soledades,
Y estasiando su inmóvil pensamiento,
Cual reflejo de la alta inteligencia.
Te creyó una segunda omnipotencia.
Las fieras de los bosques amansabas
En las incultas selvas resonando
Y en los antiguos montes de la tierra
Los profundos secretos revelando,
Y á tu primer acento
Imitaste del viento el alarido,
De las hirvientes olas el bramido.
Y allí al brotar del manantial fecundo
Tu poderoso imperio se estendia;
Y al corazon y al alma descendia
Para rendir y embelesar el mundo.
Y á tu inspirado acento
Herido con tu influjo soberano,
Fuiste delicia del linage humano.
Que templas las borrascas de la vida
Si en tu sublime escudo se guarece;
O si el parche guerrero que enfurece
Arrastra al campo juventud florida
Con generoso aliento,
Al retumbar el bronce se arrebata,
Y los fornidos muros desbarata.
Y si tal vez con el marcial trofeo

Atruena el grito de la atroz Belona,
Y orla su frente la fatal corona
De la pugna en el ronco clamoreo,
Tu acento imita en el ruidoso estruendo
El rodar los discordes huracanes,
El prolongado hervir de los volcanes.
O si mas grave con augusto ruido
De la revelacion noble misterio,
Hace ensanchar tu dilatado imperio
Con oculto placer indefinido,
Estático el mortal al pie del ara
De la alta religion en el ejemplo
La voz del Creador oye en el templo.
O mas festiva en el salon brillante
A la danza gentil pasos inspiras,
O juegas con la boca deliciosa
De una beldad y en conmocion suspiras,
Con tu sagrada inspiracion escucha
En la magia del canto irresistible,
Un secreto al mortal incomprensible.
Y á imitacion de tu primer acento
Los arroyos saltando murmuráron,
Y cual divina música sonáron
El eco de la selva, el vago viento;
O la apacible fuente que resbala,
O el pajarillo de manchadas plumas
Gloria del campo, de los montes gala.
¡Música celestial! Sublime hermana
De la alta poesia,
Cual ella los sentidos regalando
Esparces entusiasmo y alegria,
Y á la par á los brutos y los hombres
Halagas con el ritmo y la armonía.
Asi la audaz serpiente
Bajando de improviso por la falda

Del peñasco eminente
Ligera ostenta la bruñida espalda
Y acecha al descuidado pasagero,
La cola encrespa, cual pendon la ondea
Y rápida y furiosa amenazando
Por bosques cenagosos se pasea
Los ojos centellantes agitando,
Cuando súbito suena
El rudo caracol, ó tosca flauta
Que el indio errante hiere
Y al animal frenético enagena;
Oye el sonido en convulsion tocado,
Silba y gime y al màgico instrumento,
Sobre la tierra á palpitar postrado
Se arroja moribundo y sin aliento.
Así á tu influjo el corazon vacila
Entre funesta agitacion y calma,
Muger encantadora,
Que con tu canto, ó música sonora
Me turbas la razon, pasmas el alma;
Y en alas de la ardiente fantasía
Mi pensamiento osado,
Si el libre vuelo desplegar queria
Enmudecia tu acento enagenado.
El te admiraba atónito, y veia
La magestad de tu semblante, el fuego
De los rasgados ojos
Que el alma llenan de placer: el ronco
Murmullo bullidor que un pueblo entero
De entusiasmo frenético agitado,
En ecos de alabanza repetia,
Cuando de gloria el corazon llenaba,
Y cual fanal espléndido seguia
El acento que el alma arrebataba.
Angélica muger! Tu tierno canto

Disipa la amargura y los dolores,
Interpreta el placer y los amores,
Y presta al pecho prodigioso encanto:
Antes que el labio mio
De inútil homenage escasa ofrenda
De ardiente admiracion rinda humillado
Mas puro que la gota de rocio,
O el raudal entre guijas deslizado;
Esa gentil corona
De resplandor y magestad cercada
Que te ciñen las ninfas de la zona,
Publicará con himnos de alabanza
Mas que mi pobre lira
El alto genio que el mortal admira;
Y en tanto que cautiva y enamora
La tierna voz que la ilusion derrama,
El corazon atónito te aclama
De los siglos y siglos vencedora.
Estático te vì. Así en las venas
Una secreta conmocion corria,
Y el oculto vaiven que me agitaba
Con mudo acento á tu beldad pedia
El amor que tu canto revelaba.

A ZULEMA

EN LA MUERTE DE SU HERMANA.

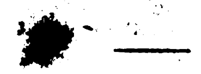
¿Qué infausta estrella en lágrimas y duelo
Envuelve el brillo de tu tez lozana,
Descolora las gracias de tu cielo
Y aja su pompa que envidió la grana?
¿Pudo eclipsar el abundoso llanto
La luz divina de tus ojos bellos?
¡Ah, no: que hasta el dolor el dulce encanto
Dobla, y el fuego que se esconde en ellos.
Ni del pesar la huella lastimosa
Que tu mustio semblante humedecia,
La que atónita vì, turbada rosa
Secar pudiera con su mano impía.
¡Oh mudanza! ¡oh vaiven de la fortuna!
Emponzoña el placer desdicha airada,
Asedia al hombre en la inocente cuna
Turba la paz de la eternal morada.
Cuando un sol de ventura sonreia
Y con su rayo iluminó tu frente:
¿Quién entónces profético diria
Cual nuncio cierto de penar doliente,
Que al entonar las míseras plegarias
Con fiel lamento á la inmolada prenda
Lloraras en tus horas solitarias
Dándole en luto generosa ofrenda?
¡Ah! yo la ví. Cuando de trece abriles
El lustre apénas su semblante ornara,
Como el lirio entreabierto en los pensiles
Que el céfiro jugando acariciara.
Fresca, gentil la flor de su hermosura

Su grato ambiente derramar solia,
Y el tesoro de cándida ternura:
¿Quién sin encarecerlo miraría?
Dulce remedo de su dulce hermana
Lucero fué como ella vivo y puro,
Como en las noches de estacion lozana
Rutila el fuego del modesto Arturo.
Aun no punzara su inocente pecho
La aguda flecha del rapaz vendado,
Cuando de aroma y flores blando lecho
Dióle en dote el amor enagenado.
Asi en las noches del ardiente estio
Mágica estrella por la vez primera
Brilla, y acariciada del rocío
Su luz obstenta en la celeste esfera.
O cual suele la rosa en la mañana
Que dulce halaga el vientecillo leve,
Antes que huelle su beldad temprana
La muerte airada en el sepulcro breve.
Su frente orló con transparente velo
El pudor y con pliegues la cubria,
Como en la tarde á embellecer el cielo
Astro de Vénus que preside el dia.
Mas ¿qué valen recuerdos engañosos
Que bastan á obcecar mi débil mente,
Si el furor de los hados rigurosos
Convierte en polvo á humanidad doliente?
Tronó la tempestad: la flor ajada
Cedió al impulso del huracan violento;
Cual la nave en el piélago lanzada
Surca las olas á merced del viento.
Todo en el hondo túmulo callado
La voz omnipotente abisma y hunde,
Y el misterioso horror de lo pasado
Con el solemne porvenir confunde.

Oro, poder, cuanto la mente crea
Como sombra fugaz brillando pasa,
Cual llama amortecida que no humea
Y entre ceniza calentando abrasa.
¿Qué vale la orgullosa, inútil vida
Que el rico avaro en su metal esconde,
Si al ruego de la huérfana afligida
Y al raudal de su llanto no responde?
Sordo, insensible á lúgubres clamores
La desvalida infancia con pié leve,
Si demanda el consuelo á sus dolores
Le opone el corazon de acero y nieve.
Tal vez el cielo á la venganza armado
Fulmina el rayo de su justa ira,
Y á rudas contorsiones condenado
Lucha infeliz y vacilante espira.
Y el avaro... ¿do está? Búscale ahora
Con cien generaciones confundido,
El mismo imbécil que su suerte ignora
Envuelta entre las sombras del olvido.
El árbol que los campos hermosea
Lleno de fuerza, de frescura y vida,
Al aliento del céfiro menea
La frágil rama que el placer convida:
Junto á un dosel de céspedes vestido
Pisa una alfombra de verdura y flores,
Dora sus galas el Abril florido,
Juega el arroyo murmurando amores.
El Sol le halaga con benigno rayo,
Vierte sus perlas matinal rocio,
Y con la pompa del risueño Mayo
Ostenta ufano su pujante brio.
Cuando el furioso vendaval tronando
Las pardas alas en el aire tiende,
Y los cielos y tierras enlutando

Sobre el espacio inmenso se suspende.
  ¿Donde el árbol pomposo? Pobre leño
No ya en su copa al pajarillo abriga,
Ni con la flor del porvenir risueño
Borra el recuerdo de funesta liga.
  ¿Como olvidarte, inconsolada hermana,
Podré, cuando el dolor tu faz divina,
Tiñó inclemente y tu beldad ufana
Con tinte melancólico ilumina?
  ¡Llora, vírgen de amor! y ¿quién no gime
Contemplando la escena asoladora
En que la muerte sin piedad imprime
Luto y espanto con segur traidora?
  En su caverna cóncava escondida
Truena feroz armada á la venganza,
Y sobre los mortales suspendida
Emponzoña el placer y la esperanza.
  ¡Ah! yo te ví.... sobre el despojo inerte
Las blancas manos levantar al cielo
Y la inmolada victima á la muerte
Querer arrebatar en tu hondo duelo.
  A tu doliente queja ensordecia
Dura como los mármoles y bronces,
Inmóvil silenciosa te ofrecia
Del sepulcro voraz los férreos gonces.
  El armado poder allì se estrella,
El ingenio, el valor, la noble hazaña
Cuanto en el orbe espléndido descuella
Cede á su influjo como débil caña.
  Todo para morir creciendo nace
Y el héroe que cien reinos encadena,
Cual bruto inerte que la yerba pace
Arrastra de la muerte la cadena.
  Orlada de esplendor, con cetro de oro
Reinas sobre los siglos: en las ruinas

Y acompaña ese lúgubre lamento
De una beldad acongojada y triste
Y el tardo son del fúnebre instrum
Que de cipres infausto se reviste.





EL SECRETO.

Si es tu aurora feliz, si al alma mia
El Sér Supremo que los orbes mueve,
La revela con mística armonía
Y de su labio el entusiasmo bebe;
Y si derrama inspiracion y vida
En este mundo para ti creado,
Y de su gloria y magestad vestida
Naturaleza el velo ha desplegado;
Y anima con su soplo omnipotente
Él universo espléndido y sublime:
¿Còmo enfrenar la conmocion ardiente
Que á mi alma volcánica le imprime?
Si de instantánea agitacion tocada
Condena ¡oh bella! á perdurable olvido,
Dulce ilusion de juventud pasada,
Sueños de amor que lamenté perdido.
Y el entusiasmo estúpido siguiendo
De esta llama invisible que me inspira,
Las armònicas cuerdas recorriendo
Oye la inspiracion: pulso la lira....
Ecos que nunca entre el incienso y oro
De vil adulacion fueron tributo,
Ni á Marte horrible salpicado en lloro
Ceñido en torno de oprobioso luto;
Ecos que siempre en alabanza suenan
De la beldad que el corazon encanta,
Y con la gloria y la virtud atruenan,
Y á los malvados pérfidos espanta.
Que el brillo ardiente de tus ojos bellos
Hiere la acalorada fantasía:
Y suspensa en sus mágicos destellos:

Tuya es la gloria: la esperanza mia.
Y manantial de inspiracion fecundo
Para ensalzarte Dios en tus natales
Entre cantos y fiestas matinales
Solemne creacion alza en el mundo.
Y al asomar el trasparente dia
Entre aromas de plácida frescura,
Tiende su curso desmayada y fria
La fuente por alfombras de verdura.
Las nubes entre el prisma y los colores
Al esplendor de la fugaz mañana,
Los árboles retratan y las flores
Al vago ambiente de su luz temprana.
Y en su lecho la fúnebre tiniebla
Mustia á deshora, y sorprendida yace,
Y el pardo manto de escarchada niebla
En las ondas de espuma se deshace.
Y la palma se mece en la llanura
Al blando soplo de apacible viento,
Con las trémulas hojas de frescura
Imita su dormido movimiento.
Y allá en la cima del peñazco pardo
La bestia errante á contemplar se para
El curso lento, silencioso y tardo
Del manso rio en su corriente clara.
Y en su oido resuena la armonia,
Y salta, y bulle, y jugueton vagando
Con las hojas esparce la alegria
El bosque del silencio despertando.
Y el perezoso sueño sacudiendo
Agita la coposa cabellera,
Con las ramas y flores revistiendo
En círculos movibles la pradera;
Y el pajarillo que colgó su nido
Sobre un gigante del callado monte,

Del rumor estruendoso sorprendido
Desde el aire contempla el horizonte.
Y responde á los cánticos que exhala
Cuando la escena universal saluda,
Miéntras lo imita remeciendo el ala
Con blando arrullo tortolilla viuda.
Y una estrella que brilla solitaria
Cual reflejo de espléndida diadema,
De tu cantor escucha la plegaria
Para llevarla á la mansion suprema.
Centinela del Dios omnipotente
Esparciendo la luz en las regiones,
Desde la noche su esplendor fulgente
Enfrenaba tormentas y aquilones.
Para que montes, valles, y florestas
Bajo un cielo de aroma y armonía
Pasen las horas en gozosas fiestas
Entonando sus himnos de alegria.
Y un torrente que corre y se dilata
Como un brazo de mar allí perdido,
Se mueve en la empinada catarata
Entre el musgo y la yerba adormecido;
Y besa el pié de la montaña hueca
Que alcobas de peñazcos le ofrecia,
Donde la planta misteriosa y seca
Burla el rigor de la tormenta umbría.
Donde Aquilon en el ardiente estio
Viene á chocar con las tajadas peñas,
Ya fatigado de mostrar su brio
Contra los montes y fragosas breñas.
La voz de lo pasado allí se pierde
Y en el solemne bosque adormecido,
Vaga un secreto entre la rama verde,
Secreto que la roca ha comprendido.
Y le presta su amparo y la guarece

Al tronar el mortífero elemento,
Y su gigante cúpula estremece
El soplo airado de iracundo viento.
Y embravecido con funesta saña
En los pinos y cedros que derrumba
Escucha la profética montaña:
¡La voz de destruccion! ¡voz de la tumba!
Cuando el furioso temporal se mece
Todo es ruinas, espanto, asolacion!
Y los árboles bellos desparece,
Testígos de la antigua creacion.
Tal vez sobre una copa remecida
Se confunden con lúgubre mistério;
La bella cuna de la hermosa vida,
Y á su lado un inmóvil cementerio.
Y mañana callado y confundido
Envuelto con el polvo de la muerte,
Revelará al viagero sorprendido,
Un tiempo ya pasado: olvido inerte.
La altiva mole con su peso oprime,
Gigante despojado de su brio
El aire del sepulcro entorno imprime,
Yelo á los campos, soledad al rio.
Tal vez junto á ese templo que se arruina
Comienza á renacer árbol pequeño,
Monumento plantado en una ruina....
Ilusiones de vida junto á un sueño.
Las tormentas sus alas enfrenáron,
Y calláron los vientos y Aquilones,
Las inmensas montañas se inclináron,
Y entonáron ¡oh vírgen! sus canciones:
Y ¿quien no canta en tu brillante dia
Si infundes voz, y vida, y movimiento
Al mármol del sepulcro, y poesía
Es tu mirar, tu hablar, tu pensamiento?

El entusiasmo de mi ardiente lira
Imita el alma con glorioso ejemplo,
Y tu virtud irresistible inspira
La reverencia y religion de un templo.
Y libre mi exaltada fantasía
Tiende las alas, por los aires vuela,
Y al trono escelso que entre luz veia
Tu magestad espléndida revela
Y con rendida súplica le implora,
Que mi alma siempre á tu mirar sujeta
Beba en sus rayos que rendido adora
Vida, entusiasmo y conmocion secreta.
Que el vate imbècil que infeliz no admira,
Tu tierno hechizo arrebatado, ciego;
Indigno es, vírgen, de la hermosa lira,
Indigno es, vírgen, de inspirado fuego.

Desde la callada noche
En que ardiente me veias
Mis potencias conmovias
Con misterioso poder;
Y era tu viva mirada,
Húmeda, tierna, sublime,
Que con sus rayos imprime
Agitacion y vaiven.

Cuando exhalas tus acentos
Con silencio respetuoso,
Vagan en mi labio ansioso,
Penetran el corazon;
Ecos de dulce armonía
De ternura y sentimiento,
Revelan al pensamiento
Una nueva inspiracion.

Son tus mejillas de rosa
Dos fuentes de poesía,
Luz, aroma, y armonía,
Trasuntos de las de Dios.
Cuando una lágrima errante
Su brillo mágico apagan,
En su tez divina vagan
Melancolía y amor.

Deja que en ellas mis ojos
Beban entusiasmo y vida,
Mi existencia amortecida
Agosta el fiero penar.
Poeta sin esperanza,
Sin consuelo, y sin amores,
De mi cítara las flores
Son de abrasado arenal.

Estériles, sin verdura
Nadie su esplendor halaga,
Y su hermosura se estraga
Al rayo vivo del sol;
El aura no les da vida
Dulce templanza la fuente;
Ni en la noche el fresco ambiente
Del rocio bienhechor.

Cuando sopla el viento airado
Una hoja, y otra hoja.
Del yerto tronco deshoja,
Marchita la juventud:
Y tras vanas ilusiones
De esperanzas engañosas,
Si brillan tempranas rosas
Son de inútil senectud.

¡Pobres flores! condenadas
A las ardientes arenas;
¿Quién vió nacer azucenas
Sobre asolado lugar?
Allí el aire emponzoñado
Deslustra la pompa verde,
Y la frescura se pierde
Sin gloria, ni magestad.

Y si oye el pérfido grito
Del sepulcro que reclama,
Una diadema, una rama,
Una vida y un blason.
En su asilo misterioso
Se sepultan los mortales,
Sin que queden las señales
Del ya pasado esplendor.

Allí no engañan los hombres
Allí la verdad suprema,
Es la corona, es diadema
Que entre nácares brilló:
Y ès el polvo miserable
Que el triste mendigo huella,
Y es una luz, una estrella
Entre tinieblas el sol.

¡Vírgen divina! tu acento
Embebece mis oidos,
Y enajenan mis sentidos
Tu pudor y magestad:
Y halagan mi fantasìa,
La triste vida embellecen,
Y en la noche me adormecen
Sueños de felicidad.

La virtud te dió ternura
Su fuego la poesia;
La brisa blanda armonía
Perfume la blanca flor:
Aromas al verde campo
La religion sentimiento
Y á tu casto pensamiento
Verdad le imprime el señor.

Cuando estático en la noche
Te fijo inmóvil mirada,
Ya húmeda y desmayada;
Ya en contínua oscilacion;
Me seducen ilusiones,
Y en alas de los querubes
Entre los cielos y nubes
Me contemplo habitador.

En las celestes mansiones
Te miro ¡oh vírgen! te adoro,
Como envidiable tesoro,
Indigno de esta region.
En otros sitios que halaguen
Pura luz, aura mas bella,
Con planta donosa huella,
Angel de paz y de amor.

Rosa tropical, que bañan
Dulces auras, fresca brisa,
En tu serena sonrisa
Inspiras al corazon;
Un secreto misterioso
De tierna melancolia,
Y suspende el alma mia
Gérmen de luz y de amor.

Aquel amor de delicias
Puro, apacible inocente,
Y que cantó dulcemente
El poeta del Eden;
Pasion que nace en misterios,
Y melancólica muere,
Y hasta en el sepulcro hiere
Con secreta languidez.

Cuando el viento licencioso
Retoza en la superficie
Del mar, y blanda molicie
Derrama en el corazon.
El ángel de los placeres
Entre la espuma se esconde,
Y al mudo acento responde
De los misterios de amor.

Es ménos dulce, armonioso,
Que de tu voz el sonido:
Mas que estenuado quejido
De tórtola que espiró;
O de flauta deliciosa
El quejumbre desmayado,
O el murmurio regalado
De la fuente que rodó.

Esos ángeles que velan
En tus sueños de armonìa,
Revelan al alma mia
Tu pudor, tu blanda paz;
Si ilusiones seductoras
Te halagan con sus acentos,
Iris son tus pensamientos
Bañados en castidad.

¿Quien, dime, prestó á tu rostro
Esa mágia que suspende,
Ese halago que sorprende
Y que pasma la razon;
Que arrebata mis sentidos,
Que me exalta y enagena,
Y cautivo á tu cadena
Arrastra mi corazon?

¿Qué vale una inútil lira
Con tanto hechizo y encanto?
Mal puede el humilde canto
Tu natalicio ensalzar;
Vates mas dignos remonten
Tu noble virtud al cielo,
Y esa hermosura consuelo
Del que implora tu piedad.

En vez del altar de amores
A tu beldad consagrado,
Sepulcro fúnebre alzado
Es mi esperanza, mi amor. . . .
Luz que no brilla. . . se apaga. . .
¡Ah! vírgen yo no revelo,
Mi pensamiento, mi anhelo,
¡Secreto en el corazon!

———

A mi amigo D. Manuel Costales.

LA ERMITA DEL MONSERRATE.

Cuando al fijar la vista misteriosa
De la antigua muralla al pie sentado,
En la bella mañana deliciosa
De aromas y frescura rodeado;
El tiempo asolador que audaz levanta
La segur que derriba los imperios,
Y con su faz aterradora espanta
Revelando á los siglos sus misteríos;
Que en las gastadas piedras y en los muros
Que desplomó con inflexible mano,
Traza en cifras y signos bien seguros
La ley universal del mundo vano.
Turbaba mi exaltada fantasía
Amargura dejando en la memoria,
Al ver que en el sepulcro oscurecia
Cuanto se viste de engañosa gloria.
Pero el triste recuerdo disipaba
Con bella luz la escena sorprendente,
Que natura á mis ojos desplegaba
Parà encantar mi adormecida mente.
La roja lumbre del ardiente dia
Entre el matiz de la variada alfombra,
Que exhalaba perfume y ambrosía
Entre las horas de frescura y sombra,
De la aromosa brisa el blando arrullo
Que mi oido jugando acariciaba,
De las inquietas aguas el murmullo
Que saltando los árboles besaba.

Y cobijaba en su musgo
En oracion ante su alta
Se arrodillaba el pecador
Purificando el alma del pe
De augusta religion el san
Dos columnas con vario
Que adornaban figuras y l
Legados por artísticos cin
Y á la par caprichosos mir
Y en su frente un inform
Atalayando el pensamiento
Al pié de la alta iglesia sol
En la lóbrega noche estrañ
Gala mundana de la antig
Parodia de otros templos qu
Y que al pasar sobre su fren
Un recuerdo los tiempos le
Con la temprana luz de la
Fugitiva quebrándose en la
El monótono són de la camp
Interpretaba la oracion secre
Y espantaba en el nido cav
Cenicientas lechuzas apiñad
Cruzando

Sobre la parda atmósfera fingiendo.
  Y el lagarto amarillo culebreaba
Entre el ollin de la pared desnuda,
Y con la tibia luz tornasolaba
Varia color que súbito demuda.
  Yo ví la ermita con robusta mole
Abrir su puerta al hombre religioso,
Como la madre á su afligida prole
Brinda en su seno el bálsamo amoroso.
  Y la ví con sus galas adornada
Vieja matrona con moderno arreo,
De músicas y fiestas halagada
De los bronces al vago clamoreo,
  Al murmullo apagado de la fuente
Que entre las flores su cristal dilata,
Y al manso susurrar de la corriente
Que remueve sus círculos de plata;
  Del hondo mar entre el rumor discorde
Quebrándose en el áspero arrecife,
Cuando en las playas por el ancho borde
Náufrago erraba el solitario esquife.
  Entónces cual vapor de una llanura
Que con sus alas arrebata el viento,
Rodaba entre las horas de amargura
Por mi agitada mente un pensamiento.
  Hoy que la busco con delirio vano
Silencio y soledad tan solo miro,
Y arranca al corazon tormento insano
En la callada noche hondo suspiro.
  Del tábano el monótono zumbido
Viene á turbar la soledad umbría,
De la chicharra lúgubre el chillido,
O el ronco viento de la noche fria.
      Cuando sentado en mi infancia
      En el viejo murallon

En sus desgastadas grietas
Clavaba con repugnancia
Ojo atento indagador.
Y ví en la abierta hendidura
Cruzar entre el musgo y flor
La versátil mariposa
Con bordada vestidura
Que la luz tornasoló.
¡Quién entónces me diria
Que en mi juvenil vigor,
Dando mis cantos al viento
Arpa triste pulsaria
Para cantar con dolor;
Y que en el silencio mudo
Afligido el corazon
Memorias renovaria
Sobre este peñasco rudo
De otro tiempo que pasò.
Vuelan las aves nocturnas
Y en vez de cantos de amor,
Exhalan tristes endechas
A las solitarias urnas
Del antiguo paredon.
Allí en el ardiente estío
Cuando el rutilante sol
Quemaba con vivo rayo
En el albergue sombrío
Burlaron su resplandor.
¡Pobres aves! condenadas
A soledad y amargura,
En la noche solitaria
Con alas trémulas cruzan,
Huérfanas, tristes llorosas,
Su dolor y desventura
En los agrestes peñascos

Al son del viento murmuran.
Llorando el caliente nido
De sus hijos tierna cuna,
Y la amarga soledad
De aquella estancia viuda,
Cuando indiferente el hombre
Con planta orgullosa cruza,
Sin exhalar un gemido
Ni un recuerdo á tu amargura.
Hoy levantaron una inmensa puerta
Junto al lugar donde existió la ermita,
Y es fama que en su bóveda desierta
El ave de la noche airada grita.
¿Dónde está tu antigua gloria
Que el ojo atento la busca,
Si el silencioso lugar
Huella la planta importuna?
Ni una piedra se conserva,
Ni una flor lánguida y mustia,
Y tus recuerdos pasaron
Como el eco que modula,
El sonido de un laud
De la selva en la espesura.
Caiste cual el árbol del desierto
Que de raiz el huracan arranca,
Ves junto á tí la soledad de un muerto
Que le cobija vestidura blanca.
Así los imperios caen,
Y las grandezas fluctúan
Porque el oropel mundano
Es sombra ligera y mustia.
Tú recordabas mi infancia
Cuando en la muralla inculta,
De modestas maravillas
Formé guirnaldas y *puchas*,

¡Vi pasar sus ondas frias
Sin recuerdos, ni amargı
Porque en la inquieta
El severo pensamiento,
No marchita la alba tez
Con triste presentimient
Luego pensador y hom
Con una idea en la ment
Ha de maldecir su nombr
O ha de ser indiferente.
Pasó tu gloria mundan
Y tus orquestas nocturnas
La algazara de tus ferias
Que como recuerdo adula
¿Qué se hicieron de tus fi
De tus ritos y tus mùsicas,
Cuando el pueblo en oraci
Velaba en la noche oscura
A la agonizante luz
De las lámparas que ondul
Sus trémulos resplandores
En las paredes hoy mudas?
¿Qué de aquellas inaria

De dolor y triste angustia
Fantasmas pinta en la mente
Entre las sombras oscuras.
No verás en tu recinto
Correr la apiñada turba,
Al eco de tus campanas
Que vocingleras murmuran,
Y parece que el oido
Aun el són trémulo encucha.
En tus cimientos escribe
Tal vez irónica mano
Recuerdo desgarrador.
Que las confundidas piedras
De los templos y los muros,
Son los ejemplos seguros
De que el mundo es ilusion.
Caiste cual el árbol del desierto
Que de raiz el huracan arranca,
Ves junto á tí la soledad de un muerto
Que le cobija vestidura blanca.
Fuerte leccion á la ambicion humana
Porque es la vida un loco devaneo,
Y la inútil grandeza sombra vana
Con su pompa, su orgullo y su deseo.
Todo pasò: tu memoria
Es de duelo y amargura,
Vendrá la naciente aurora
Que con pinceles dibuja,
Y en el suelo amarillento
Caerá la copiosa lluvia
Del nebuloso Diciembre
En la larga noche turbia,
Vendrán las flores de Mayo,
Y el céfiro que susurra,
Y en el aterido Enero

La melancòlica luna.
En tanto que tu recinto
El hombre orgulloso cruza,
Sin dirigirte un suspiro
Que los pesares endulza;
Olvidando que recuerda
Soledad callada y muda,
Con eco triste y amargo
La sorda voz de la tumba.

LA INSPIRACION.

A. R. M. y M.

Cuando la luz de la radiante aurora
Centella en el oriente,
Se esparce entre los árboles sonora
La cristalina fuente;
Y tras la noche encapotada y fiera
Del nebuloso Octubre
El sol suspenso en la celeste esfera
De luz el mundo cubre:
Y el claro arroyo en la floresta umbria
Su mansa linfa quiebra
Y al despuntar de tu risueño dia
Te canta y te celebra.
Y cual se postra humilde pecadora
Ante el altar divino,
Y el voto eleva al Hacedor que implora
Con labio purpurino.
Asi contrito mi oracion ferviente
Al pié del ara humillo
Porque no empañe de tu blanca frente
El rutilante brillo.
Que si la vista misteriosa clavo
En tu bello semblante,
Yerto enmudece el pensamiento esclavo
Y gimo delirante.
Que tras vana ilusion con mente ciega
Corrí desatentado,
En el mundo fatal que al hombre niega
El júbilo colmado.
Y en la hermosa muger donde fijaba

Trocando la beldad incomparada
En hórrido esqueleto.
De su negro ropage sacudia
Un fetídico aliento,
Que el vil insecto en soledad bebia
Como inmundo alimento.
Bajo oscuro atahud la contemplaba
Con un horror profundo,
Y en la pálida frente pregonaba
Mortal, este es el mundo. . .
Ayer de pompa virginal vestida
Encanto fué en la tierra,
Hoy entre el yerto polvo confundida
¡Un túmulo la encierra!
El descarnado rostro, la revuelta
Madeja que erizaba,
Y que gentil sobre la espalda suelta
Otro tiempo cantaba,
Los mustios ojos cuya lumbre viva
Heló muerte traidora,

La torva faz como vision nocturna
Atento contemplaba,
Y la apagada lámpara en la urna
Su tibia luz quebraba,
Fijé los ojos en su abismo oscuro
En convulsion tocado
Al aspirar entre el vapor impuro
El aire inficionado.
Aquí el presente y lo pasado yace
En la tumba leia,
Y es polvo miserable cuanto nace
Falso esplendor de un dia.
Creí escuchar un misterioso eco
Que mi mente aterraba,
Y del abierto túmulo en el hueco
¡Desolacion! clamaba.
Cual cruza el aire la vision horrible
Que en sueños amedrenta,
Asi siento con fuerza irresistible
Recuerdo que atormenta
¡Ah! nunca, nunca de tus bellos ojos
El esplendor se apague,
Ni el acerbo penar con sus enojos
Tu magestad estrague.
Que á soledad nocturna condenado
Bajo el pajizo techo,
Solo miro un recuerdo ya pasado
En lágrimas deshecho.
Y agitada mi ardiente fantasía
En conmocion secreta,
Hiere el silencio de la noche fria
El canto del poeta.
Ah! que venciendo el hado irresistible
Aun agita mi mente,
Si abrasa el corazon el invisible

Dardo de amor ardiente.
Que la hechicera faz de ninfa hermosa
Forja su rayo agudo:
Al poder de su magia misteriosa
¿Cual es el fuerte escudo?
Abrir el pecho á la encendida llama,
Y enagenado quiero
Al fuego inspirador que el alma inflama
Clamar ¡oh vírgen! muero
Y arme el mortal la formidable diestra
Y láncese al combate
Cuando invencible en la fatal palestra
Un ejército abate,
Y el pacífico hogar, el templo, el muro
Derribe y desmorone,
Y con su llanto el huèrfano inseguro
Sus hazañas pregone,
Y ciego anhele la corona bella
Que en mérito recibe,
Cuando la mano omnipotente en ella
Un anatema escribe.
Otro el undoso mar firme y sereno
Cruce con frágil pino,
Burlando el huracan, la muerte el trueno
Y el rigor del destino:
Y cuando ruge el aquilon airado
Y alza la mar undosa,
Sobre un pobre bajel desprecie osado
La noche tenebrosa.
Otro falaz en la escondida tierra
Busque el metal ansiado,
Y la inexausta vena que lo encierra
Descubra alborozado.
¡Ah! nunca, nunca la ambicion, el oro,
Ni la sed de matanza,

Venga á arrancar el lamentable lloro
Tras soñada esperanza.
¿Qué es el falso laurel, los devaneos
De vida transitoria?
Polvo vano, y del hombre los deseos
Sombra y mentida gloria.
Ah! que si vuelve tu esperado dia
¿Què vale la grandeza?
Rompo los vientos con la lira mia,
Y ensalzo tu belleza.
Y el atrevido vuelo levantando
A la mansion etérea,
Va profundos secretos revelando
Una vision aérea.
Que fijo el pié sobre flotante nube
Se agita y se conmueve,
Y cruza el viento y hasta el solio sube
Del Dios que el mundo mueve.
Y allí postrada ante su altar sublime
Entre el incienso santo,
Que el esplendor y magestad imprime
Con misterioso encanto.
Alza la voz con suplicante tono
En la mansion sagrada,
Y deslumbrado del escelso trono
Así clama inspirada.

¡Oh, Señor Omnipotente,
Que este mundo redimiste
Del pecado!
Tú, que con mano clemente
En los humanos vertiste
Don sagrado.
Tú, que el vasto firmamento
Con la luz iluminaste

Sobre humano.
Y alas diste al raudo viento,
Y el límite señalaste
Al Océano.
La vana altivez confundes,
Y dás segura victoria
En la tierra.
Y poderoso difundes
La luz, esperanza y gloria
Que en ti se encierra.
Y ese volcan encendiste
Sobre la cima del Cielo
Inflamado.
De pompa á Mayo vestiste,
De gala el florido suelo
Y el collado.
Y benigno favoreces
En la noche tenebrosa
Al piloto.
Y el roto bagel guareces
De la vasta mar undosa
Y del Noto.
Cuando la inocencia oprimen
De la tierra los señores
Con tu mano.
Vengas el odioso crimen
Envuelto entre resplandores
Sobre humano.
Y el hombre tu diestra mira
Si el airado ceño ostentas
Prosternado;
En la tormenta tu ira
El castigo le presenta
Del pecado.
Y el relámpago que brilla

Cruza en noche tempestuosa,
Y es tu acento.
El ronco trueno que humilla
La tempestad pavoresa
El raudo viento.
Que si el vendabal sañudo
En sus cimientos conmueve
El universo.
Gime con silencio mudo,
Ni alzar la vista se atreve
El perverso.
Yo con ojos pecadores
Contrito me postro al pié
Del sacro altar;
Y entono puros loores
Que arranca á mi firme fè
Hondo pensar.
¡Oh señor Omnipontente
Como se fascina el hombre
Engañado.
Agitándose demente
Tras de un fantasma sin nombre
Arrebatado!
Alza la potente diestra
Y sobre una vírgen pura
Que te adora.
Gloria y esperanza nuestra;
Vierte clemente ventura
Encantadora.
Y en el alcázar labrado
Sobre mármoles y oro
Del potente.
Clava tus ojos airado,
Y mezcla, señor, el lloro
Inclemente.

Y de la infelice grey
Que en pajiza choza habita,
Se benigno,
Tierno y justiciero rey;
Que de la gente contrita
Eres digno.
Que si la tormenta airada
Rocas y árboles derriba
En noche oscura
De resplandor circundada,
Contemplo tu imágen viva
Tu hermosura.
¡Oh vierte, vierte clemente
El bálsamo de esperanza
Y de salud!
Y la vírgen inocente
Goce de paz y bonanza
En su virtud.



ZULIMA EN EL MAR.

¡Una mañana! en plácido murmullo
Sin el rumor de velas licenciosas,
Batel ligero con sereno arullo
Resbaló por las ondas espumosas.
Al dividir las aguas se mecia
Sobre un lago de plata cristalino,
Do el rubio Sol que su cristal heria
Alfombraba de perlas el camino.
Y en la mar azulada transparente
Con la prora de luz que la cortaba,
Blanco surco de espuma refulgente
Cual centella fosfórica saltaba.
Y una deidad con su color de rosa
De negros ojos, de modesta frente
Como vision fantástica engañosa
Vino improviso á arrebatar mi mente;
Suelta gentil la cabellera ondeante
Sobre la liza popa destrenzaba,
Y la ligera túnica flotante
La luz de la mañana reflejaba:
Y era su voz la música del cielo,
Y el divino lunar resplandeciente,
Cubriò su boca de celeste velo
Y entibia el rayo del mirar ardiente.
La viva lumbre de sus ojos bellos
Robó del corazon la yerta calma,
Y al fulgor de sus mágicos destellos
Ardiente oscilacion agita el alma.
En la bella garganta alabastrina
Una negra madeja el viento mece

Que dá esplendor y magestad divina
A su tierno semblante que embellece.
   Embalsamado aroma el dulce aliento
De sus purpureos labios despedia,
Y su rostro cual nuevo firmamento
Exhalaba perfume y ambrosía.
   Como la erguida palma que se mece
En un vasto horizonte de verdura,
Y á los ojos atónitos parece
Reina del bosque en colosal figura.
   Y besa murmurando el patrio rio
El regio pié de la gentil matrona,
Y bañada en las perlas del rocío
Ostenta en su dosel verde corona.
   Así resplandeció tierna amorosa,
Y con celeste suavidad anima,
Como en el campo la fragante rosa
Iris de bendicion, dulce Zulima.
   En su cándida frente placentera
Inspiracion y amor ciego bebia,
Y de sus ojos la encendida hoguera
Inflamaba mi ardiente fantasía.
   ¡Ah! nunca, nunca, á deslumbrar mi mente
Lanzara Dios tan mágica hermosura,
Envuelta con el manto transparente
De fresca juventud y donosura.
   En la sonrisa grata y hechicera
Que en pos brillaba de su infiel desvio,
Vertió cual deliciosa primavera
Flores, aroma y celestial rocío.
   Así los campos del sereno cielo
Cruza fugaz exhalacion ligera,
Y con sùbita luz inunda el suelo
Despues de tempestad lóbrega y fiera;
   O el alba pura con la luz radiante

Tras soñolienta noche tempestuosa,
O el astro de la tarde rutilante
En la nube que flota silenciosa.
Fijò los ojos en la mar inquieta
Y vuelta del letargo en que yacia:
Canta me dijo en tu ilusion, Poeta,
Esta fuente de luz y de armonía.
Clavé la vista en su apacible frente
Y en la graciosa boca purpurina,
Y de improviso se agitó en mi mente
Un manantial de inspiracion divina.
Súbito luce una fulgente llama
Que el aire y tierra iluminó á deshora,
Y en la rizada espuma se derrama
La nueva luz de la imprevista aurora.
En son festivo los inquietos mares
Al arrullar las playas se mecian,
Y con vivas y armónicos cantares
La muger hechicera bendecian.

No cantaré alborozado
La luz que la espuma hiere,
Con refulgentes colores,
Ni los mágicos albores
De la aurora matinal
Ni la ciudad que á lo léjos
Con el sol iluminada.
Entre radiantes reflejos
Levanta su pardo muro
Halagado por el mar.

Y alza la orgullosa frente
En los inmensos palmares,
Coronada de cien torres
Y señoreando los mares

Con rutilante esplendor.
Ni los musgosos castillos
Que el rojo pendon ondean,
Y besa al pasar el viento,
Ni el rumor y movimiento
De esta opulenta mansion.

Ni cuando en las claras olas
Su magestad se retrata,
En vasto lago de plata
Que cruza el raudo bajel.
Ni las gigantescas cimas
Revestidas de verdura,
Ni la florida hermosura
Que nos convida al placer.

Ni cuando el sol amanece
Despues de nocturna sombra,
O la poética alfombra
En el cubano vergel;
O ese inmenso caserío
Que sobre el mar suspendido,
Deja el ánimo embebido
Sobre el hombre y su poder.

Ni los vivientes que cruzan
Sobre la espuma argentada,
Ni ese horizonte tendido,
Ni la bóveda azulada
Que se refleja en el mar.
Ni el perfume de los campos
Que sobre el bagel trasciende,
Ni ese sol que nos deslumbra,
Y que inmóvil nos sorprende
Cual el cráter de un volcan.

Ni ese rumor incesante
Y continuo movimiento,
O ese prolongado acento
Murmullo de la ciudad.
Ni por el viento llevado
El eco de las campanas
Que en medio del mar retumba,
Y va á perderse en su tumba
De luz y de inmensidad.

¡Oh cuánto el alma recrea
La voz de un pueblo animado,
Eco que va dilatado
A la augusta soledad!
Sentado sobre la popa
El ronco acento escuchaba,
Que á mi mente revelaba
La vida, la sociedad.

Fantasmas que seductores
Nuestras pasiones halagan,
Y con su néctar embriagan
Estas horas del vivir.
Con doradas ilusiones
Alfombran nuestro camino,
Y olvidamos el destino,
Y el incierto porvenir.

¿Qué valen, bella Zulima,
La rubia aurora, las flores,
Qué los brillantes colores
Que ostenta el radiante sol?
O la ciudad agitada
Que en vasto espejo se mira;
Tanta torre engalanada
La pompa y vano esplendor?

Si hay música en la cascada,
Fresco perfume en el viento,
En los campos dulce aliento,
Y en la aurora blanda luz.
Eres, Zulima, la vida,
La gloria, el sereno cielo,
Envuelta en el blanco velo
De candorosa virtud.

Vate inspirado te canta
Esos negrísimos ojos,
Esa nevada garganta,
Ese talle seductor,
Esa sonrisa hechicera,
Ese labio purpurino,
O la undosa cabellera
Que por la espalda flotó.

Y al entonar sus canciones
En su laud amoroso,
Con misterio respetuoso
Te erige un sagrado altar:
Ara pura cual la mirra
Que en santo templo se quema,
Brillante cual la diadema
De la alta divinidad.

Ah! yo te vi. Mi corazon ardia
De un fuego vivo que agitaba mi alma,
Y en silencio elocuente te pedia
Tras de fogosa conmocion la calma.

Que la inspiracion celeste
Que en tus ojos yo bebia,
Halagó mi fantasía



Con ilusiones de amor.
¡Angel divino! te adoro
Dame la paz y el consuelo,
Ya que bajaste del cielo
Para templar mi dolor.

Al Salvador del Mundo.

Ese que ves pendiente de un madero,
Que la vertida sangre enrojecia,
Clavó los ojos en la luz del dia
Impávido en el trance postrimero:
La tosca mano y el semblante fiero
El sayon rebelado le oponia;
Cuando inspirado el Universo heria
Un pensamiento en su mirar severo:
El agravado párpado confunde
La incierta vida con la muerte airada
Que en los pálidos miembros se difunde;
Y en la dudosa llama amortecida
Revela entre misterios su mirada
La redencion del mundo prometida.

A ZULIMA.

LA AUSENCIA.

Cual olvidado pajarillo ausente
Del dulce nido que nacer le viera,
Modula su querella lastimera
Al grave peso del dolor que siente;
Tuerce el ligero vuelo blandamente
De rama en rama en la gentil pradera,
Cuando á los golpes de su suerte fiera
Mezcla el pasado mal con el reciente:
Pájaro he sido que perdí mi gloria:
Que cuál humo fugaz á los rigores
De la airada fortuna desparece:
Canté de amor la pérfida victoria,
Y tras vanos y mágicos colores
Mi amor, mi angustia, y mi tormento crece.

LA MEDITACION.

A ZULIMA.

Pasan las amargas horas,
De la vida yerta y triste,
Cual mustia flor que reviste
El jaspe de algun panteon.
Allí no soplan las auras
En sitio fúnebre vive,
Y breve aliento recibe
En la fúnebre mansion.

¡Vida! ¡vida! ¿quién te ama
Si el hombre cual vaga sombra,
Apénas te ve ó te nombra
Vuela cual humo fugaz?
Y el porvenir circundado
De marmórea oscura puerta
Le ofrece la ruta incierta
Tras de un penoso anhelar.

¿Quién revela sus arcanos,
Y el porvenir interpreta?
Solo el sublime poeta
Ardiente de inspiracion.
Al nacer la mano autora
Le da un ósculo divino,
E ignorado, peregrino
Siente un secreto dolor.

Objeto de la alabanza
Blanco de aleve saeta,
Cuando oscilacion secreta

Le imprime oculto vaiven.
Pobre, oscuro en la desdicha
Es la luz consoladora
Que la mano redentora
Mandó al profeta de Oreb.

Errante cruza la vida,
La agena desgracia siente,
Y de la ambicion demente
Maldice el fausto servil
Baña sus ojos en llanto
Y cual el ave sombria
Jamas ilusion de un dia
Goza el poeta infeliz.

Con sacrílega sonrisa
Mira su genio el malvado,
Murmura de él indignado,
Y alza al magnate un altar.
Las injusticias del hombre
En el sepulcro se estrellan,
Y allí tan solo descuellan
Honor, virtud y verdad.

Sin duda que mas piadoso
El cielo, con los mortales,
Para disipar los males
A la belleza formò.
Ella borra los tormentos
Que el hombre al hombre prepara;
Y sublime fuerte y rara
Participa del dolor.

Tras de engañosos fantasmas
De coronas, cetro y oro,

Mares de sangre y de lloro
Vierte el inicuo mortal;
Y hace mártir á su hermano
Y tala y roba, y oprime,
Y rastros de duelo imprime
En el pacífico hogar.

Empedernido combate
Por usurpar la grandeza,
Cuando la naturaleza
Solo le inspira igualdad.
¡Hombre imbécil! Nunca huelles
La tierra donde yo habite,
Ni tu planta inmunda quite
Pompa á la flor virginal.

No quiero púrpura regia,
Ni es la corona mi objeto,
Ni me vibran en secreto
Las cuerdas de la ambicion.
La humanidad es mi tema,
La virtud inspira á mi alma,
Que ciñan su negra palma
César, Cromwel, Napoleon.

¡Vírgen divina! Te adoro,
Y mi pecho delirante
Vaga perdido y errante
De la calma á la inquietud;
Por ti me es grata la vida,
Que en este mundo estrangero,
Un porvenir lisonjero
Solo ofrece tu virtud.

Tu consoladora magia
Es regalada ambrosìa,

Que vierte en el alma mia
Las delicias del Eden.
Cual la rosa que allì crece
Siempre fresca, bella y pura,
Despides con tu hermosura
Raudal de vida y placer.

Sobre tì con blandas alas
Los brillantes serafines,
De los celestes confines
Esparcen perfume y paz.
Dios meció tu eburnea cuna,
Y ósculo de amor te imprime,
Angel de gloria sublime
Bañado en la castidad.

Tu el infortunio adormeces
Cual hourí del Paraiso,
Y tu refulgente viso
Es gérmen de luz y amor.
El murmullo del occeano
En las noches solitarias;
O las férvidas plegarias
Del náufrago sin timon;

Son ménos grandes, sublimes,
Que tu solemne semblante,
Ya juegue la brisa errante
En tu labio de azahar;
O pises las nuevas flores,
En la region de las nubes,
Los invisibles querubes
Entonan himnos de paz.

Tu simpática mirada
Con la fuerza omnipotente,

Refleja la llama ardiente
Vivó atributo de Dios.
Sobre la mullida alfombra
Que huella tu planta breve,
El pajarillo se atreve
A besar la blanca flor.

¡Encanto de mi existencia!
Revela, revela á mi alma,
Ya en la inquietud, ya en la calma
Siempre la paz y el amor.
Tu la inspiracion solemne
A mi ardiente lira ofreces,
Y en el silencio embelleces
Mi triste meditacion.

LA PLEGARIA.

A la señorita Doña L. Montalvo

EN LA MUERTE DE SU HERMANO.

Vivir tan solo la ilusion de un sueño,
Y bajar al sepulcro silencioso,
Es de la vida el porvenir risueño
De sus farsas emblema misterioso.
Y en la esperanza de mundana gloria
Pompa engañosa de la frágil vida:
¡Encerrar en la tumba la memoria,
Y una vision del tiempo carcomida!
Y la belleza en su recinto mudo
Envuelve con su sombra el cementerio,
Y allí marchita en atahud desnudo
Pierde la gloria de un soñado imperio.
Ah! la muger que la existencia embriaga
Que calma nuestras penas con su encanto,
Angel siniestro su esplendor estraga
Y la risa fugáz transforma en llanto.
Y el dulce hechizo de sus labios rojos
La melena que en ondas se mecia,
Y la centella que en los negros ojos
Como eléctrica llama despedia.
En pálido esqueleto transformada
Con flacos pliegues, erizado el pelo,
Y con fúnebre paño amortajada
Torbo el semblante, desgarrado el velo;
Y la cuajada espuma resbalando
En la cárdena tez ennegrecida,
La frente amoratada salpicando

Del sudor de la tierra denegrida.
Y los deshechos miembros esparcidos
De las aves al grito lastimero,
Y los pálidos huesos carcomidos
Y al pié del atahud un hormiguero....
La rosa entónces la frescura pierde
Que ostentaba en la frente y las mejillas,
Y el vil insecto encarnizado muerde
Del semblante las flores amarillas;
Revelan al mortal que polvo vano
Son del hombre el orgullo y los deseos,
Y que las glorias del linage humano
Son del sepulcro espléndidos trofeos.

A tu hermano contemplabas
En el verdor de la vida,
Y en la ilusion te gozabas
De tierna fraternidad.
Vírgen inocente y pura,
Tú viste que de repente
La muerte dura, inclemente
Lo lanzó en la eternidad.

¡Qué valiéron tus sollozos,
Que tus ayes lastimeros,
Si asolacion y destrozos
Señalan nuestro existir!
Pídele al mármol callado
Que te devuelva tu prenda,
Y tu llanto como ofrenda
Vierte, muger infeliz.

Sordo, insensible á tu queja
Sobre la piedra olvidada,
Verás la leccion grabada

Que aterra al necio mortal.
Que los despojos del mundo
Guarda una fúnebre losa:
¡Que es la vida misteriosa
Al pisar la eternidad!

Maldito el mundo que del bien blasfema
Envuelto con las galas y colores,
Sustentando en su frente una diadema
Orlada en torno de brillantes flores.

¡Y si es doloroso ver
Tanta hechicera muger
Como la gala de Abril
En el avaro atahud
Perder frescura y color;
Y el poeta con su mente
Devorada en fuego ardiente
Y en el ardor juvenil:
¡Ver pasar su juventud:
Sin un recuerdo de amor!

Miéntras que la muerte impía
Sobre la tez transparente
De las vìctimas que inmola,
Escribe con mano fria
La ley de la destruccion:
Ley que abarca el universo
Porque es el gérmen de muerte
La misma fuente de vida,
Y el virtuoso y el perverso
En la tumba iguales son.

Pregunta al mundo: ¿quien es?
Aquel magnate que humilla,

Aquien dobla la rodilla
Y llama el siervo señor:
La vana pompa de un rey
El alto alcázar circunda,
Olvidado de la ley
Con su orgullo y su blason.

El viento de la fortuna
Lo halaga entre resplandores,
Y en la falsa y los amores
Cifra su necia ambicion
Y en el remecido lecho
Duerme el sueño descuidado,
Del porvenir olvidado
Exento de maldicion.

¡Ese infeliz porque la tierra habita
Para el grande de gloria y de placer;
Para el mortal que en soledad medita
Un infierno de lucha y padecer!

Un infierno en que batallan
Dos fantasmas que se chocan,
Que mal en la tierra se hallan
El crímen y la virtud.
¡Pobre virtud! perseguida
Envuelta en inmundo lodo,
Eres sacrílego apodo
Sarcasmo de esclavitud.

¡Vìrgen de amor! sobre la tumba llora
Que es el llanto en las penas un placer,
Y en tu mejilla que el carmin desdora
Revele tu angustioso padecer.
Tu dulce hermano como verde palma

Que revela un pensamiento,
Pensamiento duro y triste,
Emblema de nuestro ser;

Que con silencio elocuente
El vano orgullo nos muestra
Del hombre que con su diest[ra]
Quiere el mundo subyugar;
Pensamiento que es fantasma
Que turba nuestro reposo,
Y que la memoria pasma,
Con misterio y soledad.

¡Vírgen de amor! sobre la tumba
Que es el llanto en las penas un plac[er]
Y en tu megilla que el carmin desdor[a]
Revela tu angustioso padecer.

Dia vendrá que el sepulcro
En que reposan sus restos,
Visitarás afligida
Entre sombras y silencio.
Verás en el mismo polvo
En la muda tier[ra]...

Que como sepulta avara
La vorágine en su seno
A las ambiciosas naves
Que surcan el mar inmenso.
Así bajan á su abismo
Los mortales mas soberbios,
Desnudos como aquel dia
Que de la cuna saliéron.
En tanto que indiferentes
Los codiciosos insectos
Carcomen la yerta carne
Y los amarillos miembros.
Y con paso perezoso
Al despojar los cabellos,
Harán en el blanco cráneo
Son discorde y lastimero.
Porque es el yerto sepulcro
De los hombres el espejo
Que da á la inútil grandeza
Una leccion y un ejemplo:
¡Y cuánto nos miente el mundo
Con farsas y devaneos;
Si el mundo de los placeres
Es ilusion, hondo duelo!
Tú, visitarás la tumba
Que aparecerá á lo léjos
Como lámpara apagada
Rota, sin luz ni reflejo.
Y derramarás piadosa
Llanto, flores y recuerdos,
Y suspensa en su ancho borde
Sentirás latir tu pecho.
Verás en la tierra fria
Con religioso silencio
Al opaco resplandor

De las estrellas del cielo.
Confundidos y mezclados
De un caro padre los restos,
Con los míseros despojos
De un hermano dulce y tierno.
Y al clavar el ojo avaro
Del atahud en el seno,
Afligirá tu memoria
Un espantoso recuerdo.
Verás en la noche umbria
Entre tiniebla y misterio,
Alzarse una blanca sombra
Como fantástico espectro;
Con los miembros contraidos
Mustio, descarnado y yerto,
Con las órbitas vacías
Transformado en esqueleto.
Y al estrecharte en sus brazos
Mezclando á tu llanto tierno,
Los adoloridos ayes
Los clamores lastimeros.
Verás la sombra de un padre.....
¡Oh desgarrador recuerdo!
Aquel padre venerado
De las virtudes modelo,
De los huérfanos apoyo
Puro, benèvolo, tierno.
Vendrá á consolar tu pena
Bella diadema ciñendo.
Blasones que en el sepulcro
Su honor y su gloria fueron.
Y de la sacra aureola
Una rama desciñendo,
Entrelazará las sienes
Del hijo que amaba ciego.

Y en tanto que tú lamentas
La doble pérdida á un tiempo,
Con tu infortunada madre
Con tu familia y tus deudos.
Mustio, triste, silencioso
Mi próximo fin espero,
Que la muerte de un amigo
Da á nuestra vida un ejemplo,
Con que señala piadoso
A nuestras penas el cielo,
Que irémos á los sepulcros
A dormir junto con ellos.

¡Vírgen de amor sobre la tumba llora
Que es el llanto en las penas un placer,
Y en tu megilla que el carmin desdora
Revele tu angustioso padecer!

EL CEMENTERIO.

A DON JOAQUIN DE LA TORRE Y MENDIETA.

Era una noche del Noviembre frio
En que el viento impetuoso murmuraba,
Y las cuajadas gotas del rocío
Sacudiendo en los árboles besaba;
Cuando el bramido de la mar furiosa
El viejo torreon bañó de espuma,
Y una atmósfera oscura y nebulosa
Cubrió los ayres con su parda bruma;
Y en el pálido azul del firmamento
Como lámpara opaca suspendida,
La hermosa luna al vago pensamiento
Convidaba mi mente entristecida;
Al clamor sepulcral de la campana
Que el Noto entre sus alas conducia,
Postrer señal de la oracion mundana
Que del templo en las bóvedas se oia.
Sentéme en el umbral del Cementerio
Y escuchaba el rumor de la ciudad,
Lo pasado y presente en un misterio
La vida y à mis pies la eternidad.
Despierto entònces de un ensueño vago
Clavé la vista en la distante sombra,
Como refleja en cristalino lago
El bordado pensil su verde alfombra.

Y un solitario lugar
Cubierto de yerba y flores,
Una capilla, un altar,



Y entre mentidos colores
La blanca espuma del mar.
Y en tanto que el pensamiento
En las osamentas frias
Halla un triste monumento
Recuerdo de breves dias
De glorias y de tormento.
Mira el lúgubre santuario
Que ennobleció el vano orgullo,
Y se pierde solitario,
Cual apagado murmullo
Dè instrumento funerario.
¡Oh lóbrego Cementerio,
Cual revelas á la mente
Bajo tu solemne imperio
Con tu silencio elocuente,
Una verdad y un misterio!
Y en este sitio sagrado
Oigo tu voz pavorosa,
Como el eco prolongado
De la trompa tenebrosa
Del àngel predestinado.
¿Que es la farsa de este mundo
Tanta pompa y oropel?
En tu silencio profundo
Marchita el verde laurel,
Junto al reptil lodo inmundo.
Y el orgulloso señor
Que hollaba sedas y oro,
Del tùmulo aterrador
No le arranca su tesoro,
Ni el gemido de dolor.
Aqui callan las pasiones,
Aqui el orgullo mundano
Depone falsos blasones,

Y son humo y polvo vano
El hombre y sus ilusiones
Que los locos devaneos
De esta vida transitoria,
Y los humanos deseos
Son del sepulcro victoria,
Alfombra de sus trofeos.

Nacer ayer para morir mañana
Se vé en el libro de la vida escrito,
Duro anatema que à la gloria humana
Lanzaba el Creador por un delito.
Y el hombre cual el árbol delicioso
Que pompa, gala, y jnventud ostenta,
Y desnudo, sin hojas silencioso
Lo arrebata en sus alas la tormenta:
Asi al abismo de la tumba baja
Do la la vida y la muerte se eslabonan,
Y ostenta por blason una mortaja
Con que el grande y pequeño se coronan.
Tal vez la yerba que en las tumbas nace
Enlaza su raiz con blancos huesos,
¡Y la humana ambicion no satisface
Con su mentida gloria y sus escesos!
Y el soberbio que en púrpura se envuelve
Postrer tributo de su necio orgullo,
Con los restos del pobre se revuelve
De los viles insectos al murmullo.
De su inútil grandeza y poderìo
Solo el recuerdo en la memoria queda,
Que sobre el borde del sepulcro frio
Yerto cadáver al abismo rueda.

Aqui confunde el magnate
Que soberbio blasonaba



De sus ínclitos abuelos
De su estirpe soberana,
Sus huesos humedecidos
Del llanto de la mañana,
Con los restos infelices
De un criminal que acompañan
Las maldiciones del mundo
Que con su aliento infestaba;
Y la misteriosa vìrgen
Con tez de azucena y grana
Que con suelta cabellera
Blancos hombros cobijaba,
Con la modestia en los labios
Y en el pecho la esperanza
De ruburoso candor
La pura frente bañada;
Con la vendida ramera
Que con engañosa màscara
Al son odiado del oro
Viles acciones disfraza,
Y como ruin mercancia
Por mano avara comprada
Finge con mentida lengua
El amor y la alabanza;
Duermen juntos en el polvo
De una tierra hospitalaria,
La hermosa virtud y el vicio
La inocencia con la infamia.
. . . .
. . . .
. . . .
Y las agoreras aves,
Centinelas de las tumbas
En los túmulos callados
Con son discorde murmuran,

Y cobijada en el árbol
La cenicienta lechuza,
Con su vuelo perezoso
El ayre en la noche cruza;
O las carnívoras auras
Al pie de las sepulturas,
Clavan los ávidos ojos
Entre las silvestres *tunas*,
Al zumbido pavoroso
De los pinos que modulan,
Al cadáver macilento
Una religiosa música;
O los alzados bambúes
Que entre las selvas oscuras,
Con su solemne crujido
El silencio augusto turban;
O la algazara demente
De una mansion que no alumbra
Con sus rayos bienhechores
La hermosa razon que adula.
¡Qué bien contrasta en la noche
La paz de las sepulturas!
La vida en su exaltacion,
En su silencio la tumba!
Y como inspira á los rayos
De la soñolienta luna,
Cuando á la mente revela
Meditaciones profundas,
Asi el alma se enagena
En las campiñas de Cuba,
Entre pensiles de flores
O los rios que murmuran,
Cuando disipa las sombras
Del bosque y la selva oscura,
Con agonizante luz



Una lámpara que alumbra;
O al dudoso resplandor
De alguna estrella importuna,
Que exhala un débil reflejo
Entre nubes que fluctúan.
En medio de ese silencio
El árbol bello susurra,
Sacudiendo fruto y flores
En alfombras de verdura.
Aqui hasta la yerba exhala
La frialdad de las tumbas,
Donde los mortales callan
Y la ambicion no murmura.
Es triste el luciente dia,
Y la noche opaca y turbia,
Y convida á meditar
La melancólica luna,
Donde yacen los humanos
Sin pretensiones injustas,
Reyes, magnates, pecheros.
Oro, poder, hermosura.
El que un tiempo se adornaba
Con manto bello de púrpura,
Y el que vanos oropeles
Aun agonizando busca:
Y el que osado reblandía
Con torba faz lanza ruda,
Al lastimero clamor
De los huérfanos y viudas.
Bañados en sangre y lloro
Verán en la abierta tumba,
Que es la vida en que durmieron
Falsa engañosa que adula.
Decoracion de un teatro
Que con rapidez se muda,

Luz fosfórica de estío
Que en la seca noche cruza,
O cual el surco de luz
Que sobre rizada espuma,
La ligerísima nave
Con férrea prora dibuja.

Embebecido en meditar profundo
Fijé la vista en la entreabierta fosa,
Do se confunde la ambicion del mundo
Ostentando una página horrorosa,
Trazando sobre negros caractéres
Esta amarga verdad que el hombre olvida;
La tumba se abre á los humanos seres
Al pisar los umbrales de la vida.
Reclinéme en la piedra solitaria
Que con silvestre pompa se cubria,
Donde oí melancólica plegaria
Que entre el largo rumor se deshacía.
El aura en tanto derramando ambiente
Embalsamaba campos y florestas,
Con tersas aguas la sonora fuente
Remedaba del viento las orquestas.
Pálida estrella su vivaz reflejo
En las trémulas ondas balanceaba,
Miéntras el mar cual transparente espejo
El vasto Cementerio retrataba.
Las aves con monótono graznido
En el nocturno ambiente salpicadas,
Abandonaban el caliente nido,
Y en pardas osamentas apiñadas
Entonaban sus lúgubres clamores
Discorde son al lastimado oido,
Como el ronco rumor de los tambores,
O de fúnebres carros el crujido,

l olor de las tumbas atraidas
iando con espléndidos banquetes
blancas calaveras esparcidas
las aves carnívoras juguetes.
' con las corvas uñas y los picos
ios aun del animal inmundo:
bre despojos de soberbios ricos!
bre los dueños de un inmenso mundo!
' en las abiertas tumbas aleteando
pié de las desnudas calaveras,
corrompido humor iban goteando
sucias destrenzadas cabelleras;
' en las revueltas hebras se mecia,
r amarilla del dolor emblema,
:n el fétido cráneo parecia
eclipsadas beldades la diadema.

Los insectos lentamente
En las tumbas se arrastraban,
Y con aguzado diente
Los miembros despedazaban
De la sepultada gente.
Allí una vìrgen que fué
Angel de amor en la tierra,
Seca, marchita se vé
Como esqueleto que aterra
Sobre un descarnado pie.
Aquì el triste pordiosero,
Aquí la noble matrona
El magnate y el pechero,
El que ostenta una corona
Como el infame usurero.

Iacer ayer para morir mañana
vé en el libro de la vida escrito,

Duro anatema que á la gloria humana
Lanzaba el Creador por un delito.
Negro crespon y fúnebres mortajas
Son de la vida y la ambicion emblemas,
Y se confunden como humildes pajas
Las coronas, los cetros y diademas.
Triste lugar que entre despojos yertos
Al pié de los sepulcros esparcidas,
Revelan las reliquias de los muertos
Verdades al mortal desconocidas.
Y absorta el alma con silencio mudo
Pregunta á aquellos huesos descarnados
Al contemplar el atahud desnudo,
¿Qué fueron de los tiempos ya pasados?
En tanto que la mente meditaba
La moribunda luz resplandecia,
Que fosfórica lámpara vertia,
Y en mi trémula frente se quebraba.
Embebecido en mi dolor profundo,
A Dios dije á los túmulos callados,
Donde huesos y restos olvidados
Son los despojos de engañoso mundo.
Crucé el umbral del triste cementerio
Y pensativo por las playas solas,
Pensé un instante en mi pasado imperio
Al rumor de los vientos y las olas.

A ZULIMA EN SU DIA.

El alba bella prodigando olores
Tiende gentil su manto transparente,
Y refleja sus mágicos colores
En el cristal de la movible fuente.
Y el arroyuelo en la floresta umbria
Por bordados pensiles resbalando,
Y las hojas que el viento sacudia
En la vistosa alfombra derramando.
Al quebrarse en los árboles copados
Y en las silvestres flores suspendidas,
Y en los tiernos racimos apiñados
Sobre las verdes ramas esparcidas;
La ardiente luz que inquieta centellea
Revistiendo los campos de hermosura,
Y la nube que oscila y balancea
En la atmósfera azul, serena y pura.
La viva inspiracion que arde en la mente
Condenara al silencio del olvido,
Contemplando con alma indiferente
Una deidad que el corazon ha herido.
No: que mi númen aguardó impaciente
La nueva luz de la esperada aurora,
Como tal vez la muchedumbre ardiente
La augusta faz del Redentor que adora.
Y esa beldad cual rosa purpurina
Que al aliento del Céfiro se mece,
De negros ojos y de tez divina
Como radiante aurora resplandece;
Angel de luz que descendió del cielo
Meciéndose en la atmósfera serena,
A trocar en placer horas de duelo,

Ostentando su negra cabellera
Tal vez prendida entre virgineas fl
En bellas redes que el placer tejiei
Parece que cobija los amores.
Gérmen de inspiracion y poesia
Al contemplarla en conmocion toca
Viva centella de improviso ardia,
Canté su gloria y me sentí agitado
Oh! que á la luz de su esplendor
En la ilusion de enamorado anhelo
En las alas de un ángel de repente
Cruzo los aires, me remonto al ciel
Presta á mi humilde lira osado al
Alas al númen en su inerte calma,
Da vida al escondido pensamiento
Humilla mi razon, subyuga el alma
Y un fuego celestial en mis entrañ
Postrando mi cerviz á su albedrio,
Olvido del guerrero las hazañas
Que ensalzé con mi ciego desvario,
Y al destello de luz que me ilum
Con entusiasmo ardiente se levanta,
Y tu magia, belleza peregrina.

La perfidia ponzoñosa
No infeste tu blanca sien
Con sonrisa cautelosa.
En una atmósfera pura
Habita, casta paloma,
Con tu hechicera hermosura
De luz y de dulce aroma
Embriagada en la ventura.
Y en esa hermosa region,
Con tu candor inocente
Como celeste ilusion
Halaga, vírgen, la mente
En tu encantada mansion.
Con bella aureola ceñida
Simbolo de tu virtud,
Y en albo trono embebida
Pulsando el blando laud
Lleno de luz y de vida.
Y el glorioso resplandor
Que tu magestad circunda,
Cual pura fuente de amor,
Dulce Zulima, difunda
Entusiasmo abrasador.

Y el infortunio atroz con dura huella
No empañe de tu frente la bonanza,
Que eres del alma la radiante estrella
Del amor, de la paz y la esperanza.

LOS DOLORES DE MARIA.

Con el manto que en torno la cubria
Al pie del alto monte arrodillada,
En marchito esplendor la faz bañada
La augusta madre del Señor yacía:

La suelta cabellera desparcia
Con lágrimas de angustia salpicada,
En convulsion clavando la mirada
Que entre el cielo y la tierra se perdia:

Mustia su luz y seca la garganta
El rostro en polvo y en sudor teñido
Contempla á su hijo entre ignominia tanta

Y un vil Apóstol la atrevida diestra
Pone en el hombro y de su cuello asido
Osa insultar á la esperanza nuestra.

El Descendimiento.

Sobre la Cruz del Gólgota clavado
La sien marchita, el rostro denegrido,
Por ciega muchedumbre escarnecido,
Y de pérfida lanza traspasado:
Con el undoso pelo destrenzado,
Turbia la vista, pálido y herido,
El Redentor del mundo perseguido
Yace en divina púrpura bañado:
En sus ojos el llanto detenia
La augusta madre de su voz pendiente
Que ofrenda misteriosa le ofrecía:
Oye un rumor y mira de repente
En sus brazos angélicos María
El cadáver de Dios Omnipotente.

La Resureccion.

Envuelto el ángel en glorioso velo
Sobre la blanca nube aparecia,
Y la luz del relámpago vertia
Purificando el mar, el aire, el cielo:
Tiende las alas y rompiendo el vuelo
Con magestad sublime discurrìa,
Y en sus hondos cimientos se mecia
La muda tierra sepultada en duelo:
Toca la piedra que la tumba cubre
Salta improviso: el viento se embalsama,
Y el Redentor del mundo se descubre,
Y suspensa la guardia con su gloria
Yace aterrada, y el arcángel clama:
„Vencer sacrificado es su victoriá."

Que el ambiente nocturno rechazó,
No mezclas mi suspiro á tu suspiro
Ni tu mano una lágrima enjugó.
Por mi megilla sin cesar cruzab
Y el rostro de amarilla palidez,
En lívido cadáver transformaba,
Secó, marchito sin vigor se vé.
Cual árbol que á la orilla de un
Desnuda de su pompa el Aquilon,
Sin que las auras del Abril templa
Renueven de sus hojas el verdor.
Asì en contínua oscilacion lucha
Una estraña vision la mente crea,
Ensueño vago de engañosa idea
En un mundo de angustia y de do
Y un funesto recuerdo en la me
Presente de otro tiempo que pasó,
Es de mi vida descarnada historia
Emblema de las horas de afliccion.
Si en tu divina frente centellea
De la gloria el celeste resplandor,
Y tu melena que el amor destrenza
Revelan un ...

Una existencia envuelta en la agonía.
  Yo que no tengo un mísero recuerdo
Que renueve las glorias de tu amor,
Y en los tormentos mi esperanza pierdo
Luchando con la angustia y el dolor.
  Grato me es en noche solitaria
Clavar los ojos en la huesa fria,
Y exhalar melancòlica plegaria
De la siniestra lámpara à la luz.
  E interrogar la bóveda desierta
De la campana al lastimero son,
A los viles gusanos entreabierta
De la mortaja fúnebre al olor,
  Cuando al borde del túmulo callado
Hierve la tierra y brota con furor,
Insectos que el cadáver mutilado
Despedazan con ruido bullidor.
  Do se chocan mezclados confundidos
Con sordo paso y sepulcral rumor,
Y del hombre en los restos desparcidos
Recibir aterrado una leccion.
  Donde el vivir con el morir se juntan,
Donde la eternidad domina al hombre,
Y en su silencio lóbrego preguntan,
¿Qué queda al universo de su nombre?
  O en la desnuda piedra entapizada
de musgo amarillento,
Triste escuchar de las nocturnas aves
el prolongado acento.
  Y sentarme en la márgen de un torrente,
O en las orillas del furioso mar,
Contemplando con ojo indiferente
De las olas la vasta inmensidad;
  Y entre el rugir del irritado viento
Que subleva las ondas con furor,

Ni brinda su ilusion felicidad.
Cual vago ensueño de feliz infan
Desparece su débil resplandor;
O cual aspira el hombre la fragan
En los jardines de olorosa flor.
¿Qué el vivir? si el corazon ardi
Agitado en perpetua oscilacion,
Busca una vírgen de modesta fren
De esbelto talle y de halagüeña v
Y en vez de la esperanza se me
La imágen de una estátua inanima
Que si un ángel fantástico parece,
Se pierde entre las sombras de la
Sin tí es el mundo un tenebroso
Es la vida entre angustias el vivir,
Y llevar en la frente del Eterno
Anatema de horror sin porvenir.
Es contemplar una espantosa he
Bajo atmósfera turbia y enlutada,
Que infausto meteoro reverbera
Sin luz, sin aire, sin perfume y flo
Y de cárdenas llamas alumbrada
En horizonte pálido y sombr

Con la mortaja lúgubre cubierto,
Del moribundo el porvenir incierto
Que el último gemido va á lanzar.
  La tez cubierta de amarilla bruma
Por rudas contorsiones agitado,
De la honda boca derramando espuma
Pisar la tenebrosa eternidad....
  ¡La eternidad! ¡la eternidad sombria!
Ese Occéano sin luz, sin porvenir,
Esa caverna cóncava, vacia
Tumba de la esperanza y el vivir!

Deja que un dulce recuerdo
Halague mi pensamiento,
Deja que tu vago acento
Me envuelva en sueños de paz.
Que atónito te contemple
Llena de luz y de vida,
En las nubes suspendida
Cual bella divinidad.

El resplandor de la gloria
Refleja un rayo divino,
En tu rostro purpurino
Viva centella de Dios.
Aureola de la inocencia
Ciñe tu cándida frente,
Pura, angélica, inocente
De misterioso color,

Y vírgen del paraiso
A mis ojos apareces,
Y mis penas adormeces
Como un àngel tutelar.
Entónces el pensamiento

Mas que el ébano lucient[illegible]
Y ese talle que enagena
El cautivo corazon.

Y penetras los oidos
Con dulcísima armonía,
Tu encanto, tu melodia
Arrebata mi razon.
Las rosas de tus mejillas
De improviso se hermosea[illegible]
Y tu magestad rodean
La ternura y el pudor.

En tanto la luz del dia
Quiebra su rayo en las flo[illegible]
Y en la atmósfera vacìa
Todo es color y placer.
Entónces como el vagido
Del tierno niño que nace;
O cual el triste quejido
De inconsola[illegible]

Es angelical tu rostro,
Tiene un encanto secreto,
Encanto que yo interpreto,
Gérmen de felicidad.

Grabó el eterno en tu frente
De su luz destello puro,
Tierna, cándida, inocente
Poesía, amor y luz.
La palidez de tu rostro,
El alabastrino cuello,
Con refulgente destello
Te corona la virtud.

Y cuando absorto te miro
Habito el hermoso cielo,
Los ángeles con su vuelo
Estasian el corazon;
Y un presente de consuelo,
Un porvenir de esperanza,
Son el iris de bonanza
En encantada mansion.

A veces á los delirios
De mi inquieta fantasía,
Una calma estéril, fria,
Me transporta á otra region.
Entónces, ¡oh vírgen! creo
Que infeliz y desdichado,
He de lamentar mi estado
En contínua oscilacion.

Y el silencio de la tumba
Y mas allà hielo, nada,
Contempla el alma agitada

Envuelta [illegible]
Y un abismo, infierno [illegible]
Sin pasado, ni presente,
Revelan á la honda mente
La negra fatalidad.

Y emponzoña el pensamiento
Esta tenebrosa idea,
Que mi existencia rodea
De un fantástico vapor,
¡Soledad! ¡[illegible]colía!
Y un espant[illegible]ierto,
Y una existencia vacía,
Sin recuerdos, sin amor.

Es de imbécil autómata la vida,
De un páramo la vasta inmensidad,
Donde un tronco, una rama denegrida
Esparce con su planta el huracan.
Y sin frutos, sin árboles, ni flores
Imágen de la atroz desolacion,
Revestido de fúnebres colores
Cubierto con el lúgubre crespon.
Do no escucha el viagero horrorizado
De las variadas hojas el murmullo,
De la brisa balsámica el arrullo
De las inquietas aguas el rumor,
Ni el gemido de tórtola angustiosa,
Ni el canto del arpado ruiseñor,
Ni el aura en la floresta misteriosa,
Ni el césped que suspende con su olor.
Solo un acento lúgubre, siniestro,
Emblema del horror y soledad;
Remedo de las aves de la noche
Prolonga mi continuo querellar.

O el rumor del torrente despeñado
Que revuelve impetuoso vendaval,
Y el campo de verdura despojado
Cubierto con un manto funeral.
Sin tí en el mundo un tenebroso infierno
Es la vida entre angustias el vivir,
Y llevar en la frente del Eterno
Anatema de horror sin porvenir.

EL RUEGO.

Amar es solo mi anhelo,
Y escrito en mi pensamiento,
Te revela el sentimiento
De mi ardiente corazon,
Que es mas puro que el incienso
Que la mano consagrada,
Del hombre reverenciada
Liba en el templo de Dios.

Mas que la risa inocente
Del tierno niño en la cuna,
Y mas que de blanca luna
El melancólico albor.
Ah! tu mirar de consuelo,
Mi corazon enagena
De luz y de gloria llena
El fuego de mi pasion.

Cruzó mi naciente infancia
De encanto y de melodía,
Oculto vaiven sentia
Gusté de la soledad.
¡Qué agitacion misteriosa!
¡Qué conmocion en el alma,
Sin un instante de calma,
Sin la esperanza, ni paz!

Poeta! quiso el destino
Mecer mi inocente cuna,
Sin ensueños de fortuna,
Sin delirios de ambicion.

Diome un alma apasionada,
Puso en mi labio un gemido,
Y en mi pecho adolorido
Un desmayado clamor.

¿Quién basta á templar el fuego
Que arde en el alma del vate?
¿Quién el secreto combate
Con su magia calmará?
Y aquel ardiente deseo
Vivo, incesante, penoso,
Es sueño triste, horroroso,
Sin goces ni realidad.

La muger con copa de oro
Su imaginacion embriaga,
Le alza del polvo, le halaga
Y orna de lauros su sien:
Borra los tristes martirios,
Sus pesares adormece,
Y su existencia embellece
Con la ilusion del placer.

Entónces canta agitado
No bajo atmósfera muerta,
A la luz pálida incierta
De lámpara funeral.
Un sol ardiente le inspira
La esperanza le da aliento,
Y su desmayado acento
Es un himno celestial.

¡Qué seductor el encanto!
¡Que color, y poesía!
El genio de la armonía

Embarga con su poder:
La moribunda existencia
Que alumbran tristes blandones,
Ah! transforma en ilusiones
La encantadora muger.

Niño apenas balbuciente
Entre misterios la amaba
Angel del cielo y no osaba
Revelar mi tierno amor.
Fijé los ojos en ella,
Inmóvil y adivinaba
Que Dios su encanto formaba,
Embate del corazon.

Pasáron tan gratas horas,
Las ilusiones pasáron,
Y á deshora marchitaron
Las flores de juventud.
Ay! el encanto fué breve,
Tan breve como engañoso,
Y un porvenir borrascoso
Ofrece á mi senectud.

Si aromas me brinda el campo,
Voz el dormido arroyuelo,
Matiz el pintado cielo,
Perfume la blanca flor.
El aura grata armonía
La selva el solemne aliento,
Y revelo en vago acento
Los misterios del Señor.

Si en el fondo del sepulcro
Comprendo el oculto arcano,

Si adoro el linage humano
E invoco la eternidad
Soy infeliz! Soy poeta!
¿Qué vale inútil talento?
Inspiracion de un momento,
Liviana felicidad.

Amando sin esperanza
Esa hechicera hermosura,
En vez de paz y ventura
Solo sé lo que es dolor.
En las horas de sosiego
Mi labio ardiente la nombra,
Miéntras preside su sombra
Mi triste meditacion.

Desde que aparece el alba
Me persigue y atormenta,
O dulcemente alimenta
Los sueños de la ilusion
Y en tan penosa agonía
Huérfano, mudo abatido,
Contemplo triste afligido
El llanto y el desamor.

Cuando al márgen de una fuente
Transparente, clara, pura,
Al son de mi desventura
Oso la vista fijar
En el murmurio apacible
Ornada en gloria aparece,
Y un breve instante adormece
Este incesante anhelar.



O si en el áspera playa
Piso la menuda arena,
Miro su imágen serena
Entre las olas del mar:
Sobre la azulada espuma
Semeja el iris mas bello,
Y un espléndido destello
Viene la escena á hermosear.

Cuando el susurro del aura
El árbol tierno remece,
Y el céfiro se adormece
Al rayo ardiente del sol.
Paréceme que allí habita
Bajo un albergue de amores;
Paréceme que las flores
Aguardan su bendicion.

Y cuando en mi pobre techo
Que me alberga hospitalario,
Pensativo, solitario
Oso su nombre decir.
Vive oscilacion imprime
En mi alma combatida,
Y aura de gloria y de vida
Esparce junto de mi.

En el nácar transparente
Del susurrante arroyuelo,
En la bóveda del cielo,
En la calma nocturnal.
Allí la miro, y la adoro
Con acento fervoroso,
Por que su pecho piadoso
Torne un rasgo de piedad.

Dulce consuelo, mi enca
Que enjugue el amargo
Que arrancara á mi pasi
¿Quién no llora cuando
Si el tierno llanto es soc
Que exhala en el seco es
El vivo rayo del sol;

Es la elocuencia del a
Que de pura fuente brota
Donde el filo agudo en
El arrugado dolor;
Es deleite en la desdicha
Ancora de la esperanza,
Signo de paz y bonanza,
Dulce presente de Dios.

Llora la naciente auror
Sobre grupos de azucena
En las calientes arenas
Del trópico abrasador:
Cuál bálsamo derramado
Vuelve la vida



Calma el tormento horroroso,
De mis horas desdichadas,
Que en mis mejillas ajadas
Graba su huella el dolor;
Y á soledad condenado
Un rayo de amor envia,
Con tierna melancolía
Bañado en su bendicion.

Que nunca sumida en lloro,
Angel celeste, te vea,
Y si lloras ay! que sea
De puro gozo y placer;
Ni sientas de la desgracia
En la vida transitoria,
El dardo que la memoria
Oprime con su poder.

Que tu rostro delicioso
A desarmar bastaria,
La furia sañuda, impía,
Del indignado huracan.
Cuando conmueve la tierra
Bajo sus hondos cimientos,
Y las ondas y los vientos
Agita à su voluntad.

Vendrá el dichoso himeneo
A orlarte con santo velo,
Vendrá ministro del cielo
Puerto del mágico amor.
Y en blando lecho de rosas
Por las gracias remecida,
Verás resbalar tu vida
En los sueños de ilusion.

Y allá en la vejez sombría
Te rendirà en holocausto,
Mortal mas feliz, no el fausto
De algun monarca oriental.
Solo un homenage puro,
Como son puras las flores
Que los primeros amores
Renovaràn en tu altar.

Que es tan tierna tu mirada
Tu encanto, tu vago acento
Como el grato sentimiento
De una ilusion ideal.
Y junto al límite oscuro
Del sitio bien resguardado,
Serás objeto sagrado
De amor y felicidad.

Y cuando la avara muerte
Con ferrea segur te amague,
Y el soplo de vida estrague
Al piè del hondo atahud.
Las imágenes risueñas
Recordarás de tu infancia,
Y signo seràs de alianza,
Entre ella y la senectud.

Alberga en tu blando seno
La piedad consoladora
¡Feliz el vate que adora
Tu inspiradora beldad!
Estrella de su infortunio,
Tu derramas en su alma,
Tras la agitacion la calma,
Vaiven en medio á la paz.

Y con tu luz mas dichoso
Que un espléndido monarca,
Se burlará de la parca,
Se reirá del dolor.
Tú eres el ángel que inspiras
Sus amorosas canciones,
Tú le llenas de ilusiones
De dulce encanto y amor.

Intérpretes son sus versos
De su interior agonía,
La triste melancolía
Preside á su meditar.
Perdona ¡oh bella! este acento,
Acento de un moribundo,
Que al despedirse del mundo
Deja una estancia fatal.

EL PINO Y LA CUEVA
De san Antonio de los Baños.

MEDITACION POETICA

DEDICADA

Á LA ROSA DE ARIGUANABO.

Junto de un pobre templo te levántas
Emblema mudo de funesto duelo,
Y de una vírgen misteriosa encantas
El pensamiento que fijó en el cielo;
Donde entonando las plegarias santas
Dobla contrita en el humilde suelo
Estática las trémulas rodillas
Enmedio á las paredes amarillas.

Donde eleva la voz de la inocencia
Bañada en castidad, sin mancha y pura,
Al trono de la escelsa omnipotencia,
Al son de la campana que murmura;
De augusto sacerdote en la presencia
Que la sublime religion depura,
Y al pie del sacro altar cuelga su velo
De las mundanas falsas de este suelo.

Blanca la frente su pudor velaba,
Garzo el ojo y la negra cabellera
En rizos sutilísimos ondeaba,
La mirada fantástica hechicera,
De breve pie: la boca purpurada
Donde menudas perlas entreviera,
El talle esbelto y las modestas rosas
Brillando en las mejillas deliciosas.



Propicia entònces la risueña aurora
Bañaba con las perlas del rocío,
El campo de verdura que colora
Con bellas alas sacudiendo frio,
Cuando sus linfas derramó sonora
Mansa corriente por el valle umbrío,
Jugando con el musgo y con las flores
Cubierto el monte de esplendor y amores.

Donde lame tranquilo las arenas
En blando lecho de eternal verdura,
El manso Ariguanabo entre azucenas
Bañado por el aura de frescura,
Y en sus orillas fértiles y amenas
Se alza una ceiba en colosal figura
Plantada por la mano omnipotente,
Sepulcro de la rápida corriente.

Gigante con los brazos levantados
Que la atmósfera azul enseñorea,
Y al curso de los años ya pasados
Su diadema silvestre al viento ondea,
Y en medio de los campos dilatados
Con el aire de luz que la rodea,
Abre à las aguas el profundo hueco
Al contínuo mugir que dobla el eco.

Y oye de la corriente el ronco ruido
Rodando por la cueva pavorosa,
Donde fabrica su grosero nido
El insecto en la noche silenciosa,
Donde amedrentan el turbado oido
El chillar de la rana misteriosa,
Del tábano y del grillo los lamentos
Y el bramar de las aguas y los vientos.

En la hueca caverna retumbaba
El solemne rumor que atemoriza,
El murciélago á solas aleteaba,
Y el lagarto en las rocas se desliza,
O la araña en las grietas cobijaba,
La blanda tela que afañada riza,
Y ni la flor de la olvidada yedra
Brota silvestre en la desnuda piedra.

El lúgubre ladrar de agreste perro
Sordo resuena entre la sombra oscura,
O el vuelo de las auras en el cerro
Que el pico clavan en la peña dura,
Del corvo arado el inclemente hierro
Rechina en las alfombras de verdura,
Y el triste labrador su canto entona
Mìsero y pobre en la abrasada zona.

¡Cuàntas veces á solas reclinado
En la sublime soledad presente,
En el desierto suelo abandonado
Lancé un gemido y suspiré doliente!
Fijando el pensamiento en lo pasado
Llena de duelo la irritada mente,
Turbaban mis profundas reflexiones
Del polvo levantadas las naciones.

La Grecia en sus escombros silenciosa
Que al pié de sus sepulcros combatia,
Y al ronco estruendo de la lid rabiosa
Al feroz musulman envilecia;
Al rumor del clarin la nudorosa,
Lanza en la ruda mano reblandia,
Y al clamor de los buitres que aleteaban,
Al próximo festin se preparaban.

Y de la guerra el eco prolongado
Que al mármol infundió soplo de vida,
En el glorioso suelo desgarrado
Agitaba mi mente estremecida.
Y al recuerdo de un tiempo ya pasado
El griego vencedor con frente erguida,
En columnas y ruinas quebrantadas
Huella generaciones olvidadas.

Al borde de los túmulos llorando
Sin su esplendor y magestad primera
La mano del Autócrata besando
Roto el penacho de marcial guerrera,
La huérfana Polonia murmurando
No reblande en su mano el asta fiera,
Y aparece su sombra ensangrentada
De cipreses funestos coronada.

Y oye solo el relincho belicoso
De los caballos rápidos y ardientes,
Que dominan el Vístula espumoso,
Y el *hourra* de los fieros combatientes;
Al sacudir la crin el bruto ansioso
Pace la yerba con agudos dientes,
Hijo del septentrion salta bufando
A la atónita Europa amenazando.

¿Dónde está la diadema? un vil guerrero
Pérfido empuña la atrevida lanza,
Y con falsas victorias altanero
Sobre sus mudos campos se abalanza:
En la orilla del Oder lastimero
Sus vírgenes sin gloria ni esperanza,
Ven que arrastra la rápida corriente
La aureola inmortal que ornó su frente.

Ya no halagan los vientos matinales
La yerba en la montaña suspendida,
Ni se escuchan los cánticos marciales,
Ni flota la bandera al muro asida:
La sombra de los héroes inmortales
Se vé en el mármol del sepulcro hundida,
Y estúpido el cosaco con su planta
La losa de los túmulos quebranta.

En tanto que el pesar hirió mi mente,
Doraba el horizonte de verdura,
La luz del sol bañando lentamente
La fugitiva nube de frescura,
La vasta poblacion alza su frente
Envuelta con el manto de hermosura,
Las tintas de la tarde caprichosas
Refléjanse en las aguas silenciosas.

Silvaba el viento en la pelada roca
A la voz de un recuerdo ya perdido,
Cual página de un tiempo que se invoca
Para arrancar hondísimo gemido;
Mi vacilante pié la tierra toca,
Y el mundo doy á miserable olvido,
Donde cruzan imbéciles sin nombres
Esqueletos fantásticos los hombres.

La brisa en tanto fresca y deliciosa
Tu estendido ramage humedecia,
Y el dulce néctar de la selva umbrosa
Su aroma fragantísimo ofrecia:
No te amedrente tempestad ondosa
El viento de la tarde te mecia,
Y al pié de un templo en silenciosa vela
Eres, Pino, de un Dios el centinela.

Entone su cantar embebecido
El dulce ruiseñor con tierno anhelo,
Y de variadas plumas revestido
El aire hienda con sonante vuelo,
O ya jugando sobre el tronco asido
Apénas toque en el materno suelo,
Y al aliento del aura licenciosa
Bese galan la descuidada rosa.

Vendrán los tiempos con su planta airada
A esculpir en tu tronco sus lecciones,
Y reliquia en la tierra sepultada
Pasaràn sobre ti los Aquilones:
Asi heridos por mano encarnizada
Desparecen los hombres, las naciones,
Que son polvo ligero en las edades
Torres, templos, alcàzares, ciudades.

Entónces en el suelo derribado
Cobijarás la pálida lechuza,
Que con lúgubre grito prolongado
Los negros aires en la noche cruza,
O el carnívoro gato que aterrado
En las calladas sombras se espeluza,
El erizado pelo sacudiendo,
Y el ahullido monótono estendiendo.

Mas no revele tenebrosa idea
Del hondo porvenir mi triste mente,
Cual el aire de luz que te rodea
Mira pasar un siglo indiferente,
Y esa guirnalda que en tu sien ondea,
Halague el Cefirillo blandamente
Y con tus flores y tu rama alfombra
Dando frescura, movimiento y sombra.

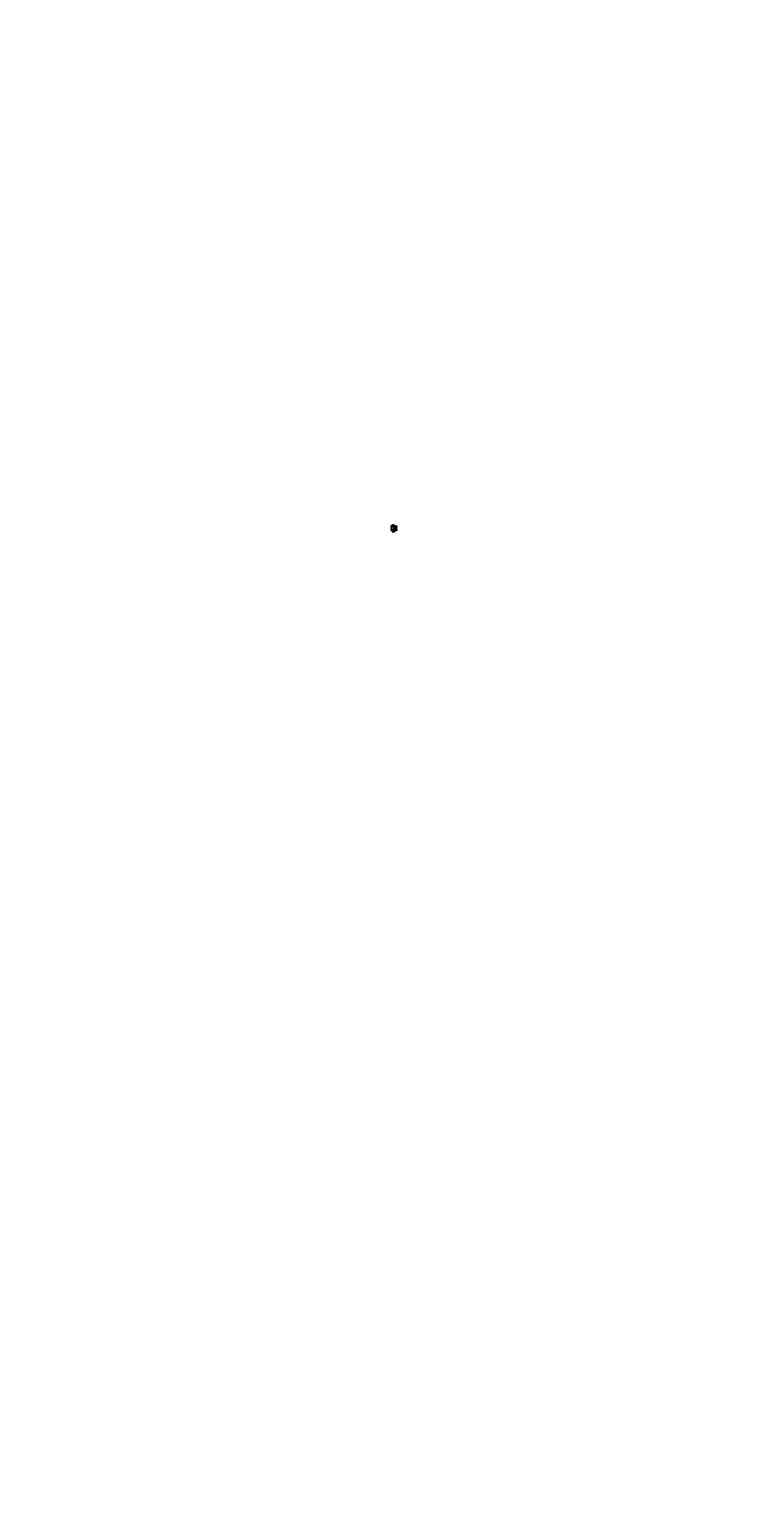
La estrella de la tarde misteriosa
Reflejará sus rayos celestiales;
Y en medio de la noche silenciosa
Te halagarán las brisas tropicales,
Y en la mañana pura y deliciosa
Las aves con sus himnos matinales,
Canten embebecidas sus amores
Mezclando con tus ramas sus colores.

Y en la noche la vírgen reclinada
Goce en su tronco del nocturno ambiente
Por la luna purísima bañada
Ceñida en torno de esplendor fulgente;
Y al escuchar el arpa desmayada
Que solo exhala querellar doliente,
Lanza un tierno recuerdo á mi memoria
Vírgen de la esperanza y de la gloria.

INDICE

De las materias que contiene el tercer tomo.

Páginas.



ERRATAS.

Pág.	*Lineas.*	*Dice.*	*Léase.*
12	9	tus	sus.
13	2	El que	En que.
14	14	inocente	incesante.
28	9	bañáron	bañaba.
Idem	11	mancháron	manchaba.
46	29	Escrita	Escrito.
72	24	el	al.
75	25	Ecos	Eco.
Idem	27	atruenan	atruena.
84	9	una	mi.
101	18	liza	lisa.
117	15	Ese infeliz	Ese es feliz.

El Vestir contra el comer.

Romance.

Cante Villergas si quiere
de las patatas la prez,
y elogie Ayguals las judias
si le parece tambien.

Yo por mi parte, no tengo
pizca ni media que ver
con cuestiones de esa especie
que me atarugan la nuez.

Aficionado á vestir
si puedo, como un marques
maldito lo que me importa
comer mal ó comer bien.

Gentes hay en esta corte
con mas boato que un Rey,

Y no tienen en su casa
ni aun patatas que comer.
Alguno conozco yo
Que lleva coche y tumbé,
y si come no [illegible]
las [illegible] en el almacén.
¿A qué, pues, [illegible]
á las hijas de Israel,
ó á [illegible] [illegible]
de Robinson Crusoé?
Lo primero es ataviar
exteriormente la piel,
que hacerlo por dentro es cosa
que ni luce, ni se vé.
Vaya V. con frac raida,
y verá V. el papel
que representa en el mundo
aunque engulla como diez.

[redacted]

Vaya V., si dió en ser calvo,
sin peluca ó bisoñé,
y veremos aunque como
el pelo que luce usted.—
Valla V. al prado en fin
como Adan en el Eden,
y allá veremos ó nó
si le echan á puntapies.
Por todas estas razones,
y otras que despues diré,
estraño que dé la Risa
tanta importancia al comer.
La comida! linda gracia
que la sarna sabe hacer
tanto ó mejor que nosotros,
y no se envanece á fe.
Estoy, pues, por el vestir,
por ser lo solo á mi ver

[redacted]

... Que dá importancia á los hombres,
Comer carne, ó comer pez.
Cuando nuestro padre Adan
del jardin echado fué,
(desgracia que, entre paréntesis,
por gloton le estuvo bien).
Lo primerito que hizo
fué tapár su desnudez,
arreglandose un mandil
que no habia mas que ver.
Tan antiguo es el deseo
de la decencia, pardiez,
y eso que hablaba al que todo
por dentro y fuera lo vé.
¿Que no hubiera dado el padre
que hoy me obliga á componer,
por tener un frac entonces
para hacer pantalla de él?

¿Y qué no diera la madre
que el fruto le hizo mondar
por ver colgar de las ingles
una saya y un co[illegible]?
Decida, pues, el lector
si entre engullirse un pastel
ó ir con nalgas al aire
[illegible] el partido es.—
La vestimenta dá al hombre
lo que no le dá el [illegible],
qué es talento, ó necedad,
y vicio ó virtud también.—
Doctores conozco yo
que á no verlos en dos pies
con capirote y con barbas,
le diera cuatro, y aun seis.
Andar en cueros la gente,
¿quién distinguiría á quien

no mataría las mandas
ó que hecho de [illegible]?
Pos llamemos á un sastre
y veremos, gracias á él,
la diferencia que media
del ranchero al brigadier.
¿Cuantos generales hay
sin mas credencial de ley
que aquella faja que dice:
soy general: ya lo veis?
Por el vestido parece
santa de cabeza á piés,
la que de tocas adentro
es el mismo Lucifer.
Por el vestido es ministro
algun abedul tal vez;
haciendo dar al la tijera
lo que el Rey no supo hacer.

[redacted]

¿Pues qué diré á mis lectoras
de la licencia cruel,
que basta para hacer el mal
dá á la gente el vestir bien?
Pisen ustedes á alguno
con zapatos de Brusel
y al decirle usted perdone,
responderá, no hay de qué.
¡Mas [illegible] si sienta la pata
pastor con albarca al pié!
¿Habrá animal? dirán todos:
¿Habrá pezuña de buey?—
Si Juanillo está en Oran,
y no le acompaña Andrés,
todo el quid consiste en que éste
rotó con frac, y no aquel.
¿Y porqué razon si no
al interrogarla el Juez,
hablaba al uno de tú

mientras al otro de V.?
Tanto puede ya en mi mundo
el vestido el papel,
que solo mirar chaqueta
dice entre sí: bestia es.
¿Y con esta prevencion
que habia de suceder?
ir Andresillo á pasear
y Juan á cantar á Ica.
Por eso encargo al lector
cuando el largo de uñas vea,
que si pueden ser de seda
no lleve guantes de piel.
Mas no tan solo es mi flaco
pensar así, si no que
aun los animales son
de identico parecer.
Y si no ¿porque los perros

[redacted]

Callan al que lindo ven,
y al mirar un andrajoso
gruñen á más no poder?
¿Porqué razon el caballo
está lleno de altivez
con su gallardo atavío
y mustio y triste sin él?
Vean ustedes ahora
si el vestir merece prez.
Cuando así le rinden parias
aun las cuadrúpeda grey.
Pero el Romance vá largo
y es hora yá de comer,
y ustedes que son tragones
estarán de Comité.—
Coman, pues, enhorabuena
hasta que se acabe el mes,
que yo me voy á vestir

[redacted]

para marchar al Suarez.
Y mientras ustedes hacen
Oseguin al almirez
sin saber si el carnero
fué en la salsa [illegible]:
Yo me pondré la camisa
encajandome despues
el camisetin encima
por razones que yo sé:
La corbata, que en verdad
aun las debo al mercader,
lucirá con el chaleco,
aunque lo debo tambien.
Luego vendrá el pantalon
con sus botin y su aquello,
y ese aquello quiere decir
que se comienza á romper.
El levita, obra de [illegible]

[redacted]

es patrimonio de tres:
y como tal, esta noche
me toca lucir con él.
El sombrero, y el bastón,
botas, reloj y alfiler,
ya no me acuerdo en verdad
si son de Juan ó de quien.
Mas lo que no tiene duda
es que, muerto mi corcel,
aunque no tenga caballo
espuelas me he de poner.
Nada diré de mi pelo
invencion mia tambien,
y que deja atras á Pitt
y al mismo Roberto Peel.—
¿Pero á que cansar á ustedes
con tan larga pesadez?
Si quieren verme ahi me tienen,
conque abur, y hasta mas ver.—
La Ri

Soneto

Amar á una muger modesta y pura,
Como el azul conque se adorna el Cielo,
No encontrar esperanzas á mi anhelo
De gozar á su lado la Ventura;
Cercado de dolores y amargura
Pasar la noche en infeliz desvelo
Y buscando á mi pena algun consuelo
Mostrarme la razon la tumba oscura:
Gemir en soledad, en la presencia
De mi querido bien ahogar el lloro
Ocultando mi bárbara dolencia,
Tal es mi vida triste, al Dios q.e adoro
Le pido q.e termine mi existencia
Y en vano su piedad postrado imploro.—

1851

Soneto

En un momento de furor divino
El Supremo Hacedor con mano airada,
Me sacó por desgracia de la nada
Yà merced me dejó de un cruel destino
De la vida en el áspero camino
El continuo infortunio me anonada,
Y con mano de hierro muy pesada
Destruye los sueños que imagino.—
En estado tan triste y congojoso,
Y en sentimiento tan perenne y largo,
El cielo nunca para mí es piadoso:
Si de tanta miseria le hago cargo,
Solo vé mi semblante lagrimoso.
Su Dios se resiente de mi llanto amargo

Dolores

ELVIRA DE OQUENDO

ó

Los amores de una Guajira.

ROMANCE CUBANO

POR

D. Ramon Velez Herrera.

HABANA.

Imprenta del Gobierno y Capitanía General.

1840.

[illegible]

AL SEÑOR

Don Juan Bautista Carrillo

En prueba de la amistad que le profesa

El autor.





ELVIRA DE OQUENDO

ó

Los amores de una guajira.

I.

La infancia.

Colmada de gloria cual luz de los cielos
Elvira de Oquendo felice nació,
Su infancia inocente cual sombra lijera
Rodeada de halagos y risas pasó.
Sin padre, sin bienes, benéfico el cielo
Trocó de la suerte la saña y desden,
Y en un paraiso viviendo encantada
Gozó embebecida de dulce placer.
Jamas la desdicha nubló su esperanza,
Jamas el fastidio turbó su ilusion,

En sueños de vírgen castísima y pura
Su encanto formaron sin pena ni horror;
Las flores ornaban sus negras madejas
El bosque le daba su májico olor,
El árbol sus pomas, sus peces el rio,
La brisa su aliento, sus rayos el sol,
El cielo su magia, los campos su aroma,
A sombra la yerba, frescura el verjel,
Sus cantos el ave, gemidos la fuente,
Silencio la noche, su sombra el mamey.
Allí encantada vivia
Con un porvenir risueño,
Gozando de la esperanza
Y envuelta en el blanco velo
Del inocente candor,
Y en pueriles devaneos.
Idolo del nuevo padre
Que le dió benigno el cielo
Cuando la fortuna impía
La miró con torbo ceño;
Allí la inocente vírgen
De las gracias el modelo,
Creció cual flor de los campos
Y envidia de los monteros,
Por su hechizo seductor
Y por su vistoso arreo.
La mas gallarda en las fiestas
La mas modesta en el templo,
La mas airosa bailando
El alegre zapateo,
Que apénas lo comenzaba
Colgaban del liso cuello,
Dádiva de los galanes
Los matizados pañuelos.
En tanto que al son del tiple
Y del bullicioso acento

Del rústico calabazo
Los mas airosos vegueros
Celebraban su hermosura
Con amorosos requiebros.
Una mañana de Pascua
Cuando de aguinaldos bellos
Se visten montes y campos
Formando un florido velo:
Benigna oyó las razones
De enamorado sitiero,
Que en las fiestas y en las danzas
Era de amantes modelo.
En los veinte y dos abriles
Rayaba el gentil mancebo:
De talle robusto, airoso,
Recias carnes, corto cuello,
Ancha espalda, fuerte brazo,
Agil, vivo y desenvuelto,
Tez morena, breve piè,
Y ensortijado el cabello.
Juan Perez tenia por nombre
Hijo de un antiguo hatero,
Avecindado en Alquizar
Riquísimo y opulento,
Tan venturoso en las lides
De los campestres torneos,
Que regateaba el caballo
Con aire firme y sereno,
Y jamas tuvo rivales
En trepar montes y cerros,
En cruzar por las sabanas
Y en blandir el duro hierro.

El hog

En una c
Habitaba J
Merced con
Premió sus
En la encall
El arado tosc
Dejó la etern
De sus conti
Educado en
La tez cobriz
Aspero y neg
Doble, y nerv
Revelaban qu
Endureciendo
Le hizo proba

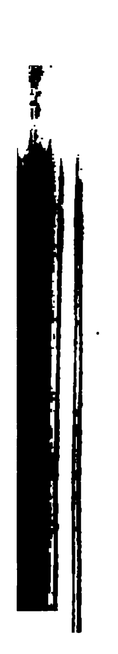
Daba indicio al pasajero
Que en rústica habitacion
Cubierta de humilde techo
Y bajo un triste ropaje
Se albergaba un caballero.
En los gastados blasones
Clavó el irónico tiempo
El diente con que carcome
Arcos, obeliscos, templos.
Y que indiferente iguala
Los andrajos del pechero
Con el purpurino manto
Cobija del opulento.
¿Qué es la nobleza sin oro
Qué pergaminos escelsos
Si aquel que les dá la vida
Yace en manos de usureros?
Es una hoguera apagada,
Que del brillante reflejo
En la ceniza conserva
Chispas del pasado incendio.
Asi trabajó D. Juan
Constante, firme y sereno
Y adquirió por sus afanes
Nombre, reposo y dinero.
Que el noble que es perezoso
Come bien el pan ajeno
Reclinado en hombro estraño
Que lo oprime con su peso.
Pero el hidalgo que siente
Latir en su ilustre pecho
Del honor la llama pura
Roba á la tierra el sustento.
Este es útil á los hombres
Que bastardos pensamientos
No alberga el que laborioso

Es de virtudes modelo.
Apenas rayaba el alba
Tras de los montes espesos
Cuando con los tardos bueyes
Trabajaba el pobre Oquendo.
Desposado desde jòven
Negó á su ambicion el cielo
Inocente y dulce prole
Con quien partir su alimento
Y á la espósita adoptó
En el asilo materno,
Colmando entrámbas mejillas
Con sus paternales besos.
Encantado la miraba
Como su tierno consuelo,
Y el ángel con su sonrisa
Pagaba el sublime afecto.
Situado su hermoso sitio
Al pié de empinado cerro,
Lo baña el Ariguanabo
Con sus raudales serenos.
En sus cristalinas ondas
Como en refulgente espejo
Se retrata el panorama
Que absorto mira el viajero.
Un ancho batey se estiende
Cerca de un jardin ameno
Donde las flores de Cuba
Forman su adorno mas bello,
Allí los frondosos campos,
Cañaverales, cafetos,
Fingen con su verde manto
Un encantado Eliseo.

III.

Campo de Ariguanabo.

Aquí levanta un valle dilatado
Coronando los árboles su frente
De verdura y de flores adornado
A los rayos del sol resplandeciente,
Donde el viento con soplo regalado
Ajitando la rama floreciente
Con licencioso vuelo la menea
Y jugando festivo se recrea.
Cantan los pajarillos revolando
En el frondoso bosque y la pradera
En los coposos árboles saltando
Al nuevo rayo de la luz primera,
Sus riquísimas plumas ostentando,
Y al gozar la perpetua primavera,
Perdidos en los bosques y sin nombres
No anhelan el aplauso de los hombres.
En las florestas vírjenes la aurora
Quiebra su tenue luz en la mañana,
Y cubierta de pompa encantadora



[illegible]
A[illegible]ar de las h[illegible]
Y á la voz de[illegible]
Las brisas en las [illegible]
Ajitan las florestas s
Aquí tranquilo su
Manso cristal de lag
Oceano de luz en qu
El bosque y la llanur
Móviles ondas de br
Refleja el sol al asor
Y quebrando su rayc
A los agrestes bosqu
El viento que los á
Turba el silencio con
O el rumor de las ra
La fiera con indómit
Cuando el sol en las
Se escucha de los pec
En tanto que se mece
Las palmas entre máj
Brota en sus aguas

Abriendo ramos y cantando amores.
Mirasoles, diamelas y ambarinas
En su vistosa márjen reflorecen,
Amapolas, claveles, purpurinas
Rosas que con los rayos resplandecen;
Aguinaldos, jazmines, peregrinas
Junto á las aguas solitarios crecen;
Las aromosas brisas embalsaman
Y el perfume suavísimo derraman.
Bordan los campos de perenne gala
Que no marchita encapotado invierno,
Y el pajarillo sacudiendo el ala
El pico clava en el capullo tierno,
Aura sutil los árboles regala
Siempre cubiertos de verdor eterno,
Jugando con las cañas y palmares,
Lirios, jazmines, rosas y azahares.
Cubren de perlas su feraz ribera
Inclinándose el sauce blandamente;
Crece la vergonzosa adormidera
Al compas de las aguas de la fuente;
Brotan los verdes pinos, la altanera
Ceiba que baña la raudal corriente,
Adornando de alfombras las orillas
Los grupos de pintadas maravillas.
Apiñados los tiernos ruiseñores
Trinan del ancho bosque en la espesura
Recorriendo los árboles mayores
Y entonando sus himnos con dulzura,
Y refleja sus májicos colores
En la serena fuente el alba pura
Sobre la verde yerba resbalando
Y las plateadas gotas destilando.
Al pié del monte el cristalino rio
Se desliza en un lecho de amapolas,
Cubriendo con las perlas del rocío

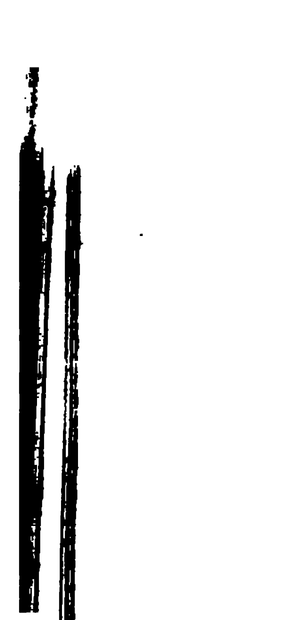
Las altas selvas y las playas solas;
En el invierno y riguroso estío
Mueve sereno las inquietas olas,
Y á lo léjos cobijan las cabañas
Cocos, zapotes, plátanos y cañas.
  Las limas, los naranjos y palmeras
Con dorados racimos enriquecen,
Coronando las májicas riberas
Cafetos que olorosos reverdecen;
El sabroso caimito, las rastreras
Piñas y el tamarindo reflorecen,
A par de las ciruelas, los anones,
Las guayabas, toronjas y mamones.
  Cerca del monte cavernosas grutas
Con su mano labró la Omnipotencia
Donde las aves con silvestres frutas
Pasan entre los riscos su existencia;
Allí se esconden en sinuosas rutas
Guarecidas del tiempo y la inclemencia,
Donde el verdoso musgo y plantas secas
Sirven de nido en cavidades huecas.
  En esta perspectiva encantadora
Que un nuevo Paraiso semejaba
Contenta con su gracia seductora
Elvira inocentísima habitaba:
Con los primeros rayos de la aurora
Al ameno jardin se encaminaba,
Las tropicales flores recojia
Y guirnaldas bellísimas tejia.



IV.

La sorpresa.

Enamorado Juan Perez
A su amada perseguia,
Desde el suspirado instante
Que dió esperanza á su vida.
Apenas la oscura noche
El negro manto tendia,
Se encaminaba al hogar
Que la ocultaba á su vista.
En amorosos requiebros
Entrambos se entretenian,
Burlando al astuto padre
Que los acecha y espía,
A los vigilantes siervos
Que el lindero recorrian,
Al perro que alerta estaba,
Y al mayoral de la finca.
Una noche que sentados
Sobre las yerbas yacian
Bajo el frondoso dosel



Quebrando s
En las rama
Un imprevist
Los aterra y
A los gritos
Que se albor
Espantada de
Huye la trém
Por una estre
Y á su habita
Dudoso el am
La soga al ca
Confiando en
Su salvacion
Cuando se vé
Por Oqueado
Que le aterra
Con la severa
Y si el valor d
No enfrenara
Del grupo que
Soltando rien

Con el mancebo se irrita
Y amenaza castigar
Los desafueros de su hija;
Con el machete en la mano
A Juan Perez desafia,
Y mientras que con denuestos
Desfoga su ardiente ira
Por las anchas guarda-rayas
El tierno amante partia.
Redobla el viejo su enojo
Y caminando medita
Satisfacer los agravios
Que su nombre recibia.
Apenas llega á su hogar
Sobresaltada, afligida
Se le presenta delante
Confusa la pobre Elvira.
Le ordena que se prepare
A partir, sin que lo impidan
Los lastimeros clamores
Que lanzaba en su agonía.
En balde en tierra postrada
Tiernamente le suplica;
En balde con triste lloro
Baña sus puras mejillas;
Ruegos, lágrimas, sollozos,
Protestas, todo lo olvida
El inexorable Oquendo
Y en su venganza medita.
En tanto que silenciosa
La desventurada víctima
Los empedernidos pechos
Con sus clamores partia.
Una sierva de confianza
La consuela en sus desdichas,
Noticiando al triste amante



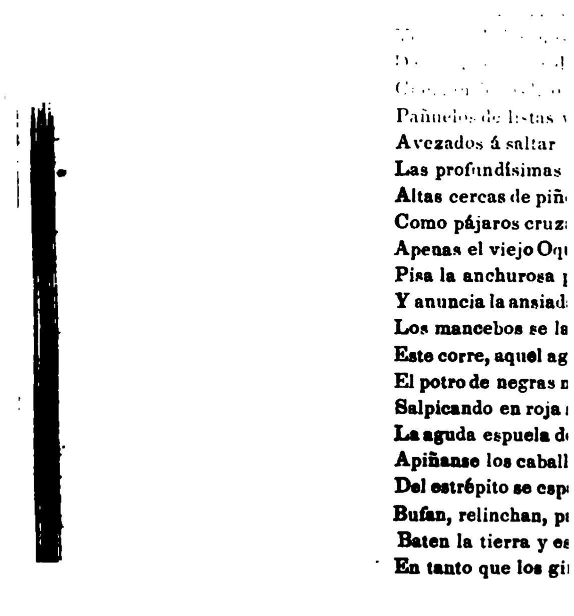
Su inesperada partida
Algun tiempo retardada
Por la llegada imprevista
En casa del viejo Oquendo
De una hermana y tres sobrinas.
Todo en el hogar paterno
Era placer y alegria,
Y el gesto amenazador
El severo padre olvida.
Miéntras que el valiente mozo
Lleno de rabia y de ira
Se preparaba indignado
A oponerse á la partida.
Acecha el ansiado instante
De encaminarse á la finca
Burlándose cauteloso
De los siervos que lo atisban
Con dádivas jenerosas,
Ya prosternado suplica;
Ya por un largo rodeo
Entrè los bosques camina,
Y en las cumbres de los montes
Lo encuentra la noche fria.
En tan triste incertidumbre
Luchaba con la desdicha
Malogrados sus deseos
Con la esperanza perdida.

V.

Y en tanto que á todas horas
Valles y montes cruzaba,
El impaciente mancebo
Por contemplar á su amada.
Como único pensamiento
Que le atormentaba el alma,
Que su sueño interrumpia,
Que su soledad turbaba.
Todo en el hogar de Oquendo
Era placer y esperanza,
Cuando las selvas y bosques
Los rayos del sol bañaban;
Cuando la luz deliciosa
De la risueña mañana,
Yerbas y fuentes y rios
Con su pincel dibujaba,
Cuando susurró el arroyo
Con sus cristalinas aguas,
Y la juguetona brisa
Los arboles halagaba;
Cuando no turbó el placer
La enfurecida desgracia,
Y rodó con la ilusion
De una existencia encantada.

Los jóvenes del partido
Venturosos celebraban
El natalicio de Oquendo
Con júbilo y algazara.
Este bendice la hora
Por tantos pechos ansiada,
Aquel corre, el otro grita
Y ansiosos bullen y cantan,
Y apiñadas confundidas
Llenas de placer bailaban
Con los galanes mancebos
Las hechiceras cubanas
Haciendo alarde en la fiesta
De su gentileza y gracia,
En el vivo zapateo
Y en las bulliciosas danzas.
Solo la inocente Elvira
Sus pesares murmuraba,
Separada del objeto
De su risueña esperanza.
Por respeto de su padre
Por sus amigas del alma
La serenidad finjia
Cuando el dolor la aquejaba.
¡Y cómo es duro mentir
Cuando en el pecho batalla
El huracan del amor;
Cuando en deshecha borrasca
Siente contrarios vaivenes
Que lo oprimen y avasallan!
Los jóvenes en la fiesta
La celebran y la ensalzan,
Cifrando su noble orgullo
En su risa y su mirada.
Y en tanto que del contento
Regocijados gozaban,

En el vecino batey
El estruendo se escuchaba
De los lijeros caballos
Que impacientes relinchaban,
Atados en doble hilera
En las vigorosas ramas
Del güiro y de la ciruela
Del aguacate y la guácima.
Eran los fogosos potros
De gallardísima estampa,
Andariegos y de aguante,
Cubiertos de hermosas manchas.
Ataviados ricamente
Con bellísimas albardas
Bañados de blanca espuma
La tierra continuo escarban,
Los ojos lanzando fuego
Con las colas encrespadas.
Pacen inquietos la yerba,
Bufan, relinchan y saltan
Y el momento apetecido
Los bellos brutos aguardan.
Y en tanto que los guajiros
Alegres se preparaban,
A esperar de la fortuna
Del vencimiento la palma.
Las bellísimas sitieras
Que la fiesta coronaban,
Se reclinan en la alfombra
De menudísima grama
Y el apetecido instante
Impacientes esperaban.
Dada la señal, airosos
Los ginetes cabalgaban
Con gentileza y soltura
Y sus potros enfrenaban,



[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
Pañuelos de listas v
Avezados á saltar
Las profundísimas
Altas cercas de piñ
Como pájaros cruz
Apenas el viejo Oq
Pisa la anchurosa
Y anuncia la ansiad
Los mancebos se la
Este corre, aquel ag
El potro de negras
Salpicando en roja
La aguda espuela d
Apiñanse los caball
Del estrépito se esp
Bufan, relinchan, p
Baten la tierra y e
En tanto que los gi

Cuando cortando los aires
Con lijereza estremada
Un mancebo se presenta
A arrebatarles la palma.
Era el bizarro guajiro
Famoso por sus hazañas,
Denodado en los peligros
Y de orgullosa arrogancia.
Ligerísimo corria,
Agil y esperto nadaba
Y al astuto cocodrilo
Cubierto con sus escamas,
Con aire firme y sereno
En su guarida acosaba,
Y en el alto tamarindo
De un salto se encaramaba.
Sobre un alazan tostado
De ojo ardiente y dobles ancas,
Las crines sueltas al viento
Y con la cola poblada,
Iba el airoso ginete
Llevándose las miradas
De la sorprendida gente
Que le saluda y aclama;
Pica el ijar del caballo,
Cortés saluda á las damas,
Y pronto se gallardea
Y á la carrera se lanza.
Con tanta impetuosidad
Que el bruto tiende las alas,
Y entre la nube de polvo
Que en derredor levantaba
Envuelve campos y montes,
Cruza la anchurosa zanja,
Salta la cerca de piedra
Y se pierde en la sabana.

Revuelve el lozano potro
Y oprimiéndole la espalda,
Vuelve á correr y á saltar
Y ciñe la verde palma:
Como noble vencedor
Sus rivales lo proclaman,
Y con sus vivas y aplausos
La muchedumbre azorada,
Y clávanle las sitieras
Sus amorosas miradas,
Guirnaldas de hermosas flores
Arrojándole á sus plantas.
Y miéntras que el viejo Oquendo
A solas se alborozaba
Con los triunfos del mancebo
Que el entusiasmo arrebata.
Corre el gallardo guajiro
Y con galantes palabras
Y bien sentidas razones
Cortés saluda á las damas,
Y casi á los piés de Elvira
Le ofrece flores y ramas.
"El triunfo es tuyo, no es mio,
Si eres alma de mi alma,
Por tí vencí en la carrera
Y el premio rindo á tus plantas."
Dice: y el lijero bruto
Parte como el rayo y salta
Y á los linderos del sitio
Ufano se encaminaba.
Ese es Juan Perez gritaron
Los mancebos sin tardanza,
¡Juan Perez! repiten todos,
¡Juan Perez! Oquendo clama
Y Juan Perez á lo léjos
Retumbaban las montañas.

VI.

En tanto que el viejo astuto
A la huérfana celaba,
Acechando cauteloso
Hasta su oculta mirada.
El enamorado Perez
Por los linderos cruzaba
Esperando que la noche
Tendiera su negra capa.
Impaciente por hablar
Con la mujer que adoraba
En el bosque enmarañado
Su lijero potro amarra.
Cruza las cercas de piedra
Recorre la ancha sabana,
Y de un frondoso mamey
Se cobija con las ramas.
A sus tristes pensamientos
El mísero se entregaba
La aguda espina del tedio
En el corazon clavada.
La soledad de la tarde

El susurro de las auras,
Y aquel zumbido solemne
De las hojas ajitadas,
Mil recuerdos deliciosos
En su mente despertaban.
Ya el sol sus postreros rayos
Sobre la espuma quebraba,
Bañando con tibia luz
Las nubecillas pintadas,
Cuando imprevisto rumor
Lo inquieta y lo sobresalta:
Fija los ávidos ojos
Al estruendo que escuchaba
Y vé entre las bejuqueras
Que en el árbol se enredaban
Un majá que bullicioso
Barriendo el suelo se arrastra.
Largo y enjuto de cuerpo,
Que cubren pardas escamas,
Aspera y dura la piel,
Y la cola dilatada:
Corta cabeza, ancha boca
Que con su aliento avasalla,
Blancos los agudos dientes
Y con la faz arrugada:
Desde la silvestre yerba
Lijerísimo se lanza,
Sacude la crespa cola
Con atrevida arrogancia,
Y ájil y vivo recorre
Los troncos, hojas y ramas.
Atisba la ansiada presa
Que á sus ojos se ocultaba,
Y el torcido movimiento
Da nuevo aliento á su audacia.
En tanto que desde un jobo



Inquieta, sobresaltada
La perseguida jutía
De improviso al suelo salta,
Corre con velocidad,
El temor le dá sus alas
Y trepa en un alto tronco
Burlando su vijilancia.
Era el astuto animal
De pequeñísima talla,
Ojos ardientes y vivos,
La piel vellosa y manchada,
Romo el hocico, la cola
Cubierta de listas pardas,
Blancos los pequeños dientes,
Y reducidas las patas;
Apenas vé á su rival
Que la ostiga y amenaza,
Corre á salvar su existencia
Y se esconde entre las ramas.
El impaciente majá
Silva enhiesto y se levanta
Arrojándose furioso
Desde la cima copada
Del árbol, la boca abierta,
Al pié del tronco se lanza,
Y los famélicos ojos
Sobre su víctima clava:
En derredor se pasea,
Sagaz se encoje y se alarga,
Y con la mitad del cuerpo
Se sustenta entre las matas.
Atisba en tanto su presa
Lleno de ardor y de saña,
Se enreda en el liso tronco
Y en el riesgo la amenaza.
Huye la inquieta jutía

De repente se acobarda,
Sube, cruza, salta, corre,
Y tiembla sobresaltada,
Y al arrojarse furiosa
Desde las delgadas ramas
El iracundo majá
Con aterradora audacia
Sorprendiéndola en el aire
Tenaz se enrosca y la enlaza,
Y estrechándola sañudo
Los blandos huesos quebranta.
Grita la inquieta jutía
Palpitando atormentada,
Y redoblan sus acentos
Las palomas desvandadas,
Las gallinas aleteando
En la manigua enredada,
Los incautos pajarillos
Saltando de rama en rama,
Y los inquietos polluelos
Guarecidos en las matas,
Y apiñándose en los aires
Al olor las negras auras.
Y en tanto que el vencedor
En la cueva solitaria
Al pié de un alto jagüey
Lentamente se ocultaba,
Para gozar de su presa
En la cavernosa estancia
Al ruido de los insectos
Que en las grietas se apiñaban.
El celosísimo Perez
Con el dolor en el alma,
A lo léjos descubria
El hogar de su adorada,
Donde la paz y el contento



Como por magia reinaban.
Allí entre el rumor discorde
De las músicas y danzas
La inesperta juventud
De los placeres gozaba,
Y en el ruidoso festin
Regocijados cantaban
Angeles llenos de vida
Al poder de la esperanza,
Por que el tedio no emponzoña
Aquellas horas que pasan
Como las olas que ajita
El viento de la mañana.
De la risueña ventura
Embebecidos gozaban,
Solo la llorosa Elvira
Sus querellas murmuraba
En medio á la alegre fiesta
Inquieta y sobresaltada,
Como en el azul del cielo
Negra nube se levanta,
Y con su fúnebre velo
La bóveda etérea mancha;
O como tierna doncella
En la juventud lozana
En vez de ostentar alegre
Sus tocas, joyas y galas,
Cuelga en los hombros desnudos
Una lúgubre mortaja;
Y emponzoña su existir
Signo de triste esperanza.
Al estrépito y los vivas
Y á la alegre carcajada
De aquella gente gozosa
Elvira se lamentaba.
Blanco del galan requiebro

De los mozos que la llaman,
La gloria de aquel partido
Todos rendidos la ensalzan,
Este improvisa sus versos
Y gozoso la compara
Con el májico lucero
Que abre las puertas al alba;
O con la rosa mecida
Por la brisa en la mañana,
O con la blanca azucena
De aljófares perfumada;
Y entre el rumor del aplauso
Con otro mancebo baila
El alegre zapateo,
Mientras que al son de las arpas
Y del patético tiple
El hermoso punto cantan.
Allí graciosas sitieras
Modestamente ataviadas,
Entrelazado el cabello
Con nuestras flores lozanas
Con oloroso perfume
Aires y tierra embalsaman;
Bullen contentas y rien,
Corren y juegan y saltan
Sin que envenene el placer
El porvenir de mañana.
Elvira en tanto abatida
En llanto sus ojos cuaja,
Y maldice los instantes
Que de su amor la separan.
Finje la paz en su rostro,
Serenidad en su alma,
Cuando siente agudo dardo
Que el corazon le traspasa.
Ya los últimos acentos

De melancólica flauta,
A la loca juventud
El fin del baile anunciaba,
Y ya el impaciente Perez
Con los celos en el alma
La fortuna maldecia
Que traidora le amenaza,
Los clamores del festin
Que emponzoñan su esperanza,
Y aquel silencio solemne
Que en derredor contemplaba,
Cuando de repente mira
Un guardiero que se lanza
Y lo estrecha entre sus brazos
Con ímpetu y fiera audacia:
Ni aun sorprendido el mancebo
En el trance se acobarda;
Era el herculeo guardiero
De una gigantesca talla,
De negra piel, ojos vivos
Y fornida la garganta.
Ajil de piernas y pies,
Doble el pecho y las espaldas,
Blancos los menudos dientes,
Torba la faz arrugada.
Tan esperto luchador
Que siempre ganó la palma
Del seguro vencimiento
Por su fuerza y sus hazañas,
Luchan á brazo partido,
Se mezclan y se entrelazan
Los dos furiosos rivales
Como el jaguey y la yaya.
Vuelven de nuevo, porfian
Con increible pujanza,
Sordos retumban los pechos

De espuma los rostros bañan,
Y cansados sin aliento
Con tenacidad se abrazan;
Goteando espeso sudor
Cubiertos de rojas manchas,
Rechinan dientes con dientes
Yjadeando las entrañas.
El ligerísimo mozo
Los pies en la tierra clava,
Dobla el cuerpo y de repente
A su contrario avasalla.
Con aguzados colmillos
El doble cuerpo desgarra
Bañándose con la sangre
Que las heridas brotaban.
Encarnizado el guardiero
Mil blasfemias vomitaba
Y haciendo el último esfuerzo
Como vívora encrespada
Que sacudiendo la cola
Enfurecida batalla,
Comienza la nueva lucha
Y con intrépida saña
Se acometen y se oprimen
Se estrechan y se entrelazan.
Grita el guardiero aterrado,
Y con fuerzas sobrehumanas
Asiéndolo tenazmente
Juan Perez en su venganza,
Con los vigorosos brazos
De improviso lolevanta,
Y sobre un tronco desnudo
Lo arroja con tanta audacia,
Que retumbó el ronco estruendo
Dela colosal espalda.
Inmóvil, tendido en tierra

Con sus clamores turbaba
El silencio de la noche
Y á gritos pide venganza.
En tanto el valiente mozo
A marchar se preparaba
Junto á su veloz caballo
Blandiendo airado sus armas.
Cuando se ve acometido
En la manigua apiñada
Por los perros de la finca
Que le acosan y amenazan.
Apoyado junto á un árbol
Combate con fiera audacia
Con el tropel de enemigos
Que le ostiga y amenaza.
Hiendo la cabeza al uno,
A otros destroza y desgarra
Y ya vencedor salia
De la lucha encarnizada,
Cuando un perro hociqui-romo
Cubierto de negras manchas
Valiente en acometer
Postrero en la retirada,
Con afilados colmillos
Rabo corto, piernas largas
De improviso se le arroja
Y el diente rabioso clava.
Sin arredrarse Juan Perez
Ardiendo en furiosa saña
Con el desnudo machete
Al animal acobarda.
Hiéndele cabeza y cuello
Y de un golpe que descarga
Abre con la férrea mano
Ancha puerta á sus entrañas.
A los gritos de los perros

Elvira sobresaltada
Corre al sitio del suceso
Y le ruega con sus lágrimas
Se ausente de aquel lugar
Que sus desventuras labra.
Vete por piedad, le dice,
Vete, vete sin tardanza,
Antes que venga mi padre:
No desprecies mis palabras,
Quizá con tu indiferencia
Emponzoñas mi esperanza.
Soy fiel á mi juramento
Mal olvida quien te ama—
Ven á mis brazos, Elvira,
Que me traspasas el alma"
¡A tus brazos! Corre, vuela,
Te lo suplica tu amada!
¿Que dices? que es corto el tiempo,
Burla la iracunda saña
De mi padre, vete amigo,
Te lo suplico postrada.
Tú te arrodillas, mi cielo,
¿Qué es la tumba si á tus plantas
Gozo tu hechizo y tu gloria
Infundiéndome esperanza?
Calla por piedad, Juan Perez,
Has causado tu desgracia.
Apénas la tierna jóven
Pronunciaba estas palabras
Un espantoso rumor
A lo léjos se escuchaba:
La voz del anciano Oquendo
Y el ruido de las pisadas
De los ligeros caballos
En los aires se mezclaban,
Con los ayes del guardiero

Y las fieras amenazas.
Una multitud de gente
Al anciano acompañaba
Perros, mayoral, espias,
Todos en son de batalla.
Apénas Elvira escucha
El clamor y la algazara
Trepa en el desnudo tronco
De una ceiba derribada,
Miéntras que el audaz amante
Al combate se prepara.
¿Quién eres? pregunta Oquendo,
Date preso sin tardanza,
Atar á ese vil ladron
Que mi finca corre y tala,
Guardaos responde el jóven,
Yo soy Juan Perez, canalla,
De lo contrario este acero
Lavará la infame mancha.
¡Juan Perez! replica el viejo,
Defiéndete de mi saña.
Dice y ostinado y ciego
Sobre él bramando se lanza.
Y en tanto que combatia
Juan Perez con arrogancia
El encarnizado Oquendo
Golpes furiosos descarga.
Y le grita, vil perjuro,
Morirás á mi venganza.
Solo temo, grita Perez
Por mi Elvira idolatrada.
Calla replica el anciano
Que con tu lengua la infamas
Y asestando un duro golpe
En sangre su frente baña.
¡Ah viejo! replica Perez

Una y mil veces malhayas.
Dice y cual leon furioso
Que con intrépida saña
Corre á lavar los ultrajes
Del que audaz lo amenazaba.
Acomete al grupo de hombres,
Rompe arrebatado y salva
La barrera que los cuerpos
A su cólera formaban.
Postrado en tierra yacia
Oquendo sin esperanza,
Víctima del ciego enojo
De Perez que lo acosaba.
Ya levantaba su brazo
Contra la arada garganta,
Cuando una mano sujeta
La fuerza que lo impulsaba
Sorprendido en aquel trance
Sus ávidos ojos clava
Cuando contempla á su Elvira
Que le ruega y amenaza.
„Deten, deten ese brazo
Asi en la sangre lo bañas
De mi padre" di, Juan Perez,
Grita la bella indignada.
Perdóname le responde
El jóven, toma las armas
Y viva, viva tu padre,
Y yo muera sin venganza.
Harto satisfecho estoy
Con tu vista, prenda amada,
Que robas los infortunios
Que me envenenan el alma:
Dice y se postra á sus pies
Donde su perdon aguarda.
Con sus acentos Elvira

Trémula, inquieta, turbada
Le ordena que parta al punto
Y el mancebo sin tardanza
Se ausenta de aquel lugar,
En tanto que ardiendo en saña
Con la severa justicia
El anciano lo amenaza.
Grita, maldice, desfoga
Los ímpetus de su rabia
Con injuriosas blasfemias
Con denigrantes palabras.
Su séquito sorprendido
De la tierra lo levanta
Y en brazos de sus esclavos
Entra de nuevo en su casa.
Allí postrado en el lecho
Sus amigos le rodeaban
Dando mísero consuelo
A su terrible desgracia.
Pasó aquella noche triste
En los sucesos aciaga,
Y á los gritos del festin
Suceden voces infaustas.
Oquendo en tanto yacía
Enfermo y postrado en cama
Asistiéndole oficiosa
Su Elvira desventurada
Que lleva escrita en su frente
Sus amarguras pasadas.
Al cabo de algunos dias
Que libre del riesgo estaba
Piensa la triste muger
En su futura desgracia,
La soledad de un convento
Con que el padre la aterraba,
Se le presenta á sus ojos
En su situacion amarga;

En balde ofreció olvidar
Al objeto de sus ansias,
El inecsorable Oquendo
Se enfurece con sus lágrimas,
Y restablecerse pronto
De su dolencia esperaba,
Para vengar las injurias
Que su renombre manchaban.
En tanto la pobre jóven
Con su oracion, solitaria,
Vagando en la incertidumbre
Llorosa se lamentaba.
Sin noticias de su amante
Triste, afligida turbada,
A soportar sus tormentos
Y á gemir se resignaba.
En estas contemplaciones
Sin consuelo en su desgracia
Vino á iluminar su frente
El rayo de la esperanza;
Y aquella criada fiel
Que su penar mitigaba
Y el íris en las tormentas
Que su pecho desgarraban
Le dá nuevas de Juan Perez
Y con mañosas palabras
La seduce cautelosa
Venciendo su repugnancia.
Comprometida á acceder
A su pretension osada,
Llena de amor y deseo
A su fiel amante aguarda,
Que continuamente habita
En las cumbres empinadas
Del enmarañado monte
En las horas solitarias.

VII.

La seduccion.

Si estos árboles que fuèron
Los que viéron
Nuestros juegos inocentes
Hoy hablaran, cuantas cosas
Misteriosas
Publicaran á las gentes.

EL PASTOR INCREDULO.—CARRILLO.

Era una lóbrega noche
Encapotada de invierno,
Cuando la graciosa Elvira
Oyó la voz del mancebo,
Que al pié de un erguido mango
Ataba el potro soberbio
Cuyos ojos alumbraban
Como un fosfórico insecto,
Suelta el agudo machete
Y su tiple recorriendo
Al compás del aura leve
La libre voz dá á los vientos.

Elvira de negros ojos,
Y de la suelta melena
Ven á calmar la honda pena
De mis ocultos enojos:
Que yo te ofrezco en despojos
Esta guirnalda de flores
De tan pintados colores
De tan balsàmico aliento,
Que dando fragancia al viento
Simbolicen tus amores.

Junto á la menuda arena
Del cristalino arroyuelo
Que alfombra el vistoso suelo
Que baña la luz serena:
Silvestre dosel, morena,
Naturaleza formó
Las verdes ramas mezcló
Con delgadísimas hojas
Amarillas, blancas, rojas,
Que tu breve planta ajó.

Un bosque espeso sombrío
Cuya tosca vestidura
Al rayar el alba pura
Cubre argentado rocío:
Y la corriente del rio
Y la arboleda coposa
Donde la ceiba frondosa
Te convida á disfrutar
De la rama al susurrar
De la vida presurosa.

Deja esa choza mezquina
Que entreteje leve paja,
Y al pié de este monte baja
Con tu beldad peregrina:

[redacted]

Que de la selva vecina
Aspiraremos olores
El cielo nos da colores,
Canto el ave, y aura el rio,
Y en este albergue sombrío
Gozarémos los amores.

Aquí las vacas manchadas
Nos brindan leche sabrosa,
Y la cepa deliciosa
Dá sus frutas regaladas:
Verémos las destrenzadas
Corrientes lentas bajar,
Caprichosas retratar
Sobre la alfombra del suelo,
Los alcázares del cielo
Las alcobas de la mar.

Elvira inocente y pura,
En cuya tez de candor
Grabó el Supremo Hacedor
El ósculo de dulzura:
En mi amarga desventura
Muéstrate blanda á mí fé
Que si harto tiempo lloré
Tus desdenes rigurosa,
Paga tierna y amorosa
La pasion que te juré.

La triste cautividad
Es indigna de tu gala
Que la hermosa luz que exhala
Se pierde en la oscuridad:
Goza de la libertad
Que merece la mujer

Que si es misterio su ser
Del hombre dulce cariño,
Con un corazon de niño
Es la vida y el placer.

Cesó el canto, y su armonía
De la noche en el silencio
En sus balsámicas alas
Llevaban los blandos vientos.
Oyó la inocente vírjen
Del ay! perezoso el eco
Que se clavó en sus oidos
Como un dichoso recuerdo.
Duda, teme, desconfia,
Salta súbita del lecho,
Y fija los vagos ojos
En las paredes inquietos,
Y tierna esclama. "Le adoro,
Es mi gloria y mi consuelo,
El que se roba al reposo
Y que no goza del sueño,
Alerta en la encrucijada
Por atisbarme un momento,
Burlando el sol del estío,
Los undosos aguaceros,
Y en el helado Diciembre
Los aquilones violentos:
Y apenas tiende la noche
Su manto lóbrego, espeso,
Le cobija el guayabal
Del frio con tosco velo;
Y cuando el despierto gallo,
O el monótono cencerro
Anuncian la nueva luz
Desparece mi montero.
Justo es que fiel corresponda

A tan delicioso afecto:"
Dice y cruza la vereda
Y las ramas desparciendo
Hácia los montes vecinos
Encamina el paso incierto,
De una cocuyera hermosa
Al deslumbrante reflejo,
Y al tenue ruido que forma
La túnica suelta al viento.
De la entretejida yerba
Salta impaciente el mancebo,
Y arrodillado à su planta
Y enajenado su pecho,
¿Quién eres? pregunta ansioso.
Soy Elvira.—Sí.—Mi dueño—
Perdona á mi inesperiencia
Este cometido yerro.—
Yo te adoro.—De mis brazos
Ven á estrecharte á mi seno.
Dicen: y de amor tocados
Se imprimen sonoros besos,
Besos que oyéron los montes,
Que redobláron los vientos,
Que murmuráron las ondas
Que repitiéron los cerros.

VIII.

¡Feliz quien como el montero
A solas mira á su dama!

D. DELMONTE.

Era la airosa guajira
Donosa, pura y lozana,
De esbelto talle, el cabello
Ondeándole por la espalda
En desordenados rizos
Lascivo el viento besaba:
Blanca mano, breve pié,
Cuello de nieve y de nácar,
Ojos ardientes y negros,
Boca gentil, tez rosada.
En sus primeros abriles
De la juventud gozaba
Sin conocer el amor
Hasta aquella noche infausta.
Con pláticas deliciosas
Entrámbos se requebraban,
Reclinados en el tronco
De una bellísima palma.
Allí pasaron las horas
En soledad encantada
Dormidos en la molicie



Y empapados en el ámbar
Que la fresquísima noche
Derramaba con sus alas,
Al delicioso susurro
Que forma lúbrica el aura
En el árbol y en la yerba,
Meciendo flores y ramas.
De tan dulces ilusiones
Con pecho avaro gozaban,
Sin cuidar que es la muger
Bella como flor liviana,
Májica, tierna, amorosa
Y mas frájil que la caña.
Y que osados pensamientos
Muestra el hombre en sus mirada
Y sus importunos ruegos,
Y su condicion ingrata,
Y amor como leve incendio
Que prende en las secas pajas,
Si no se estingue al nacer
Se convierte en vivas llamas.



IX.

Allí todo es verde pompa
Todas son silvestres galas,
Y las auroras de Enero
Con las del Abril se igualan.

D. DELMONTE

En tanto la luz del dia
Por los montes asomaba
Anunciando á los amantes
La encantadora mañana,
Los pintados pajarillos
Cruzando el aire á bandadas
Con sus armónicos himnos
Los oidos alegraban;
Allá pica el tomeguin
Las hojas verdes y blancas,
Y los bellos azulejos
Del tronco jugando salta,
El matizado sunsum
El pico temblando clava,

Y suspendido en el aire
Liba las flores lozanas,
Los hermosos carpinteros
Vestidos de lindas galas,
Baten los robustos troncos
Moviendo alegres el ala.
Y sobre el árbol frondoso
El ruiseñor en las ramas
Desde su elevada cima
Con voz deliciosa canta,
Y se mecen los sinsontes,
Y la tojosita salta,
Alegrando los oidos
Los zorzales á bandadas,
Y los mayos y totíes
Tendiendo las prestas alas.
Y el hermoso guatiní
Cubierto de plumas varias,
Desde los frondosos bosques
Y la selva solitaria,
Sorprende con sus colores
Saltando de rama en rama,
Y el cao que se remece
Desde la cima copada
Del árbol, y al caminante
Remeda con sus palabras,
Las palomas con su arrullo,
Los pericos de esmeralda,
Y las tiernas codornices
Con las carnívoras auras.
Se desatan los arroyos,
Murmuran las fuentes claras,
Y la juguetona brisa
Blando perfume derrama
Entre el solemne rumor
De los pinos y las palmas.



Y refleja dulcemente
El agua de las cascadas,
El rojo color del cielo,
La serena luz del alba.
Con el resplandor del iris
Las nubes arreboladas,
En las rejiones etéreas
Brillan con fuljentes galas.
Se mueven con lento paso,
Finjen escelsas montañas,
Palacios, y caseríos
Que el viento lleva en sus alas.
Se ajitan las verdes hojas
Y las frutas regaladas
De los viciosos racimos
Al suelo maduras bajan,
Y allá en el espeso bosque
Rechinan las cañas bravas,
Y en el palmar desprendida
Rueda en círculos la yagua.
Con las gotas del rocío
Las florecillas bañadas
Forman iris de colores
Tornasoles de esmeralda,
Todo es vida y movimiento.
¡Cuba! mansion encantada!
Para el mísero estranjero
Tierra de amor y esperanza!
Tus frondosísimos montes,
Y los rios que te bañan
Y las flores que te visten
Como flotantes guirnaldas,
Tus olorosas campiñas
Verdes, frescas y lozanas
Llenas de arbustos sombríos
De florestas solitarias;

Que en sus vistosos paisajes
Entretejiendo sus ramas
Finjen alcázares, templos,
Con sus copas levantadas.
Y el ambiente de la selva
Diáfano el cielo y sin mancha,
Y la incierta luz que dora
Los matices de las plantas,
Donde el cafeto oloroso
Junto á la rosa encarnada
Crece á la par de los lirios
Y de las móviles cañas.
Donde el mamey y el zapote
Esparcen dulce fragancia,
Y el anon la piña, el coco,
Aires y cielo embalsaman.
En tanto que te circunda
Un mar sereno de plata,
Sirve de alfombra á tu gloria
Y besa humilde tus playas.
Aquí callan las tormentas,
Los huracanes no braman,
Y las venenosas sierpes
No hieren la débil planta.
Donde frondoso se mece
El árbol de la abundancia,
Y los frutos de la paz
Cobijan sus verdes ramas,
Y la tormenta traidora
Jamas despliega sus alas,
Cubriendo con los escombros
Las campiñas desoladas,
Ni las apiñadas ruinas
El mar en sus costas baña,
Ni el bajel despedazado
Con sordo murmurio arrastra,



Llenando los arrecifes
Con las reliquias humanas,
Y con los restos dispersos
De las naves que naufragan.
Saltan los potros lijeros
En la estendida sabana,
Y mujen los fuertes toros
Tras de las ardientes vacas,
Gruñen los cerdos inmundos,
Y en el áspera montaña
Que se empina hasta las nubes
De verdura coronada,
Vuelan las aves silvestres
Con las carnívoras auras.
Cruzan el tendido llano
Las ovejas en manadas,
Y gozosas, confundidas
En monton las reses mansas,
Y á iluminar con sus rayos
La bella aurora cubana,
El sol desde su alto trono
Con majestad se levanta.
Apenas del nuevo dia
Miraron la luz rosada,
Del infortunado Oquendo
Que al lucero madrugaba,
Los solícitos amantes
Burláron la vijilancia,
Saltan sobre el fiero bruto
Que impaciente relinchaba,
Hollando con duro pié
La campiña engalanada.
Pica al caballo el ginete
Con las espuelas de plata,
La revuelta cola ajita
Y la sacude en el anca.



De los vecinos injenios
Que corriendo atravesaban,
Aspiraban el olor
De la dulce miel de caña.
De las altas chimeneas
A lo lejos contemplaban
Las nubes espesas de humo
Que el májico sol doraba,
Y el cántico lamentable
Que los siervos entonaban
Aguijando al tardo buey
En la pesada manjarria,
A lo léjos se perdia
Entre el ruido y la algazara
De las casas de calderas,
Que una Babel semejaban.
Cruzan los espesos bosques,
Las vistosas guarda-rayas
Cubiertas de árboles bellos
Que las brisas ajitaban,
Atraviesan por los montes,
Las selvas y las sabanas
Que las flores y verdura
Como por majia ostentaban,
De una doble primavera
Haciendo pomposa gala,
Y con el sol de la tarde
A su habitacion llegaban.



X.

La carrera de patos.

Y en tanto que los amantes
De los placeres despiertan,
Sacudiendo el dulce sueño
De las delicias primeras;
Y que amaneció la aurora
Por la enmarañada selva,
Dorando con nueva luz
La redondez de la tierra.
Fué el hogar del triste Oquendo
Con imprevista sorpresa,
Un lamentable teatro
De lastimosas trajedias.
Sitio un tiempo de ventura
Y de esperanza risueña,
Y hoy blanco de la desgracia
Con los mortales severa.
Alegre y ufano estaba
Al pié de la alta arboleda

Sentado el padre de Elvira
En las alfombras de yerba.
Cuando penetró su oido
El rumor de infausta nueva,
Y lastimado su nombre
Por mano vil y pechera
Vé nublada su alegría,
Su verde esperanza muerta,
Y afiijido el corazon
Con las dolorosas penas,
Ajada su clara estirpe
Con una mancha perpetua,
La faz arrugada y torba
Con sus lágrimas anega,
Y ni la voz de su esposa
En su angustia le consuela.
En medio á su desventura
Fija los ojos en tierra,
Y de improviso ajitado
Con sagacidad sondea
El paradero de Elvira
Que le oprime y atormenta,
Con la venganza en el alma
Y la cólera en la lengua:
Interroga á sus esclavos·
Y al ver que en vano se esfuerza
Por inquirir la verdad
A su deseo encubierta.
Esgrime el agudo hierro,
Monta su indómita yegua,
Recorre las guarda-rayas,
El espeso bosque hojea,
Y en alas de la venganza
Por los anchos campos vuela.
Grita, amenaza, maldice,
En medio al monte vocea,



Y no deja rastro el bruto
En las menudas arenas.
Mas airado el viejo Oquendo
Por su vana dilijencia
Y enardecida su sangre
Con la vergonzosa ofensa,
Encamina sus pisadas
A la Güira de Melena,
Donde loca juventud
De las bulliciosas fiestas
Alborozada gozaba
Aquella tarde risueña.
Al pié de un monte tajado
Que levanta su cabeza
Con los árboles frondosos
En los huecos de sus peñas,
Corona silvestre y tosca
Que al bajar humilde besa
Con sus trasparentes aguas
Una corriente serena.
Se elevaba una ancha plaza,
Y estendidos en hileras
Se ajitaban en tropel
Al son de armoniosas cuerdas
De las arpas y los tiples
Con que los aires se llenan
Mozos vivos y esforzados
Que al regocijo se apresta n.
Levantan las rudas manos
Mientras que ardientes patean
Los indóciles caballos
En muestra de su impaciencia.
Dada la señal: el campo
Todo se ajita y altera
Con la ansiosa muchedumbre
Que sus clamores renueva.

Acometen los ginetes
Con increible presteza
Intrépidos y animosos
En el golpe y la carrera,
Con tanto desembarazo
Veloces y á rienda suelta,
Que igualan al pensamiento
En ímpetu y lijereza.
Vestidos de un vario flus,
Con pintas verdes y negras,
Y tejidos los sombreros
Por manos lisas y bellas.
Corren, revuelven, porfian,
Gritan, hienden se atropellan,
Y de los lijeros brutos
Las crines al aire vuelan,
Ambicionando por lauro
El arrancar la cabeza
Del pato que silencioso
Su próximo fin espera,
Hasta que fortuna instable
Con fausta victoria premia
Galan y airoso guajiro,
Himnos de alabanza suenan
Que repiten á lo léjos,
Aves, brutos, rios, yerbas.
Ya ceñia el vencedor
Guirnaldas de flores bellas,
A los festivos clamores
Que el monte y el valle atruenan,
De enamorados rivales
Recibiendo enhorabuenas,
Y la espresiva mirada
De las damas lisonjeras;
Y en esto se entretenian
Cuando por la plaza suena



Inquieto y vivo rumor
Que turba la alegre fiesta.
Cortando lijero el aire
En velocísima yegua,
Y picando los ijares
Con rigurosas espuelas,
Con vista enojosa, airada,
Oquendo á la plaza llega,
Grita, brama y amenaza,
Hiere, rompe y atropella,
Los ojos lanzando rayos,
De espuma la boca llena,
Y encapotada la frente
Por su desventura cierta.
Atónitos y suspensos
Quedaron con esta escena,
Sorprendidos de la saña
De un viejo de nobles prendas.
Ansiosos le preguntaban
Quien fué el móvil de su afrenta,
Cuando trémulo y convulso
Dice con turbada lengua.
¡Ah! villanos y traidores,
Volvedme mi dulce prenda,
Volved mi adorada Elvira,
Doncella pura y discreta
Que mis continuos pesares
Benigna en placeres trueca,
Compasiva á los tormentos
Que la triste vida asedian,
Y el bálsamo de esperanza
Derrama en mis hondas penas.
¡Ah! la vida que seria,
Soledad, tedio, tristeza,
Faltando su luz hermosa
Que mi ancianidad consuela.

Volvedme, volvedme á Elvira;
Dice: y de improviso en tierra
Se lanza, súbito el aire
Ensordece con querellas.
Ofendidos y enojados
Oyéron las tristes quejas,
Los enamorados mozos
Presentes á aquella fiesta.
Todos preguntan quien es
Objeto de las sospechas,
Y el robador de su honra
Para castigar la ofensa:
Este le ofrece su brazo,
El otro su dilijencia,
Y á la funesta venganza
Se preparan y se aprestan.
Como ejército en reposo
Que á la imprevista sorpresa,
Estremece en ronco estruendo
Las entrañas de la tierra,
Entre el sonoro rumor
Que envuelve el monte y la selva.
Ignoraba el triste anciano
Quien fué causa de su afrenta,
Y responde el infeliz
Con señales de tristeza;
Cuando con gentil soltura
Y faz altiva y soberbia
Se le presenta delante
El que venció en la carrera.
Apasionado de Elvira
Desde su infancia risueña,
Solo recibió desdenes
En pago de su firmeza.
Encendido por los celos
Se enoja irritado y ciega,



Y jura que aquel agravio
Que emponzoña su existencia,
Lavará en villana sangre
Tomando por sí la empresa.
Yo conozco á ese mancebo,
Yo lo he visto en las tinieblas
De la noche con Elvira
En pláticas lisonjeras.
Soy Juan Perez, y te ofrezco
Rescatar tu dulce prenda,
Y satisfaré el agravio
Que mi corazon aqueja;
Yo cruzaré esas montañas
Que hasta las nubes se elevan,
Y en el recóndito seno
De una solitaria cueva,
Te volveré la esperanza
Y castigaré tu ofensa.
Dice y parte como el rayo,
En tanto que se impacienta
El desventurado padre
Que solo en desdichas piensa.
Baña en abundoso llanto
Entrámbas mejillas huecas,
Y el encanecido pelo
Sobre sus sienes ondea.
Alza irritado las manos
Ya descarnadas y secas,
Hundiéndolas con las uñas
Sobre las desnudas piedras.
De los airados ginetes
La compasion se granjea,
Que todos se lastimaron
De sus lamentables penas.
Triste pensativo á solas
Con su venganza secreta,

Se encaminaba á su hogar
Presente su negra ofensa.
Allí en soledad contínua
Lo consume la tristeza,
Dando infortunado al aire
Sus melancólicas quejas.



XI.

La cueva.

La tormenta umbría
En los aires revuelve un océano
Que todo lo sepulta.
HEREDIA.

En cueva pelada dó el viento rechina,
Hiriendo las grietas, bramando al pasar,
Dó solo el insecto chillando se anida,
Dó el ave nocturna redobla el cantar.
Sin árbol, sin flores, arroyo, ni fuente,
Por lecho un peñasco, sin mesa ni hogar,
La expósita triste de harapos cubierta,
Del sueño apacible no goza la paz.
Sus glorias cruzaron cual sombra lijera,
Las gratas delicias del plácido amor,
La suerte voluble transforma en tormentos
Que oprimen su frente y apagan su voz.

Allí silenciosa viviendo encerrada,
Proscripta del mundo la esposita vé,
Que el hálito infecto que allí respiraba,
Deslustra su rostro, marchita su tez.
Y en tanto que sola pasaba los dias
En guarda constante velando su amor,
Desgarran su pecho recuerdos funestos
Del hórrido crímen la enérjica voz.
Apenas del alba la luz soñolienta
Bañaba las quiebras del ancho peñon,
Su amante, su esposa, su cielo, su gloria,
Dejaba su albergue, partia veloz;
Y luego tornaba con rústicas viandas,
Con agua, con leña, con frutas tambien,
Y en tiernos coloquios se amaban los míseros,
Y al punto olvidaban su amargo desden.
Tres veces los campos bañó con su lumbre
De un trono de nubes el májico sol,
Y á solas lloraba su triste amargura,
Sin ver en sus brazos su ardiente amador.
El trueno zumbaba con ronco bramido,
Y el rayo espantoso la luz funeral,
Quebraba en la cueva con tintes sombríos
Finjiendo fantasmas de aspecto infernal.
La lóbrega noche su velo tendia,
Los aires, los cielos, los montes cubrió,
Los canes prolongan sus lúgubres gritos,
Las aves nocturnas redoblan su horror.
El árbol añoso que el viento derriba,
Crujiendo á lo lejos se escucha caer,
Y enjambre de insectos allí guarecidos,
Penetran el sitio, se albergan en él.
En tanto una vela su lumbre amarilla
Refleja temblando en su pálida faz:
Murciélagos, auras, en torno chillando,
Apagan la llama con tardo volar.

Al punto cruzaron su térica mente
Cual vagos ensueños visiones de horror,
Clavando los ojos al pié de la cueva
Escucha abatida una lúgubre voz.

Flor que arrancada caiste,
No gozarás tu inocencia,
Que del viento la inclemencia
Te dejó marchita y triste:
Breve flor que se reviste
Con las galas de la aurora,
Bella flor que descolora
Su encendido rosicler,
En los brazos del placer
Tarde, arrepentida llora.

Vagando en la soledad
De este monte pavoroso,
Oye el canto lastimoso,
Engañadora beldad:
Inconstancia y falsedad
Son el premio de mi amor,
Y sujeto á tu rigor
Solo escuchan las estrellas,
Estas continuas querellas
Que me arranca mi dolor.

El mismo soy que solia
Ensalzar, mujer liviana,
Esa hermosura lozana,
Tu gala, tu bizarría:
En la noche con el dia
Encadenado me tienes,
Y en tan continuos vaibenes,
Perdida la paz del alma,
Dame benigna la calma
En vez de amargos desdenes.

A ese loco mozalvete
Que empañó tu claro honor,
Le disputaré tu amor
Con el filo del machete.
Si eres, Elvira, el juguete
De su necia presuncion,
Vengaré su sinrazon
Yo que te estimo y adoro,
Yo que desdichado lloro
Le arrancaré el corazon.

En mi inquieta fantasía
Es májico tu poder.
Y son tus ojos, mujer,
La estrella que anuncia el dia:
Escúchame, vida mia,
Morena que tanto quiero,
Calma el destino severo
Que emponzoña mi existir,
Alegra mi porvenir
Que con la ausencia me muero.

Penando siempre te adoro
Porque colmas mi alegría,
Porque en la esperanza mia
Solo tu piedad imploro:
¿Que valen la gloria, el oro,
Las diademas y el poder?
Solo tu hechizo, mujer,
Es mi ambicion, mi deseo,
Que tu amoroso trofeo
Es el celeste placer.

Mi vida, mi pensamiento
Te consagro con ternura,
En medio á la selva oscura
Y al ronco bramar del viento:



Mírame, Elvira, un momento
Con generosa piedad;
Yo te doy mi libertad,
Depon, mi bien, los enojos,
Que con la luz de tus ojos
La vida es felicidad.

Ama el jilguero en el prado
Picando ramas y flores,
Ensaya cantos de amores,
Pierde el sosiego anhelado:
A solas enamorado
Jilguero triste lloré,
En la soledad pené,
Nunca venturoso fuí,
Entre desdichas me vi
Sin esperanza y sin fé.

¡Oh cuánto es duro, mujer,
Amar y no ser amado,
Y al olvido condenado
Sentir, callar y temer!
Es tormento el padecer
Cuando se abrasa la frente
Con un delirio ferviente,
Cuando turban la razon,
La hoguera del corazon,
Y el infierno de la mente.

¡Ay! entonces deliramos
Porque nos pesa la vida,
De borrascas combatida
Y entre tormentos soñamos.
Un fantasma contemplamos
Con leve planta cruzar,
El silencio perturbar

De la nocturna mansion;
Y es tan breve la ilusion
Que se pierde al despertar.

Sus negros ojos nos miente,
Su dulzura, su mirada
Entre misterios tocada
De la llama Omnipotente;
Bebemos un fuego ardiente
En los rizos destrenzados,
En los párpados cansados,
En su penetrante acento,
Y respiramos su aliento
En el ámbar empapados.

Los secos ojos abrimos
Y la flotante vision,
Es engañosa ilusion
Que en tormento convertimos:
Tedio, amargura sentimos
En lóbrega soledad,
Y en medio á la inmensidad
Que ve el alma sin amor,
En la esquivez y dolor
Un dia es la eternidad.

Su lamento en la noche se perdia
De los airados vientos al bramar,
Como el zumbido del insecto inmundo
Entre el estruendo del inquieto mar.
Y en tanto que su desdicha
Cantaba el pobre montero,
Sin la luz de la esperanza,
Sin amorosos recuerdos.
Elvira triste lloraba
Despedazado su pecho



Con el agudo dolor
Que redobla los tormentos.
Y en la tenebrosa cueva
Solo visiones y espectros
Finje la exaltada mente
Que le perturban el sueño:
Al pavoroso zumbido
De los àrboles del suelo,
Y al horroroso clamor
Que forma el mar con estruendo.
Batiendo airado las playas
De la noche en el silencio.
Solo la luz del relámpago,
Su misterioso reflejo
Amortiguaba en las rocas
De aquel peñascoso encierro.
Esperando el nuevo dia
En el lóbrego aposento,
Desencajados los ojos
Y erizado su cabello.
En aquella soledad,
Triste, llorosa, gimiendo
Con la amarga incertidumbre
Batallaba sin sosiego:
¡Qué noche aquella que á solas
No pudo gozar del sueño
La desconsolada Elvira
En el espantoso encierro!
Separada de Juan Perez
De su padre y de sus deudos,
Ve las horas y las horas
Rodar con su curso lento,
Que si en brazos del placer
Es lijerísimo el tiempo,
Que cruza como la nube
Que en sus alas lleva el viento.

70

¡Cuán perezoso es su curso
Cuando nos aqueja el tedio,
Siglos parecen los dias,
Eternidad los momentos!



XII.

El desafio.

La venganza es un placer.
y yo voy á apurarlo.
GINEBRA.—R. VALDES.

En tanto que alerta estaba
Con animoso denuedo,
Luchaba su dulce amante
En un peligroso encuentro,
Juan Lopez de pocos años
Y de linaje plebeyo,
Corto y breve en las razones,
Y osado en los pensamientos.
Ufano con sus proezas,
Presuntuoso, alegre y suelto,
Y envidia de los galanes
Esgrimiendo el duro acero.
Desairado y receloso
Y enamorado en estremo;

Cortes requebraba á Elvira
De la noche en el silencio.
Apénas por la alta selva
Desplegaba el negro velo
En la densa oscuridad,
Cielos y tierra envolviendo,
Se oia el canto amoroso
Del atrevido mancebo,
Bajo la anchurosa copa
De un tamarindo soberbio,
Que sus ramas estendia
Como un elevado templo.
Atravesando los montes,
Las veredas, los linderos,
Y apremiando su caballo
Con gentileza y denuedo.
A solas se deleitaba
Cantando el jóven montero
Hasta que el alba asomaba,
Bañando en su luz el cielo.
Reconvínole agriamente
De Elvira el amante tierno,
Y á sus justísimas quejas
Correspondió con denuestos.
Animosos se aprestaban
A requerir los aceros,
Cuando escucharon de Elvira
El desconsolado acento.
"Por piedad, tened las manos
Y envainad esos aceros,
Y no los tiñais en sangre."
Dijo y sobre el duro suelo
Entrambas rodillas clava
Sorprendida y sin aliento.
Su amante que la contempla
De cólera y rabia lleno,



Deten, le dice esa lengua,
No importunes con tus ruegos,
Huye de aquí, vete Elvira,
Deja que sacie mi pecho
En ese vil corazon."
A que responde el mancebo
Con comedidas razones
Mal reprimiendo su esfuerzo:
Suspendamos la pelea,
Juan Perez, que yo te ofrezco
Que algun dia en estos montes
A solas nos encontremos.
Dice: y el caballo pica,
Y cual cometa lijero
Bufa saltando, y los montes
Corresponden con sus ecos.
El enajenado amante
Desde entonces sin sosiego
Aguardaba el dulce instante
De vengarse del montero,
Y aquella noche espantosa
Que Elvira en el hondo encierro,
A solas se lamentaba
Entre el mujir de los truenos;
Cuando gozoso venia
Como de costumbre ardiendo
En la fogosa pasion
Que le enajenaba el pecho.
Y ya asomaba la cueva
Con su pavoroso aspecto,
Y sus anchos boquerones
Del rayo al vivo reflejo.
Cuando resonó en su oido
De su contrario soberbio
El melancólico canto,
Blande el homicida acero,

Y pica el gallardo bruto
Que vuela á la par del viento.
El animoso contrario
Apercibido del riesgo,
Desnuda el patrio machete
Y allí le aguarda resuelto.
Ambos de una propia edad,
Fuertes brazos, dobles cuerpos,
Temerarios en las lides,
Y en las duras armas diestros.
Entre una nube de polvo
Los dos rivales envueltos,
Arma en ristre se encontraron
Y ambos á tierra vinieron,
Levántanse los caballos,
Mojan de espuma los frenos,
Y hasta las peinadas crines
Bañan con fogoso aliento.
Furiosos los dos rivales
Combaten con tanto esfuerzo
Que al ímpetu de los brazos
Saltaron los rotos hierros.
Vuelven, revuelven, porfian,
Y acometiendo de nuevo
En sangre y sudor se bañan
Con intrépido ardimiento.
Tan presto y furioso tira
De Elvira el amante tierno,
Que el hombro derecho lleva
De su contrario altanero.
Este á pesar de su herida
Le hiende cabeza y cuello,
Blanden agudos puñales,
Los ojos lanzando fuego,
Con los semblantes airados,
Y diciéndose denuestos.



Enfurecidos en saña,
De ciega cólera ardiendo,
La reñidísima lucha
Ya principiaban de nuevo.
Como dos tigres furiosos
Que se acometen rujiendo,
Y ya embotados los dientes
Hacen el último esfuerzo;
Hincan las agudas uñas
En el erizado pelo,
Que en sangre tintas gotean
Sobre los calientes miembros;
O como perros rabiosos
Que empedernidos mordiendo,
Clavan los blancos colmillos
Sobre la presa saugrientos.
Asense con rudas manos,
Tuercen los airados gestos,
Y rásganse con las uñas
Los encendidos mancebos.
En tanto las armas rotas
Se confunden en el suelo
Donde postrados yacian
Los dos contrarios soberbios.
Sobre la yerba tendido,
Desgarrado, mustio y yerto
Junto al vencedor inmóvil
En sangre y sudor envuelto,
Con el pelo restañado
Y los ojos entreabiertos,
Estaba el pobre vencido
Sin vida ni movimiento.
En tanto el valiente Perez
Atándose un blanco lienzo
En las abiertas heridas,
Y de su letargo vuelto,

Monta en su veloz caballo
Que esparce la cola al viento,
Huye del juez que lo acosa,
Trepa el guajiro los cerros,
Baja el monte, cruza el llano,
Y en un bohío entreabierto
Se oculta de las pesquisas
Del que lo ostiga severo.

XIII.

Asi el amor del mundo la delicia,
Es mi inquietud y mi tormento fiero.

HEREDIA.

Callan el viento y el rayo,
Y tras la noche sombría,
En el umbral de la cueva
Duda la infeliz Elvira.
Ya perdida su esperanza
Con su hermosura marchita,
Sin la virtud de la honra,
Menesterosa cautiva.
Desvanecido su aroma
Abandonada gemia,
Como las abiertas flores
Que el viento azota y derriba.
Ya no escucha al ruiseñor
Que en la mañana solia,
Lamentar sus dulces penas
Desde la selva vecina;



Ni vé brotar de la tierra
La pura, arjentada linfa,
Ni volar del pobre nido
Las inquietas avecillas.
Despues de la oscura noche
Aguarda el sereno dia
Con la amarga incertidumbre
Que su pecho martiriza.
¡Pobre mujer! Oye un ruido,
Clava su afanada vista,
Cuando descubre á su amante
Que á toda rienda corria
Fatigando el ájil bruto
Por los campos y colinas.
El delicioso placer
Coloreaba sus mejillas,
Y el llanto que derramaba
Era signo de alegría.
Corre afanada á su encuentro,
Y con sus dulces caricias
Amorosa lo entrelaza
Cual yedra del tronco asida.
Se interrogan tiernamente,
Y las pasadas desdichas
Los enamorados mozos
Como por encanto olvidan.
¡Bien haya el amor que á solas
Goza secretas sonrisas
En la soledad callada
Que sus misterios anima,
Sin importunos testigos
Que los placeres espían,
Sin los celos que emponzoñan,
Sin el tedio que fastidia,
Y sin el torpe disfraz
De la vil hipocresía!



Las breves horas que pasan
Como sombras fujitivas,
Detienen el raudo vuelo
Para acariciar sus dichas,
Reverdeciendo las palmas
En el tálamo esparcidas
Qu[illegible]mentos venturosos
A[illegible]n vaticinan.
La[illegible]dad entonces
Hermoseando nuestra vida,
Esparce alfombras de flores
Que alegran la fantasía,
Y la copa del placer
Con fácil mano nos brinda,
Y embriagada la existencia
Tan májica se desliza,
Que una hora y otra hora
Ve pasar con alegría.
Como el agua deliciosa
De una fuente cristalina,
Que rodando mansamente
Por las arenas y guijas,
Riega con sereno curso
La pompa de las campiñas.
En tanto el gallardo mozo
De los peligros se olvida,
Y á un frondoso platanal
Poco á poco se encamina.
Suelta el fatigado bruto
En la sabana estendida,
Que con la silvestre yerba
Pasto abundante ofrecia.
Salta y corre el animal
Y libre se regocija
Paciendo tallos y flores
Del arroyo en las orillas.

A su pacífico hogar
Juan Perez se dirijia,
Despertando en su memoria
Los recuerdos de la liza.
El susurro de las ramas
Por los vientos sacudidas,
O el ave que á sola[illegible]za
Lo sobresalta y aj[illegible]
Y en las sombras p[illegible]sas
Vé la severa justicia.
Llega á la lóbrega cueva
Que á intérvalos ilumina
La luz de los secos troncos,
O de las pajas que oscilan
Sus amortigua los rayos
En las grietas carcomidas.
Sentada al pié de la hoguera
Preparaba embebecida,
Pobre y frugal alimento
La regocijada Elvira.
Un plátano asado al fuego
Y blandas yucas cocidas,
Ñames, huevos, leche y agua,
Enajenados comian.
Hojas de árboles y ramas
Sobre la tierra estendidas
Brindaban un blando asiento
En la caverna sombría,
Y á solas los dos amantes
Se alegran y se electrizan.
Recuerdos de lo pasado
Vienen á la fantasìa
A suavizar los tormentos
De la presente desdicha.
Con pláticas deliciosas
Entràmbos se entretenian,



Cuando salta de improviso
Juan Perez con gallardía,
Y con el hierro en la mano
Clava los ojos, y atisba
Un grupo que desde lejos
A toda rienda corria.

ELVIRA.
¿Qué te sobresalta?

PEREZ.
¡Elvira!

ELVIRA.
¿Qué?

PEREZ.
No escuchas ese rumor?

ELVIRA.
Son los arrieros de Alquízar,
Y el ruido de las pisadas
Por los ecos repetidas
De los lijeros caballos
Que libres se regocijan,
Y perturban el silencio,
Dime: ¿por qué te intimidas?

PEREZ.
Por el baldon y la afrenta,
No temo la muerte, Elvira.

ELVIRA.
En mis amorosos brazos
La estraña inquietud olvida.
Dice: y se estrechan de nuevo
Colmándose de caricias.
Serenados y suspensos
Ambos amantes yacian,
En la soledad callada
Gozando de la alegría,
Cuando el gallardo mancebo

Desenvuelve la vejiga,
Embalsamando los aires
Con aromosas vainillas,
Fuma un sabroso tabaco,
Y junto á la tierna Elvira
Con el delicioso tiple
Blandamente se reclina,
Y asi comienza á cantar
Con indecible alegría.

Cual pintado ruiseñor
Que vuela en pos de su amada,
Por la selva enmarañada
Jugando de flor en flor:
A su ostinado rigor
Opone firme constancia,
Y burlando la arrogancia
De los contrarios vaivenes,
Triunfa al fin de los desdenes
De femenil inconstancia.

Quiebra en sus alas el sol
Un rayo resplandeciente,
Y en las aguas de la fuente
Forman vario tornasol:
El alba con su arrebol
De regocijo los llena,
Bulle el monte, el campo suena,
Y hasta el mas pequeño rio
Con las perlas del rocío
Cubre su márjen serena.

Tienden las alas al viento
Y con lijereza suma,
Vuelven la manchada pluma
Con sin igual movimiento:

En su loco pensamiento
Cruzan con vuelo atrevido,
Y en el misterioso nido
Con los requiebros de amor,
El temerario rigor
Dan alegres al olvido.

Juntos en la mansa fuen:e
Tiernos se arrullan cantando,
De rama en rama saltando
En el árbol floreciente:
Se entrelazan dulcemente
Contentos y enamorados,
Y en el silencio encantados
Con el placer se consuelan,
Saltan, bullen, corren, vuelan
Por selvas, montes y prados.

Pajarillo enamorado
De tus desdenes triunfé,
Y el amor que te juré
Hoy renuevo alborozado:
Nave en mar alborotado
Arribo á playa segura,
Que tras la tormenta oscura
La serenidad tornó,
Y las nubes disipó
De mi esperada ventura.

Las torres mas empinadas
Que los vientos desafiaron,
Y que soberbias osaron
Besar las nubes aladas,
En tierra se ven postradas
Vagas sombras, sueños vanos,
Lineas que escriben las manos,

Polvo que huellan los pies,
Que todo siente el reves
De los tiempos inhumanos.

Imperios, reinos, ciudades
En tierra se desmoronan,
Y los escombros pregonan
El rigor de las edades:
Desiertos y soledades
Huella la planta importuna,
Donde no ve sombra alguna
De aquellas grandezas vanas,
Que son reliquias humanas
Del tiempo y de la fortuna.

Asi en las piedras desnudas
Confundidas sin blasones,
Son ejemplo á las naciones
Aquellas reliquias rudas:
Revelan con letras mudas
Las humanas necedades,
Y las eternas verdades
Oye en secreto el oido,
En el polvo del olvido
Vanidad de vanidades.

Sujétanse á la mudanza
Los volubles elementos,
Soplan los airados vientos
Pierde la mar su bonanza:
El iris de la esperanza
Brilla en tarde tenebrosa
Y ahuyenta la pavorosa
Lobreguez del mudo suelo,
Y entre la tierra y el cielo
Ostenta su faz gloriosa.



Sé que la humana constancia
Siente el mudable rigor,
Y el mas exaltado amor
Simboliza la inconstancia:
Mas mi atrevida arrogancia
No es torre plantada al viento,
De tan frájil fundamento
Que se derriba al pasar,
Porque te erije un altar
Mi amoroso pensamiento.

Calló el entendido mozo
Cuando de repente Elvira,
Correspondió sus requiebros
Con amorosas caricias.
Todo era paz y silencio
Que á solas interrumpian
Las bandadas de murciélagos
Con alas ennegrecidas,
Que revolando en la hoguera
Con son monótono chillan,
O el clamor de las chicharras,
O los tábanos que silban,
O los grillos que á lo léjos
Con los insectos se apiñan,
Y á la señal de las aguas
Nos importunan y ostigan,
O el canto triste y discorde
De las aves de rapiña,
O el viento tempestuoso
Que en los árboles gemia,
Azotando la alta cresta
De las montañas vecinas.
Corre de repente Perez,
Y con los ojos atisba
En la inmensidad del cielo

Las estrellas esparcidas,
Y ve á su pesar cuan tarda
La esperada luz del dia.
Vuelve el impaciente mozo,
Oye un rumor que lo ajita,
De un salto cruza la hoguera,
Y blande con osadía
El machete que defiende
Su libertad y su vida.
Iba á salir el mancebo
Cuando le detiene Elvira
Forcejando brazo á brazo
En la caverna sombría.

Elvira.

¿Te arrojas á perecer?

Perez.

Tengo el machete desnudo.

Elvira.

¡Oh qué vale tu poder!

Perez.

Siempre contra el hombre pudo.

Elvira.

Suelta Perez.

Perez.

Suelta Elvira.

Elvira.

¡Ah por piedad!

Perez.

Yo la imploro....

Elvira.

Mi amor á tus plantas mira.

Perez.

¡Angel que perdido adoro!

ELVIRA.
Contra los hados tiranos
Es inútil la osadía.
PEREZ.
Cuando un tropel de villanos
Me acomete, vida mia,
¿Qué hacer?
ELVIRA.
Esconderte.
PEREZ.
¿Dónde?
ELVIRA.
En la cueva tenebrosa.
PEREZ.
¿En la cueva?
ELVIRA.
Sí, responde.
PEREZ.
¡Esperanza deliciosa!
ELVIRA.
¿Tú me idolatras?
PEREZ.
Yo.
ELVIRA.
Sí.
PEREZ.
Siempre mi alma te adoró.
ELVIRA.
Nunca mi fé te engañó.
PEREZ.
Nunca alevoso mentí.
ELVIRA.
Júralo por Dios, mi dueño.
PEREZ.
Aquí te lo ofrezco ahora.

ELVIRA.

¡Oh esperanza encantadora
De un porvenir mas risueño!
Ese firme juramento
Tu cariño me asegura.

PEREZ.

Tu amor es solo ventura
Y no torpe finjimiento.

ELVIRA.

Dame, mi bien, esos brazos
En prueba de mi alegría.

PEREZ.

Toma que la suerte impía
Se estrellará en estos lazos.
¿Oyes el rumor?

ELVIRA.

Detente.

PEREZ.

Es forzoso.

ELVIRA.

Asi te olvidas,
Y vas á perder dos vidas.

PEREZ.

¿Quién los baldones consiente?

Cuando entrambos forcejaban
En la caverna sombría,
Una multitud de gente
La lóbrega estancia pisa,
Altos y robustos mozos
De piel vellosa y curtida,
Aspero el rostro, las manos
Del trabajo encallecidas.
Atados en la cabeza
Llevan pañuelos con listas,



Y los lijeros sombreros
Tejidos de pajas finas.
El pantalon de listado
En la cintura prendian,
Los zapatos de venado
Con lazos de negras cintas.
Blandiendo agudos machetes,
Trabucos y carabinas,
Y fumando su tabaco
En la caverna se apiñan.
El mas vigoroso de ellos
Una cabulla traia
Para atar al triste mozo
Objeto de sus pesquisas.
En tanto que el capitan
Con la chaqueta prendida,
Y el sombrero de yarey
Dá muestra de su osadía,
Y con la espada desnuda
La hueca bóveda pisa.
Lleva en la siniestra mano
Seco bagazo que oscila
Su resplandeciente luz
En las paredes sombrías.
Apenas contempla á Perez
Sobre él la mirada fija,
Y con la robusta voz
Asi en la cueva le grita.

CAPITAN.

¿Vos sois Juan Perez?

PEREZ.

Sí.

ELVIRA.

No.

CAPITAN.

La verdad....

PEREZ.

Callate, Elvira.

El mismo Juan Perez soy.

ELVIRA.

Inocente y sin mancilla.

CAPITAN.

Idos, Elvira de aquí,
Y dejad á la justicia.

ELVIRA.

¿Por qué?

CAPITAN.

Por que yo lo mando.

ELVIRA.

¡Que adversa es la suerte mia!
Tened, señor, compasion
De esta infelice mujer
Condenada á padecer,
Y hoy blanco de la afliccion.

CAPITAN.

Dejad el llanto por Dios....
Juan Perez sois criminal.

PEREZ.

Nunca he sido desleal.

CAPITAN.

Pero un asesino.

PEREZ.

Vos.

CAPITAN.

A un hombre de muerte heriste.

ELVIRA.

¿A quién?

CAPITAN.

A un hombre.

ELVIRA.

Falso, señor.

PEREZ.

No te asombre,
Elvira tu no lo viste.

CAPITAN.

Luego es reo y traidor.

PEREZ.

Soy quien soy.

CAPITAN.

No eres honrado.

PEREZ.

Me avergonzais, no señor,
Que soy de virtud dechado.

CAPITAN.

Probadlo.

PEREZ.

Con este acero.

CAPITAN.

¡Qué intentas tan ciego y loco!

PEREZ.

Que tengo la vida en poco,
Y que yo el honor prefiero.

CAPITAN.

¿Qué vais á hacer?

PEREZ.

Lo que quiero.

CAPITAN.

¿Y qué quieres?

PEREZ.

Defenderme,
Que impune no han de ofenderme,
Teniendo Perez su acero,
Y el hombre que se atreviera
Bien su locura pagara,
Que temeridad tan rara
Se paga de otra manera.

CAPITAN.
¿De qué manera se paga?

PEREZ.
Asi cobarde alguacil:
(Dale una bofetada.)
Que me insultais de esa suerte,
Cuando desprecio la muerte
Que no soy traidor ni vil.

CAPITAN.
Sois el propio deshonor.

ELVIRA.
Perez, por piedad detente.

CAPITAN.
Ola, prendedlo mi gente.

TODOS.
Muera el aleve traidor.

Sin arredrarse Juan Perez
Con el tropel que lo ostiga,
Con gentil desembarazo
Osado en el trance lidia,
Y opone su firme pecho
A la gente enfurecida,
Y olvidando los dolores
De sus profundas heridas
Revuelve el patrio machete,
Salta amenazando y grita,
Acomete, pugna, allana,
Hiere, atropella, derriba,
Rompe, mata, desordena,
Hiende, destroza, aniquila.
Bañado en su propia sangre,
Y teñido en la enemiga
Cede el valor á la fuerza,
Al hierro las nobles iras.



Tres cadáveres postrados
En la honda cueva yacian,
Cual víctimas inmoladas
Del mancebo á la osadía.
Desfigurados los rostros
De las profundas heridas,
Sangre cárdena brotaban
Que hasta las piedras teñia.
Mal herido y estropeado
Lo conduce la justicia,
Desde la lóbrega cueva
Donde ocultado vivia,
Entre el monótono ruido
De las aves de rapiña
Que con siniestro aleteo
Lo amedrentan y horrorizan,
Allí en el inmundo suelo
Casi exánime, tendida,
Con la cabellera suelta
Estaba la triste Elvira.
Sin exalar un gemido
Un cadáver parecia,
La palidez de la muerte
Marchitaba sus mejillas;
El juez que la reconoce
A la capital la envía,
En union del pobre Perez
Oríjen de sus desdichas.





XIV.

En tanto que silenciosos
El llano y el monte cruzan,
A los trémulos albores
De la soñolienta luna,
Que los valles y las selvas
Con bello pincel dibuja,
A la luz de las estrellas
Que en liso espejo fluctuan
Quebrándose débilmente
Del arroyo en las espumas,
Y en la bulliciosa fuente
Que silenciosa murmura,
Al son que forma en las yerbas
Coronadas de verdura,
Cuando el sereno cristal
Al pié del monte sepulta,
Al dudoso resplandor
De alguna estrella que alumbra,
Y que á intérvalos sus rayos
Entre las nubes oculta,

Cuando los árboles bellos
Semejan en la espesura,
Meciéndose blandamente
Bultos de estrañas figuras.
Solo escuchaban atentos
En la soledad nocturna
El susurro de las palmas,
El céfiro que murmura,
O el tenue ruido que forman
Las hojas cayendo mustias,
O el profético rumor
Del pino en la selva oscura,
O los ahullidos del gato
Que furioso se espeluza,
Y de los gíbaros perros
Se esconde en la selva oscura;
O aquel zumbido solemne
De los plátanos que adulan,
Al compas de los arroyos
En alfombras de verdura.
O las lisas cañas bravas,
O la alta ceiba de Cuba,
O el pomposo tamarindo
Que en las noches de frescura
Con la ciruela y el jobo
Al son del viento susurran
Tambien el quieto silencio
A intérvalos solo turba,
Con su perezoso vuelo
La cenicienta lechuza,
Que con lúgubre graznido
En un matojo se oculta,
Y atisba el ansiado instante
De arrojarse mas segura.
Tiende las alas traidoras
Y con las cortantes uñas,



A la inadvertida presa
Con el pico desmenuza,
Y en el carcomido tronco
Aleteando se acurruca,
Y del nocturno banquete
En la soledad disfruta;
O el relincho del caballo
Que suelto por la llanura,
Con la crin dispersa al viento
Salta arrebatado y bufa.
O en las sombras misteriosas
La voz discorde y confusa
Con que el desdichado arriero
Lamenta su desventura.
Y se oye el paso lejano
Del guajiro que modula
Con el patético tiple
Sus canciones de ternura,
Y cobijado de un árbol
Sus dolorosas angustias
Amoroso canta y llora
Punteando en la noche oscura,
Tal vez sus tiernas canciones
La hermosa sitiera escucha,
Reclinada en el horcon
Inocente, fresca y pura,
Libre el pecho de los vicios
Que en las ciudades pululan,
Donde la amistad aleve
Su amargo veneno oculta,
Donde los hombres se venden,
Se escarnecen y se adulan,
Y bajo un torpe disfraz
Nos engaña la impostura.
Donde la humillada plebe
A la nobleza importuna

Respetando unos blasones
Que en el engaño se fundan,
Donde el odioso interes
Levanta su faz adusta,
Idolo que reverencian,
Y á quien incienso tributan.
Acá en el pobre bohío
Al son del güiro murmura,
Vestida de humilde traje
De la voluble fortuna
Que de su dichoso amante
La separa en noche oscura,
Y á soledad condenada,
Pálida, trémula mustia,
Vé pasar sus tristes dias
En la amarga desventura,
Y al son del ay perezoso
De amargo llanto se inunda,
Esperando mejorar
De su suerte la amargura.
Se vé la yerba brotando
En las cavernosas grutas,
En las grietas de las peñas
O en las paredes desnudas,
En tanto silvestre alfombra
Con su fragancia perfuma,
Y la juguetona brisa
Las florecillas arruga.



XV.

La tumba de monte.

Entre el silencio de la noche umbria
El estrago es mayor.

DELIO.

Por los solitarios montes
Paso á paso caminaban,
Elvira y su pobre amante
Sin placeres ni esperanza,
Emponzoñan sus recuerdos
Con la presento desgracia,
El incierto porvenir
Que los aterra y espanta.
Asi en la serena noche
El huracan con sus alas
Turba el tranquilo silencio
Y sacude las borrascas,
Y en vez de la quieta paz
Que en la atmósfera reinaba

Las negras nubes se apiñan
Y furiosas se contrastan.
Entre un tropel de caballos
Y de ginetes con armas,
Sucio, mugriento asqueroso,
Entrâmbas manos atadas,
Descolorido el semblante
El pobre jóven marchaba.
Sorprendidos y aterrados
Sus facciones contemplaban,
Y su tierna juventud
Que compasion inspiraba.
Entreabiertas sus heridas
Aun la sangre derramaban,
Que hasta el inmundo vestido
Gota á gota salpicaba.
Silencioso, pensativo
Fija su inquieta mirada,
Y en las facciones de Elvira
Profundamente la clava:
Contempla su palidez,
Y el llanto que derramaba
Simboliza los tormentos
Que su corazon traspasan,
Y en la angusta soledad
Hondos gemidos exhala.
Y ¡cuánto es duro mirar
El dolor que despedaza
El objeto que adoramos
Sin aliviar su desgracia!
¡Ay! entónces no sentimos
El pesar que nos embarga,
Ni los mas crueles martirios,
Ni los tormentos que apagan
La incierta luz de la vida
Por los males contrastada.



El alma se reconcentra,
Gime en silencio, batalla,
Y en la interior agonía
Rinde su tributo en lágrimas,
Y es el poder del amor
Que nos seduce y embriaga,
Y colma las ilusiones
Con la risueña esperanza.
En tanto los dos amantes
Silenciosos caminaban,
Algunas veces oian
El rumor de las cascadas,
O en el tranquilo arroyuelo
El grato son de las aguas,
O el rumor vago y confuso
Que á lo léjos redoblaba,
El viento que sacudia
Las selvas enmarañadas,
O los gritos del guardiero
Que las haciendas cuidaba,
Al pié de las talanqueras
Con estrema vijilancia,
O los ladridos del perro
Que alerta á su lado estaba,
Sobre las cercas de piedra
O en las anchas guarda-rayas,
O el pavoroso zumbido
Que forman las verdes ramas
Del naranjo y limonero,
Del anon y la guayaba,
Que cubiertos de verdura
Nuestros campos engalanan.
En horizonte estendido
Un monte se levantaba,
Con los árboles frondosos
Tendiendo la grave espalda.

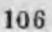
Por una estrecha vereda
Entrámbos se encaminaban,
Cuando á lo léjos descubren
Un bosque que levantaba
Una pirámide inmensa
De vivas y ardientes llamas.
Sitio de duelo y espanto
Donde á los golpes del hacha,
Yacen en el mudo suelo
Caobas, cedros y ácanas,
El arabo, el chicharron,
El ateje ó la majagua,
Que estermina con su filo
En esta horrorosa tala,
Nuestras agrestes florestas,
Nuestra riqueza preciada.
Tumba feroz que aniquila
De los pueblos la esperanza,
Y que cien generaciones
Maldecirán irritadas.
Huyen las prófugas aves
Tendiendo las sueltas alas,
Con su prole y con su canto
A otras selvas de esmeralda.
Pierden su aroma las flores
Que los bosques alfombraban,
Y que silvestres crecian
Al pié de su inmensa planta,
Y al campo vírjen y agreste
Que risueño convidaba
Los industriosos esfuerzos
Del labrador que se afana,
Sucede una escena triste
De soledad, y á las auras
Que en el caluroso estío
Con dulce aliento soplaban,



Los rayos de ardiente sol
En las desiertas sabanas,
Abrasadas con el fuego
Que desde su trono lanza.
Y sin rocío ni yerbas,
Ni las lluvias esperadas,
Será la infelice Cuba
El páramo de Zahara,
Donde las arenas queman
Con el sol que las abrasa,
Donde ni un árbol cobija
Con su sombra hospitalaria
Al fatigado viajero
En su soledad amarga.
En tanto que silenciosos
Por el llano caminaban,
Al continuo rechinar
De los troncos y las ramas,
Y á los quejidos del ave
Que su nido abandonaba,
Y con postrera armonía
Sobre ruinas desoladas
Exalando sus querellas
Mueve las lijeras alas.
Se encaminan al incendio
Que insaciable devoraba,
El sabicú, el guayacan,
El roble, y el quiebra hacha,
El ébano, la maboa,
Las jocumas y las palmas.
Y aquella hermosa rejion
Que al labrador convidaba
A descansar blandamente
A su sombra hospitalaria;
A los decretos del hombre
Se vé luego transformada

En un arenal desierto,
En una estéril comarca.
Sitio lúgubre de muerte
Que en vez de flores lozanas,
Solo desparcidos troncos
Ofrece á la débil planta.
Donde el rojo cardenal
De un ramo á otro ramo salta,
Ostentando sus colores
Al resplandor de las llamas;
Y el cérnicalo cubierto
Con sus cenicientas manchas,
Con su monótono grito
Abre chillando las alas,
Y vuela del mamoncillo
A la yagruma ó la jagua,
De la cúrbana al yaití,
De la higuereta á la yaya.
La tórtola se cobija
En el tronco de una guácima,
Y la sabrosa perdiz
Entre la yerba lozana,
Y en el pequeño arbolillo
Con tristres endechas canta
El lijero tomeguin
Vestido de hermosas galas,
En las plumas de colores
Reflejándose las llamas.
Yacen postrados en tierra
Las ceibas y las macaguas,
El manajú, la daguilla,
Los copales y las yabas,
Que rechinan al caer
Tendiendo las secas ramas,
Y huyen los pájaros bellos
De un gajo á otro gajo saltan,

Abandonando su nido
Y su soledad encantada.
Los judios y el totí
Con sus negrísimas alas,
Resplandecen con la luz
De aquella hoguera abrasada,
Y las cotorras cubiertas
De vistosas esmeraldas
Se querellan aleteando
De su funesta desgracia.
Asi la planta del hombre
Los montes y selva tala;
Y trueca en fúnebre duelo
Del bosque las bellas galas.
Y al animado murmullo
De las hojas y las ramas,
Y á la voz del pajarillo
Que los oidos encanta,
Sucede un triste silencio
Que solo el hombre profana,
Escuchándose en las noches
El eco de sus pisadas.
Y en tanto que los amantes
Los vagos ojos clavaban,
En aquella triste escena
Que la hoguera iluminaba,
Con el fuljente esplendor
De las esparcidaas llamas,
Lijeros aguaceritos
Sutílisimos volaban,
Al resplandor del incendio
Apiñados y á bandadas,
A la fosfórica luz
Que á intèrvalos se mezclaba,
Con la que los rudos troncos
Desde la tierra brotaban.



Oprimen su triste mente
Sus desventuras pasadas,
Que la memoria renueva
Sus penas con las estrañas.



XVI.

La cárcel.

Pero verme condenada
A morar en este encierro,
A sustentarme de llanto,
Y á sentir por siempre dentro
De mi corazon la espina
Cruel de un remordimiento.
(ALARCOS.)—MILANES.

En colosal estancia iluminada
Del incierto reflejo de un farol,
De paredes altísimas rodeada
Del crímen y del vicio la mansion;
Dó el lamento del mísero se pierde
De la pesada argolla al rechinar,
O al bramido del viento borrascoso,
O al ronco hervir del irritado mar.

Donde forman orquesta discordante
Los grillos y cadenas con su son,
Los cerrojos y aldabas con estruendo
Y el ronco centinela con su voz.
En desnuda tarima reposaba
La pobre Elvira que oprimió el dolor,
Y los inquietos párpados bañaba
Con el llanto que arranca la afliccion.
Al verse sola en su aposento oscuro
Su padre llora su perdido bien,
Y marchitas las rosas del semblante
Prueban su angustia, su penar tambien.
Recuerda el arroyo, recuerda los campos.
Recuerda las flores, recuerda el verjel,
Con cuatro paredes á solas la mísera,
Tormento es del alma la voz del placer.
Y en el lóbrego recinto
Alza el lastimoso acento,
Cuando se muestra á sus ayes
Sordo, indiferente el cielo,
Solo se ofrece á sus ojos
De la noche en el silencio,
Que rápido cruza el aire
Un fantástico esqueleto,
Que en las solitarias horas
Viene á perturbar su sueño,
Helando su corazon
Arido, gastado y seco,
Que hiere su fantasía
Crujiendo los secos huesos,
Y esclamando, maldicion,
Cuya voz redobla el eco
Perdiéndose por las bóvedas
De aquel oscuro aposento.
Vision que recuerda el dia
En que el gallardo mancebo

Lidiando al pié de la cueva
Cayó mal herido al suelo.
Allí perdió la razon,
Y abrió les ojos de nuevo,
Cuando improviso se halló
En el espantoso encierro.
Horrorosa soledad
Donde en las verjas de hierro
Quiebran su impetuosa saña
Bramando los roncos vientos;
Donde la infeliz Elvira
Angustiada y sin consuelo,
Vé cruzar las tardas horas
En la amargura y el tedio
¡Mansion de duelo y espanto
Bajo cuyo inmenso techo,
Se apiñan y se confunden
Inocentes y perversos!
Donde yace el homicida
Al lado de ruin cuatrero,
Y el raptor de casta vírjen
Junto al inmoral incesto,
La desmayada vejez
Con el jóven inesperto,
La vida y la muerte juntas
Siempre esperando ò temiendo.
El de mentidos blasones
Con el desnudo plebeyo,
El rico avaro, orgulloso,
Y el necesitado hambriento.
La perseguida virtud
Que infesta el vicio de léjos,
Confundida con el crímen
Que exhala su vil aliento.
Como se empaña de un soplo
El cristal de liso espejo,

Dejando el rastro á la vista
Sombras confusas finjiendo.
Donde ruidosa algazara,
Maldiciones y denuestos,
Son las voces que se escuchan
En el espantoso encierro.
A veces en larga rueda
Estendiéndose los presos,
Cuentan su terrible historia
El rostro airado torciendo.
Allá se detiene un grupo
De temerarios mozuelos,
Que al recordar sus hazañas
Quiere renovarlas presto;
Allí el de achinado rostro
Siente en su alma el contento
Cantando al son de las manos,
Y alegrando el torbo ceño,
Con la argolla en las orejas,
El cabello en ondas crespo,
Y al traves de los colmillos
Desvergonzado escupiendo.
Atados los pantalones
Con el manchado pañuelo,
Y con los brazos desnudos
Y los zapatos abiertos.
Este grita, aquel patea,
El otro con juramentos
De su educacion villana
Ofrece el mas triste ejemplo;
Otros jugando al picado
Silvan y saltan riyendo
Al rechazar las paredes
Los pequeñísimos medios,
Otros á pares y á nones
Disputando y maldiciendo,



O ya bailando gozosos
Con indecentes meneos,
O haciendo suertes de manos
Alegres matan el tiempo,
En la vil ociosidad
A que se entregan contentos.
Al pié de una tosca mesa,
O bien en el duro suelo
Tienden un inmundo paño
Para comenzar el juego.
Asoman en derredor
Una multitud de presos,
Que al azar de la fortuna
Juegan la paz y el dinero,
Atisbando cautelosos
El esperado momento
De burlar la vijilancia
Del alerta carcelero,
Y con los inmundos naipes
Gérmen de males funestos
Riñen, combaten furiosos
Y redoblan sus tormentos.
Este grita, aquel maldice
A los ánjeles del cielo,
Y el otro á quien la fortuna
Miró con rostro risueño,
Vuelve la espalda olvidado
De sus tristes compañeros,
Y tal vez á su salud
Apura el vaso sediento.
¡Espectáculo terrible
De una cárcel! triste ejemplo
De que es allí la pereza
Un càncer voraz y lento!
De la hipocrecía escuela,
De la corrupcion un templo,

Donde honor y alevosía
Se cobijan con un velo,
Mezclándose confundidos
Los virtuosos y perversos.
En tanto la pobre Elvira
Sepulta en su oscuro encierro,
En las sombras de la noche
Se lamentaba en silencio.
Entónces vió horrorizada
El misterioso reflejo
De la moribunda luz
Que redoblaba su miedo.
Solo escuchaba su oido
Aquel bullicioso estruendo
Que la planta del soldado
Hace en duro pavimento,
Alerta se pone y oye
El ronquido largo eterno
De los míseros que habitan
En el espantoso encierro,
O el grito del centinela,
O el melancólico viento
Haciendo crujir las jarcias
De los bajeles inquietos;
O los pasos del alcaide
Siempre acechando y despierto,
En la solitaria cárcel
Lanzando su rudo acento.
Por fin la tarda mañana
Con sus rayos soñolientos,
Vino á consolar á Elvira
Que á solas en su aposento,
Sus fervorosas plegarias
Elevaba al Dios eterno.

☞ Muchos de los antiguos desórdenes han desaparecido con la ereccion de la nueva cárcel, y las medidas adoptadas por el Gobierno.

XVII.

El sufrimiento.

¿Qué es ¡ay! la vida sin virtud ni amor es?
HEREDIA.

Pasaron los breves dias,
Y triste, mustia, llorosa,
La desventurada Elvira
Mas se aflije y se acongoja:
El rumor de las cadenas,
El crujir de las argollas,
Los ayes del infeliz,
Y la salve religiosa
Que alzan los presos contritos,
Su vida á intérvalos roban,
Marchitos sus negros ojos,
Pálida y mustia: las rosas
De su virgíneo semblante
Ajó la pena traidora,
No es la gallarda doncella
Pura, discreta y hermosa,
Es un cadáver helado
Sin hermosura ni gloria,
Un pan mugriento asqueroso
Es su·alimento: su boca



Imprime en los sucios bordes
De una taza inmunda y rota.
La pobre tabla por lecho,
Los andrajos de su ropa,
Unico abrigo del frio
Que blandas carnes azota.
Un leño por almohada,
Por lumbre la perezosa
Luz que la lámpara envia,
Incierta en aquellas bóvedas.
Por compañero un soldado
Que al pié de las rejas toscas,
Aterra su corazon
Con su faz severa y torba.
Si alguna vez la infeliz
Por las ventanas se asoma,
El patíbulo le ofrece
Una página sin honra.
Sitio que el alma horroriza
En la noche silenciosa,
Que aterra la fantasía,
Y que la existencia agovia,
Cuando en el tosco madero
Baña la luna amorosa
Tal vez las manchas de sangre
De las víctimas que inmola.
En tanto la bella Elvira
Como la entreabierta rosa
Que inquieto gusano roe,
Y de sus galas deshoja,
Así su hermosura estingue
Siempre afligida y llorosa,
Que la libertad perdida
Es una llama que brota
Del fondo del corazon,
Y que nuestra vida áhoga.



XVIII.

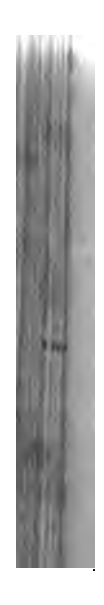
Para un recuerdo que escite su alegría
¿cuántos no le piden sino lágrimas?
A. Bachiller.

Era una triste mañana
Cuando las aves nocturnas
Se apiñaban en las grietas
Huyendo del alba pura:
Cuando la luz de la aurora
Cielos y tierras alumbra,
Cuando el noto mugidor
Con sus alas de frescura,
Encrespa en la airada mar
A la verdinegra bruma,
Cuando solitaria Elvira
En su triste sepultura,
Escucha un rumor lejano
Que su silencio importuna,

Clava los ávidos ojos
Y vé una grosera chusma
De presos que caminaban
Al son de cadenas rudas,
Entre el grupo de soldados
Que custodiándolos cruzan
Por el vasto pavimento
De aquella mansion oculta,
Confundidos y mezclados
Con la igualdad de la tumba,
Color, nacimiento y honra,
Vicios, errores, locura.
Simpatiza con sus penas,
Crece su terrible angustia,
Y entre el rumor de las voces
Se aumenta su desventura,
Fija los inquietos ojos,
En aquel trance se turba,
Y una voz sorda y secreta
Horribles penas le anuncia.
En los grupos apiñados
Su infelice amante busca,
Con la interior inquietud
De su amarga desventura.
Oye un acento á lo léjos
Que sus pesares adula,
Y su idolatrado nombre
Con firme labio pronuncia.
Oyólo la triste Elvira
Con horrorosa amargura,
Y entrambos ojos se fijan
Se interrogan, se preguntan,
En el durísimo trance
Como dos estatuas mudas.
Un quejido doloroso
Lanza el jóven en su angustia,



Y una lágrima brillante
La seca mejilla surca—
En tanto que enajenada
La inquieta huérfana cruza
Al vecino corredor
Pálida, azorada y mustia.
Como suspensos quedaron
Cuando la voz importuna
Del grosero capataz
El secreto gozo turba,
Y Juan Perez caminando
De su desgracia murmura.



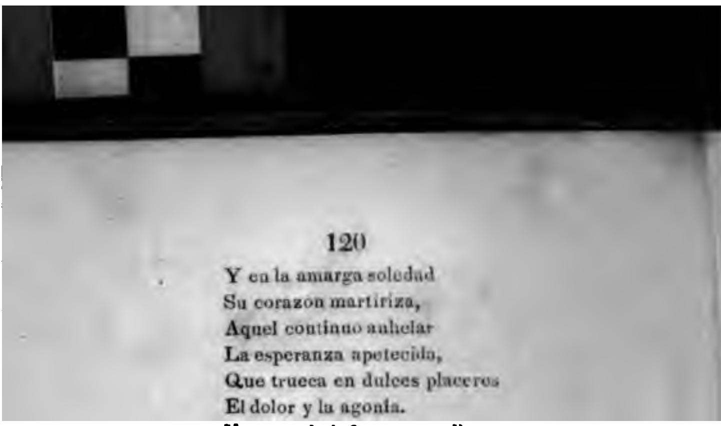
XIX.

El reo en capilla.

Mal puede responder á tus amores,
Un corazon que aguarda los rigores
Del suplicio y la muerte.

HEREDIA.

Tras de penosos tormentos
Lloraba la triste Elvira
Al recuerdo lastimoso
Que su existencia oprimia.
Encerrada largo tiempo
En la mansion que horroriza,
Vió con muda incertidumbre
Pasar las horas tardías,
Esperando un pronto término
A su terrible desdicha.
Sucédense lentamente
Unos dias á otros dias,



Y en la amarga soledad
Su corazon martiriza,
Aquel continuo anhelar
La esperanza apetecida,
Que trueca en dulces placeres
El dolor y la agonía.
En tanto la infausta estrella
Que su existencia ilumina,
Las mentidas ilusiones
Con su resplandor disipa.
Cruza con la inquieta mente
Su porvenir, y suspira
Bañada en amargo lloro
Con triste melancolía.
Cada idea le recuerda
La asoladora cuchilla,
Alza los ojos al cielo,
Y silenciosa se abisma
En el mar de las tormentas
En que su pecho vacila.
Un huracan espantoso
Su faz serena marchita,
Cuando contempla á su amante
Juguete de la desdicha,
Y ya condenado á muerte
Por la inflexible justicia,
Que con el hierro en la mano
Muerte con muerte castiga.
A vagas contemplaciones
La mísera reducida,
Su monótona existencia
Lentamente se desliza.
Solo el manto de la noche
Su negro albergue cobija,
En el lúgubre silencio
Que eleva su alma contrita.



Mas de improviso la escena
De quietud y paz tranquila
Turbó un estraño rumor
Que hiere su fantasía,
Y que los pobres cautivos
Con sus cantos solemnizan,
Era una oscura mañana
En que tras la noche fria
Del encapotado invierno
Nubes lóbregas se apiñan,
En que los vientos azotan,
En que brama enfurecida
La mar que hiere las playas,
Y esconde su luz el dia.
En la solitaria cárcel
A las criminales risas
De horribles rostros que el crímen
Con mancha perpetua tizna,
Y á las contínuas quimeras,
Y á la algazara y los vivas
De la insolente beodez
De gente atroz y perdida,
Hondo sepulcral reposo
De repente sucedia,
Como la paz de la tumba
A la inquietud de la vida.
Al rayar el alba pura
Los presos en anchas filas,
Un cántico religioso
Entonan con lengua impía,
Parodia del himno santo
Que en los templos sin mancilla
Elevan los sacerdotes
Por nuestra augusta María.
Los sayones en tropel
Negra túnica tendian

Y al pié de una habitacion
Con ávido afan se apiñan.
Albergue de un infeliz
Que en medio de su agonía
Aguarda el terrible trance
En la lóbrega capilla,
Cubierta de negros paños,
Y que fúnebre ilumina
Con agonizante luz
Una lámpara amarilla.
Sentada en el pobre lecho
Esta víctima asistian,
Que la augusta religion
Con sus misterios anima,
Por la voz del sacerdote
Que consuela sus desdichas.
¡Trance fatal! en que el hombre
Gozando un resto de vida,
Ve el sepulcro que le espera
Abierto tras la cuchilla,
En que sueña el triste reo
Despierto en perpetua lidia,
Con la imágen del verdugo
Que su existencia horroriza.
¡Espectáculo horroroso
Que lo amedrenta y agita,
Y en dolorosa inquietud
Hace resbalar su vida!
Las tempestades lo acechan
Y en la soledad medita,
Por que en el mundo engañoso
Hasta la verdad es mentira.
Vaga la mente se pierde
En el porvenir que pinta,
La ilusion con sus halagos,
Con sus colores la vida.



Fantasmas son los placeres,
La gloria sombra mentida,
Y emblema de los pesares
Es en los labios la risa.
Las tormentas y las calmas
De la engañadora vida,
Son los soñados deseos
De una esperanza marchita,
Que nos finje dulces sueños
Inspiracion y armonía,
Cuando se apaga la luz
Entre sombras confundida.
¡Noche espantosa! en silencio
Aterra la fantasía,
Con las horas del placer
Una de horrenda desdicha,
Cuando atónito en el lecho
La calavera amarilla,
Emblema de la existencia
Su destino profetiza.
Los desencajados ojos
Sobre ella trémula fija,
Baña de sudor la frente,
El revuelto pelo eriza,
Y recibe una leccion
De dolor y de agonía.
Entónces á su memoria
Se presentan las caricias
Con que una madre de amor
En su infancia le cubria.
Cuando con maternos labios
En las purpúreas mejillas,
El ósculo de ventura
Regocijado imprimia.
Sueños de la juventud
Con que la mente delira,

Y recuerdos de la infancia
Crepúsculo de la vida.
La felicidad risueña
Dulces imágenes pinta,
Y el mundo se ve al través
De la aurora mas tranquila,
Con sus colores el prado
La brisa con su armonía,
Y el caprichoso arroyuelo
Con sus bulliciosas linfas,
Las florestas con aromas
Placeres y poesía,
La fuente con su murmullo,
Con sus himnos la avecilla.
Las mugeres celestiales
Que los sentidos fascinan,
Son àngeles que embellecen
Del hombre los dulces dias.
Oye tal vez la cascada
Que mágica se desliza,
Y ve resbalar las hojas
Sobre el agua cristalina.
Ve el sol en mitad del cielo,
Y el viento que apénas riza
Al compas del ruiseñor
Las abiertas florecillas.
Oye el murmullo del bosque,
Y las ramas sacudidas,
O la inquieta mariposa
De perlas y oro vestida;
O el iris con sus colores
Que el azul del cielo pinta.
Y sobre el dosel de nubes
El arco espléndido fija,
De la creacion emblema
De los hombres maravilla,



Y símbolo de esperanza
En sus amargas desdichas.
¡Para el infelice reo
Que bella es la luz del dia,
Porque es tormento terrible
Morir anhelando vida!
Que aunque es el mundo una fábula
Todo engaños y mentira,
Un misterioso poder
En el corazon nos grita
Con una voz que no miente
La vanidad de la vida,
Y con su mágia secreta
A la existencia nos liga.
En el umbral de la nada
Con paso trémulo pisa,
Y en estas contemplaciones
El infeliz se dormia;
Y en sueños se le presenta
La que adoró en otros dias.
Vé las lóbregas paredes,
Y fantasmas que se apiñan,
El alcaide y los sayones
Con sardónica sonrisa,
Y el repugnante verdugo
Emblema de la cuchilla.
La resplandeciente luz
De la existencia le anima,
Y en el horroroso encierro
Se va estinguiendo su vida.
Como pròxima á apagarse
La trémula llama brilla,
Cuando el incierto esplendor
En las sombras se disipan,
De las delicias del sueño
Disfruta con paz tranquila,



En el espantoso lecho
Que precede á la agonía.
Solo la lámpara opaca
A intérvalos ilumina
La profunda oscuridad
De la lóbrega capilla,
Y turba el quieto silencio
De la noche adormecida,
El ruido del centinela
Que en la soledad medita,
Y en los mármoles del suelo
La planta trémula fija;
O el prolongado rumor
Con que las aves marinas
En las desiertas riberas
Con son monótono chillan.
Sorprendido el triste reo
Atónito clama Elvira,
Cuyo nombre resonaba
Por las bóvedas sombrías.
Las torres de la ciudad
Anuncian la luz del dia;
Cuando abrió los tristes ojos
Entre el dolor y la angustia.



XX.

El cadalso.

¡Cuánto es horrible
El desierto de una alma desolada
Sin flores de esperanza y de frescura!
HEREDIA.

En tanto el reloj funesto
De la lóbrega capilla,
Que con la péndola móvil
La víctima martiriza,
Hace sonar la campana
Que alerta el sayon atisba,
Hasta que el último toque
Señala la hora impía,
Y el desventurado reo
Al patíbulo camina.
Una inmensa muchedumbre
Ancha carrera le abria,
Plebe criminal que dobla
Los tormentos con su vista.
Mueve el vacilante pié,
Su mano convulsa y fria
En el hombro de un sayon
En aquel momento fija,
Y parece que se clavan
Los dedos en su agonía.

Una mortal lividez
Tiñe sus huecas mejillas,
Y apenas el lento paso
Indiferente encamina,
Entre el discorde rumor
De la gente que se apiña,
Y el acento religioso
Que el momento vaticina.
Alza sus ojos el reo
Al umbral de la capilla,
Y por la postrera vez
En las ventanas se fijan.
Una estraña convulsion
Su semblante contraia,
Y un quejido doloroso
Exhala la pobre víctima.
En las rejas asomada
Estaba la triste Elvira,
Y al encontrarse sus ojos
Sobre la tierra caia.

Clavados los ojos, inquieta, agitada,
Un ay! dolorido la huérfana dió,
Convulsa mezábase el negro cabello,
Y en tierra postrada redobla su voz.
El alcaide del suelo la levanta,
Y un suspiro larguísimo exhaló,
Negra la piel y seca la garganta,
Mústia la faz, desierto el corazon.

Y en tanto que el pobre Perez
Dá su cuello á la cuchilla,
Y que el mutilado cuerpo
Alecciona con su vista,
En la cárcel silenciosa
Llorando á solas gemia,
La huérfana infortunada
Sin consuelo en su desdicha.



XXI.

............El golpe fué mortal para ella, y desde entonces se borraron para siempre de su fantasía los imágenes halagüeñas y encantadoras que el amor le habia pintado en el porvenir...............

A. Suarez.

Tras los agudos tormentos
De una dilatada ausencia,
Gime la espósita á solas
De su porvenir inquieta.
Perturbada su razon
A sus pesares se entrega,
Despues del horrible trance
Que á cada instante recuerda.

Siente el secreto martirio
De una penosa dolencia,
Que sus soledades turba
Que la oprime y atormenta.
Al fin despues de tres años
De la libertad risueña,
Goza el dulcísimo encanto
Que tanto al alma deleita,
Y en el hogar de una amiga
La infortunada se alberga.
Allí vivió consumida
Por el tedio y la tristeza,
Anhelando el aura dulce
Que en su infancia lisonjera
Arrullaba sus placeres
Bajo la casa paterna.
Aquel asilo felice
Donde corrió su existencia,
Entre deliciosas flores
Sin amargura y sin pena.
Albergada en techo estraño
Con sus dolorosas quejas,
Levanta al cielo sus ojos
Pidiendo dulce clemencia.
¡Pobre Elvira! sin amores
Ve que su triste existencia
Lentamente se desliza
Carcomida por las penas,
Siente en el alma la espina
De una secreta dolencia,
Y en una lóbrega noche
Se encamina en las tinieblas
Dirijiendo el paso incierto
Hàcia la estancia paterna.
¡Que estéril ante sus ojos
El campo, el monte, la vega,



Marchitos, desnudos, pobres,
Pálido manto despliegan!
¡Qué mudo el rio que corre
Por la silenciosa selva,
¡Qué tibio el sol que lo dora,
Las hojas del árbol secas,
Las campiñas sin verdura,
La flor sin aroma, yerta,
Y las esparcidas mieses
Ni olor ni galas ostentan!
Y en vez dal sabroso ambiente
De las tuyas y diamelas,
De las bellas maravillas
Que nuestras campiñas pueblan,
Del aguinaldo que borda
Los linderos y las cercas,
El repugnante anamú
Alza su verde cabeza,
Y el chamico, el zarzafráz
Se confunden y se mezclan,
Con la salvia, el apasote,
La artamisa ó la higuereta.
Ya no busca la infeliz
Las alegres arboledas,
Que desnudas de sus hojas
Sombra y verdura le niegan.
Si en aquella soledad
Algun árbol se conserva,
Le roban pompa y frescura
Las vivijaguas hambrientas.
Y en vez del roble ó varía,
Del dagame ó la palmera,
Del paraiso, el sahuco,
La majagua ó la ciruela.
Solo la espinosa jia
Sus duras ramas ostenta,

O los ponzoñosos guaos
En medio á las bejuqueras;
Y el chichicate y el jobo
Entre los bledos ostentan,
En el campo silencioso
Ramas enjutas y secas.
Silencio que turba á solas
Saltando en las huecas piedras,
El jubo que se desliza,
Y se esconde en la maleza.
No contempla á los pitirres,
Volar del monte á la selva,
Ni oye el canto del negrito,
Ni los canarios que alegran,
Ni el pintado sabanero
Que ligerísimo vuela.
Imágen de su destino
Que sus dias envenena,
La espósita desdichada
Suelta á los aires sus quejas.
Y árboles, selvas y vientos
Acompañan sus querellas.
Harapos rotos é inmundos
Cubren su cuerpo: la negra
Melena que en otro tiempo
Envidiaban las monteras,
Sucia, sin lustre ni brillo
Ondeábale en la cabeza
Sin tender los sueltos rizos,
Ni las purísimas hebras.
¡Mudanzas de la fortuna
Siempre inconstante y severa,
Que derriba con su mano
Cuanto levanta risueña!
En tanto camina á solas
La huérfana lastimera,



Y en los linderos del sitio
Ya de improviso se encuentra.
Aquejada por el hambre
Por la sed y las dolencias,
Se reclina fatigada
En el tronco de una ceiba.
El cansancio y los dolores
Adormecen sus potencias,
Y á los placeres del sueño
En la soledad se entrega.
La melancólica tarde
Con pardo manto de nieblas,
Al reposo convidaba
Con el aura lisonjera.
Todo en silencio yacia,
Solo las aves siniestras
Sin exhalar un gemido
Se ocultaban en las peñas.
En tanto la pobre Elvira
A la entrada de la selva
Gozaba de blanda paz
Que sus tormentos consuela,
Y á penas reclina á solas
Su quebrantada cabeza,
Un espantoso fantasma
Alzándose en las tinieblas,
Su exaltada fantasía
Con sombras de muerte aterra,
Con los convulsivos ojos
Torba la faz, manos secas,
Flotando sobre la espalda
La revuelta cabellera,
Y por aguda cuchilla
Mutilada la cabeza.
Envuelta en blanca mortaja
Con manchas de sangre negras,



Y un sudor hediondo, inmundo
Que de sus sienes gotea,
Se le presenta delante,
Ase su mano, la besa,
Y al estrecharla en sus brazos
Trémula Elvira despierta:
Lanza un profundo gemido
Solloza á solas, se queja,
Huye del triste lugar
Y con profunda tristeza
En medio al bosque sombrío
Horrorizada penetra,
Y con agudos clamores
Los montes y campos llena.



XXII.

..........Si sobornada
Por tu amor diste en un yerro,
Al criminal no le busques
Fuera de de ti sino dentro.
MILANES.

En la triste soledad
La pobre Elvira lloraba,
Caminando á la aventura
Por la selva enmarañada.
Cuando divisó á lo léjos
Un montero en la sabana,
Que á toda rienda corria,
Y aquel lugar se acercaba.
Sobre un alazan tostado
De ancho cuello y dobles ancas,
Poblado de cola y crines,
La cabeza descarnada;

Piel lisa, redondo el casco,
Las orejas aguzadas,
El ojo rasgado y vivo,
Piernas enjutas y largas,
Montaba el suelto guagiro
Con tan soberbia arrogancia
Que el orgulloso caballo
Con impaciencia bufaba,
Salpicando con su espuma
Las hojas, troncos y ramas.
Con un gallo en una mano,
Con la otra manejaba
La dócil rienda á la bestia
Acortando la distancia.
Con gentil desembarazo
A tierra ligero salta,
Y en su dolorosa angustia
Quiere galan consolarla.
¡Oh! no llores, por piedad,
¿Quién eres, flor sobrehumana,
Que este lugar solitario
Pisas con incierta planta?
¿Cuales son esos martirios
Que marchitan tu esperanza?
¿Quién con esquivez odiosa
Hoy te llena de desgracias?
La palidez de tu rostro,
Esa inquietud, tus miradas,
Me revelan los tormentos
Que tu corazon traspasan,
Comunícame las penas
Que tu interior despedazan,
Que yo te ofrezco enjugar
Esas lágrimas amargas.
¡Oh no llores por piedad
Que me envenenas el alma!

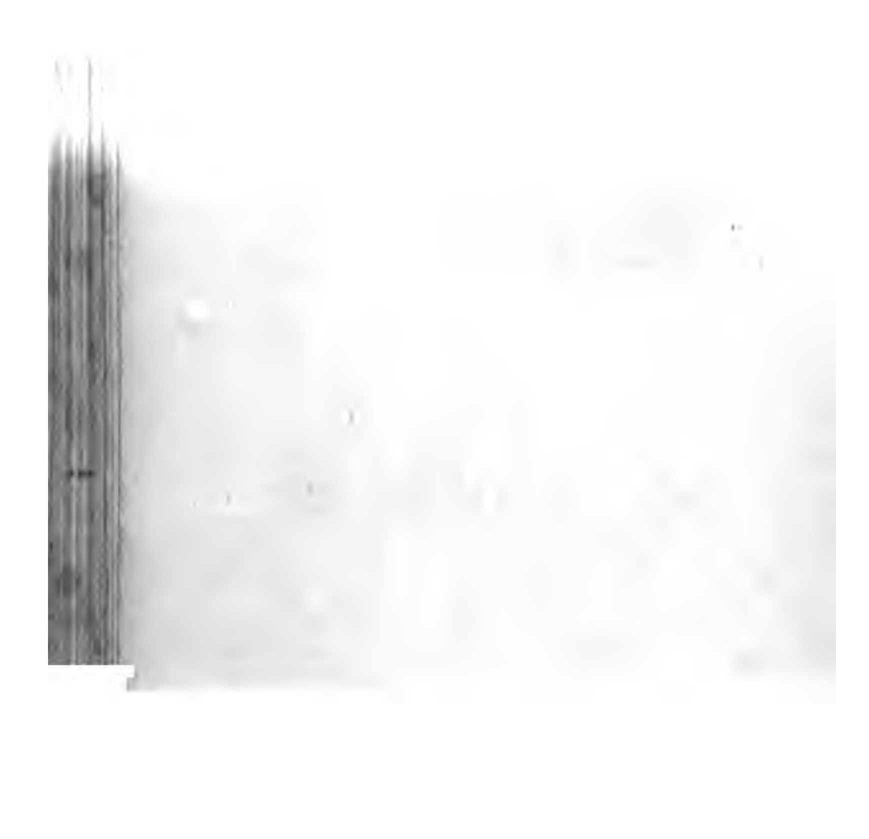
Cada gota de ese llanto
Es un dardo que me abrasa,
Muy cerca de este lindero
Tras de esos montes mi casa,
Ofrece un seguro abrigo
A la infelice desgracia.
Yo soy, le responde Elvira,
Una mujer desdichada
Que en la soledad perdida
No encuentra la paz del alma,
Pobre, sin hogar, sin padre,
Como la flor arrancada,
Que el suelto aquilon derriba,
Y aquí y allí despedaza:
En los riscos erizados,
Y en las desnudas montañas
He dormido á la intemperie
En la noche encapotada,
Sin tener mas compañero
En mi soledad amarga,
Que el triste llanto que vierto
Consuelo de mis desgracias.
¡Angel divino! ¿quién pudo
Hollarte con dura planta,
Si ese mirar hechicero
Seduce y cautiva el alma?
Hoy el destino propicio
Tras desventuras amargas,
Te ofrece para aliviar
Del pecho las hondas llagas.
¿Quién eres dime, muger,
Que son tus tiernas palabras
Un balsámico rocío
Que mis desventuras calma
Con poder irresistible:
¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?



Soy Elvira, le responde,
Blanco de la suerte airada.
¡Elvira! Elvira! replica
El mancebo sin tardanza,
¿Quién es tu padre? ¡Mi padre!
Me preguntas, se llamaba
Juan Oquendo—¡Pobre anciano!
Mi consuelo y mi esperanza.
Oquendo! Oquendo! tú eres
Elvira su hija adorada!
La misma soy ¡infelice!
¡Cuánto dolor! cuántas lágrimas
Le ha arrancado tu destino
En su ancianidad cansada!
¿Y hoy vive, amigo? si vive
Lamentando sus desgracias,
Y hácia el abierto sepulcro
Encaminando su planta.
He sido testigo fiel
De sus dolorosas ansias;
Y he mitigado sus penas
En la soledad amarga.
Y vos ¿quién sois que benigno
Partis con él su desgracia?
¿No me conoces, Elvira?
Ah! ya lo ignoro.—Mi alma
Te adora como solia
Cuando por tí suspiraba,
Soy Juan Lopez, ¿me conoces?
Esta faz desfigurada,
Estas hondas cicatrices
Son signos de mi desgracia.
Yo combatí con Juan Perez....
Por piedad, Juan Lopez, calla:
Dijo y de abundoso llanto
Las secas megillas baña.



Toda trémula y convulsa
Sobre la tierra postrada
Le ruega que la abandone,
A pesar de sus instancias.
Pídele solo las señas
De su paternal estancia,
Cabizbajo y pensativo
Juan Lopez pronto se marcha,
Miéntras la llorosa Elvira
Se encaminaba á su casa.





XXIII.

La valla de gallos.

En tanto que caminaba
Por una estrecha vereda,
Un prolongado rumor
La sobresalta y la inquieta.
En una anchurosa valla
De rudo techo cubierta,
Al son de la acorde música
Que las almas enajena.
Una loca muchedumbre
En medio á la alegre fiesta,
Apiñada y confundida
A los placeres se entrega.
Allí el orgulloso noble
Que sus blasones ostenta,
Carcomidos por el tiempo
Alza la frente soberbia,
A par del hambriento pobre
Que le importuna y apremia;

El de la tez encarnada
Con el de la piel morena,
Y el que con pesada llave
Su oculto tesoro encierra,
Donde el útil labrador
Sordo indiferente entrega,
Al capricho de la suerte
La esperada subsistencia.
Desoyendo los clamores
De su prole lastimera,
Y el ennoblecido arado
Por gallos y naipes trueca.
Donde ansiosos y afanados
Gritan, disputan, patean,
Los enconados rivales
En muestra de su impaciencia.
Apénas llega la hora
De la sangrienta pelea,
El estruendoso rumor
Por encanto se sosiega:
Dada la señal: airoso
Un gallo en la valla sueltan,
Agil, intrépido, osado,
Largo el pico, pluma negra,
Cuello erguido, corvas uñas,
Cola erizada y revuelta,
El ojo rasgado y vivo,
Descarnada la cabeza,
Arrogante en sus miradas
Pica y escarva la tierra,
Sacude las prestas alas,
En círculos se pompea,
Y dando al aire sus cantos
De un estremo al otro vuela.
Fija los ardientes ojos
Sobre la pisada arena,



Y oye el prolongado ruido
Que le espanta y atormenta.
Salta improviso en la valla
Y espera con impaciencia
El momento apetecido
De comenzar la pelea.
Frente á frente los rivales
Combaten con rabia ciega,
Y se amenazan sañudos
Con increible fiereza.
Los picos ensangrentados
Limpian en la móvil tierra,
Y se acometen furiosos
Con las agudas espuelas.
Fatigados de la lucha,
Malheridas las cabezas,
Y desgarrados los miembros,
Las plumas al viento sueltas.
Reclínanse mutuamente
Cansados de la pelea,
Y dan al odio y venganza
Un breve instante de tregua,
Mas cual la encendida luz
Que lanza apagada hoguera,
Cuando pròxima á estinguirse
Brota con estraña fuerza;
O cual la postrera llama
Del sol en la mar inmensa,
Que ilumina de improviso
En las espumas disuelta,
Así de nuevo se embisten
Bañan en sangre la arena,
Entre el sonoro rumor
De una muchedumbre ciega.
Este corre, aquel maldice,
Esotro dobla su apuesta



Entre el clamor y el estrépito
Que los oidos atruena.
La ruidosa carcajada
Sirve de freno á la lengua;
Y descompasados gritos
Los campeones atormentan.
Campo de feroz batalla
Donde se apiñan y mezclan,
Por el interes del oro
Que en medio á la lucha impera
Con la ancianidad cansada
La juventud inesperta;
Cifra segura del hombre
Que por matar se desvela,
De su humanidad parodia,
De su ilustracion emblema,
Y una página elocuente
De la terrenal fiereza:
Donde el ocio y la osadía
Con torpe descaro reinan,
La beodez desvergonzada,
La codicia siempre hambrienta,
Se dan las manos á una
Para acechar la inocencia.
Allí un perillan perdido
Cubierto con la careta,
Sus vicios viles disfraza
Con atrevida insolencia,
Y miserable tahur
En mancebía perpetua,
Es el galan protegido
De la villana ramera,
Que en inmundo lupanar
De las maldades escuela,
Pierde la salud y honra
Allí con su voz atruena.



En tanto que silenciosos,
Y mutilados en tierra,
Descansan los dos rivales
De la sangrienta pelea.
Si alguno vence atrevido
Sobre el muerto se pasea,
Y los clamores de gozo
Con las amenazas suenan.
Vencedores y vencidos
Nuevos campeones esperan,
Pobres víctimas que inmola
La codicia sorda y ciega.
¡Oh cuánta leccion ofrece
Al que este lugar contempla
De la mezquina ambicion
De las humanas flaquezas!
¡Cuánto de frágil deseo!
¡Cuánto de luto y fiereza,
Y el hombre mancha su origen
Y á estos horrores se entrega,
Y olvida que arde en su frente
De un Dios la pura centella,
Resplandor de aquella llama
De la omnicia inteligencia
Que iluminó el universo
Entre las sombras dispersas,
Y que su voz poderosa
Las tempestades serena!
Elvira en tanto camina
De tanto rumor sorpresa,
Y en el bosque enmarañado
A la aventura penetra.
De la gente que la atisba
Se burla con diligencia,
Y al márgen de un arroyuelo
Que vasta campiña riega

La sed insaciable apaga
Y sus dolorosas quejas
Levanta al cielo aflijida
En su angustia lastimera,
Y en la cerca de piñon
Abatida se recuesta,
Sin testigos que le turben
El consuelo en sus querellas.

¡Ah tiempo, tiempo que fugaz pasaste
Como rápido cruza el huracan!
¡Oh infancia que veloz te disipaste
Con tu velo de encanto celestial!

Aquí en el campo entre el placer vivia
De bizarros mancebos rodeada,
Y un Eden delicioso parecia
Coronado de luz el patrio hogar.

Animosos galanes me obsequiaban
Lisonjera esperanza me arrulló,
Hoy mendiga, sin honra ¡padre mio!
Lánzame compasivo tu perdon.

Apénas alza la voz
De sus doloridas quejas,
El mayoral que velaba
La sorprende con cautela,
Y á la habitacion de Oquendo
La triste huérfana lleva,
El dogal en la garganta
En el corazon las penas.



XXIV.

La vuelta al hogar paterno.

................La tumba fria
Es el único puerto asegurado
Contra el furor de las pasiones locas.
HEREDIA.

Al pié del alto muro sentado yacia
El mísero Oquendo gozando de paz,
A tiempo que llega la huérfana Elvira
La frente marchita, turbada la faz.
¿Quién eres? pregunta su padre amoroso,
¿A dónde dirijes la planta, muger?
Espuesta en los montes al vil caminante
Que sueña lascivo pasiones sin fé.
Sin rumbo ni ayuda vagando en los campos,
¿Conoces tu padre, familia y hogar?
Responde, no temas, que yo te cobijo
Con manto apacible de amor y de paz.
¡Ah! tuve una hija que fué mi delicia,
Infame sitiero mi sangre manchó,
Tus dulces megillas sus gracias recuerdan,
Hoy yace en la tumba su luz se eclipsó.

Seis años pasaron [seis siglos dijera]
En hórrida ausencia sin hijos de amor,
Suspiros, sollozos. Detente, responde,
La huérfana ansiosa, ¿tu hija murió?
Ha tiempo replica, con voçes de angustia,
El mísero Oquendo, decidme por Dios,
Su nombre, su estado pregunta afanada,
¡Elvira! del campo la gloria y la flor.
Con este mancebo que miras cubierto
De heridas profundas su infame raptor,
En lucha sangrienta con hierros agudos
Con ánimo firme valiente lidió;
Bañados en sangre, rasgados los rostros
La joya perdida no pude lograr;
Al pié del sepulcro ¿qué resta á un anciano?
Su pena, su angustia por siempre llorar.
La triste mendiga que escucha aterrada
La voz del anciano sus ojos clavó,
Descubre á Juan Lopez celoso y valiente,
Y al mísero Oquendo dirije su voz,
¿Cuál es vuestro nombre? pregunta la jóven,
Oquendo me llamo por triste baldon,
¡Oquendo! replica la huérfana triste,
Yo soy vuestra hija! y al suelo cayó.
La arada tez el infeliz anciano
Con sus amargas lágrimas cubria,
Ase á su Elvira con la helada mano,
Y besos amorosos le imprimia.
Pendiente de su voz, de su mirada,
Su vista eleva en oblacion al cielo,
Cual del réprobo el alma condenada
Que de ansiado perdon mira el consuelo.
En sus robustos brazos la levanta
La estrecha cariñoso y se enagena,
Como el cautivo que feliz quebranta
La que ataba su pié ruda cadena.



XXV.

La muerte.

.........Suspira y un silencio funeral
responde á su gemido, llora, y sus lágri
mas de dolor no alivian su triste padecer.
M. Costales.

Sin consuelo ni alegría
Lloraba el mísero Oquendo,
Al contemplar á su hija
Blanco del destino adverso.
Al clamor del regocijo
Suceden horas de duelo,
Como la sombra á la luz,
Como la calma á los vientos.
Nada hay estable en la tierra
Todo es humo y vago sueño,
Rayo engañoso que alumbra,
Breve ilusion de un momento.

La rosa que ayer lozana
Con su cáliz entreabierto,
Y sus matizadas hojas
Embalsamaba el otero.
Seca, marchita, pisada,
Se mezcla con los insectos,
Que confunden sus pedazos
En el enturbiado cieno.
Ayer sobre el blando tallo
Era la flor del desierto,
Hoy ceniza y polvo leve
Que arrastra en su curso el viento.
Así de la faz del mundo
El enfurecido tiempo,
Borra la mentida gloria
De los alzados imperios,
Y aquí, y allí despedaza
Sus desordenados restos,
No quedando de sus nombres
Mas que engañoso recuerdo.
Como la empinada torre
Que en sus frágiles cimientos,
Desmoronan á pedazos
Los huracanes inquietos;
O como perdidas tablas
En un temporal deshecho,
Reliquias son del naufragio
De los bajeles soberbios,
Que en las inquietas espumas
Se deslizaban serenos.
En tanto el padre infelice
Aunque se olvidó bien presto
De su ofensa generoso
No siendo sordo á los ruegos,
Ve renovarse en su alma
Sus angustias y tormentos,



Y al estrechar en sus brazos
A Elvira que adora ciego.
Ve atónito la deshonra
Del anterior desacierto,
Mas ella en tanto yacía
Sepulta en mísero lecho,
Donde al fin sin esperanza
Mira el sepulcro entreabierto.
Apesar de los afanes
Del infortunado Oquendo,
De su aflijida familia
Sus amigos y sus deudos,
Despues de larga agonía
Marchito su rostro bello
Pisó el desnudo atahud
Asilo de los tormentos.
A los prolongados ayes
De un padre que sin consuelo,
En su amarga soledad
Exhala tristes lamentos,
Y de la hechicera Elvira,
De sus locos devaneos:
¡Un túmulo silencioso!
Queda al triste pensamiento,
Solo la hermosa virtud
Es el blason de un imperio
Que triunfa de los furores
De las tumbas y los tiempos.
Y sobre el mismo atahud
Con refulgente destello,
Ilumina con sus rayos
Que relucen á lo léjos,
Diadema que no se compra
Con la riqueza de un reino,
Y que seduce y halaga
Con su resplandor eterno,

Joya que envidian avaros
Los mortales mas soberbios,
Unica alhaja que el vicio
No emponzoña con su aliento,
Despojo que deja al mundo
En los túmulos el cuerpo,
De la inmarcesible gloria
El espléndido trofeo.
Y en tanto que en la memoria
Se despiertan los recuerdos
De la graciosa guajira
Exánime y sin aliento.
No hay un alma que no llore
Aquel arcángel risueño,
Todos con lágrimas bañan
Sus inanimados restos;
Este de aguinaldos cubre
Su destrenzado cabello
Aquel besa la mortaja
Que envuelve su hermoso cuerpo,
Y entona con voz contrita
El cántico lastimero,
Y la tumba silenciosa
Encierra en su oscuro seno,
La incomparable beldad
Trasunto de la del cielo.

En medio de la sala se levanta
Despojo de la vida un atahud,
Cubierto con la lúgubre mortaja
De cuatro hachones á la tenue luz.
Que al exhalar la llama amarillenta
Que oscila al pie del negro almohadon,
Es de la vida miserable emblema,
Del orgullo del hombre y su ambicion.
Allí en silencio una muger reposa,



Una muger que respirando vida,
Al exhalar su perfumado aroma
Aliento á los mortales imprimia.
Nido de los placeres fué su boca,
Y luz del alto cielo su mirar.
Negro el cabello, su color de rosa,
De nácar la garganta celestial.
Su esbelto talle con gentil soltura
Los ávidos sentidos cautivó,
Como un àngel fantàstico que alumbra
Atónito y suspenso el corazon.
Al resplandor de la amarilla vela
Un paño funeral mancha su tez;
¡Yace en la tumba! La beldad en ella
Es un cuerpo sin vida, no es muger.
¡Ah! que la tierra del sepulcro frio
La rosa del semblante tocará,
Sin lustre el pelo, su esplendor marchito,
Los ojos de los huecos brotarán.
Tal vez en el umbral del cementerio
En las desiertas órbitas la flor,
Vendrá á gozar del aire lisonjero
Al blando rayo del hermoso sol,
Como esqueleto que en la mente pasa
De negro sueño al instantáneo horror,
Será del hombre á la orgullosa planta
Signo fatal de horrible destruccion.
La vida ayer bulló en su pensamiento
La mirada del hombre se atraia,
Hoy esqueleto en atahud desierto
Con su silencio fúnebre horroriza.
Tibio reflejo de la luz incierta
Que despide en las sombras un hachon,
Sobre los paños fúnebres se quiebra
Dibujando figuras sin color.



XXVI.

El cementerio.

Un breve espacio do silvestres brotan
Las solitarias yerbas sin olor,
Dó murmuran los sauces y las cañas,
Es de su triste gloria la mansion,
Donde enjambres de insectos apiñados
Se arrastran en el suelo lentamente,
Emblemas de las farsas de la vida,
Al mundano poder leccion solemne.
Donde envueltos en rústica maleza
La cambustera, el romerillo, el bledo,
Cubren la tierra de verdura y sombra,
Y acompañan al triste cementerio.
El aguinaldo y la vicaria ostentan
Sobre los huesos sus pintadas flores,
A par de las modestas maravillas
Que al pie de los sepulcros las deponen.
Alza tal vez la triste pasionaria
Entre las malvas su gentil cabeza,
Meciéndose al ambiente de la noche
Entre los grupos las silvestres yerbas.
Las flores en los túmulos callados
Plácida mece la nocturna brisa,
Y refleja las ramas y las hojas
Con su lumbre la lámpara amarilla.



El zumbar de los pinos, el silvido
Del viento que en los árboles murmura,
O el rumor del insecto entre las piedras
Perturban la quietud de noche oscura.
Y la luz de las lánguidas estrellas
Resbala entre las ondas silenciosas,
Miéntras la luna en la mitad del cielo
Refleja en las colinas deliciosas.
¡Silencio y soledad! Allí sepultas
Se mezclan y confunden sin blasones,
Los siglos y los siglos que pasaron,
Apiñadas y hundidas las naciones.
¿Que es la beldad con su color de rosa,
Si el brillo de sus ojos apagado,
Revela que en los bordes del sepulcro
Será pronto un recuerdo ya pasado.
Si es el morir el despertar de un sueño
Dar un postrer á Dios por despedida,
Al romperse los lazos deleznables
Que unen al hombre á la engañosa vida.
¡Pobre beldad! su inanimado resto
Cubre el abismo de entreabierta fosa,
Y en medio de los huesos descarnados
Con yerto pie las calaveras toca.
Cuatro amigos con planta indiferente
Al son de la campana funeral,
Acompañan sus fúnebres despojos
Al pisar la terrible eternidad.
¡Ah! que valen los ayes y clamores,
El oro, la grandeza, la hermosura,
¿Qué valen de la vida los colores
Junto á los bordes de la tumba oscura?
Destino del magnate y del pechero,
Del rey y el labrador que iguales mueren,
Que Dios sobre las tumbas ha esculpido
La igualdad de la vida—el cementerio.





XXVII.

Y en tanto que los mortales
Contemplan la pobre caja,
Donde de la hermosa Elvira
Los tristes restos descansan.
Bajo el respetable sitio
Que las pasiones acalla,
Y que borra los recuerdos
Con que la vida se enlaza.
Donde se mezclan confusos
Con la virtud soberana
El vicio hipócrita y torpe
Que se encubre con su máscara.
Donde el esclavo que adornan
Piel negra, redonda cara,
Ensortijados cabellos,
Ojo ardiente y nariz chata,
Yace en el polvo olvidado
De una tierra hospitalaria



Con el señor orgulloso
Que feroz le maltrataba.
El infortunado Oquendo
En la pavorosa estancia,
En tanto se queja á solas
Al compas de sus plegarias.
Las lágrimas en sus ojos
Simbolizan sus desgracias,
Y se mira sin consuelo
En su vida desdichada.
Apénas la oscura noche
Tiende su lóbrega capa,
Hácia el triste cementerio
Encamina sus pisadas.
Allí en su melancolía
Sus amigos le acompañan,
Y sobre el negro atahud
Flores y llanto derrama.
Los sauces y los cipreses
Sobre su túmulo planta,
Y en la rústica corteza
De un pino su nombre graba.
Cubren la silvestre alfombra
Maravillas y vicarias,
Y claveles amarillos
Con la yerba se entrelazan.
Formando un túmulo agreste
A cuya sombra descansa,
De los afanes del mundo
La belleza sobrehumana.
Hoy á pesar de los años
Al recordar su desgracia
Se agolpan en su memoria
Sus desventuras pasadas.
Y soporta de la vida
La pesadísima carga,



Que no siempre es grave peso
A la ancianidnd cansada.
Sin tener mas compañero
Que cure sus hondas llagas,
Que el valeroso Juan Lopez
Que á su Elvira idolatraba,
Y ambos lloran sus tormentos
En la noche solitaria,
Y cuando pisa un viagero
El lugar donde descansan
Los huesos de la belleza
Por la desdicha inmolada,
Revelan la triste historia
De sus funestas desgracias,
Y de lamentable lloro
Las secas mejillas bañan.
Dia vendrá que los tiempos
Con enfurecida planta,
Destruyan hasta las piedras
De la tumba solitaria,
Y borren las inscripciones,
Y una reliquia asolada,
Aquel monumento sea
De la vanidad mundana;
Y en vez del lúgubre ruido
De las aves apiñadas,
Y del solemne rumor
De las hojas y las ramas.
Suceda un triste silencio
Que no turben las pisadas
Con que los vivos ofenden
A los que en paz ya descansan.

Fé de erratas.

Página 23, línea 7, dice: Del güiro ó de la ciruela; léase: De la güira y la ciruela.

Pág. 24, lín. 16, dice: cruzaban; léase: tocaban.

Pág. 26, lín. 22, dice: flores y ramas; léase: flores lozanas.

Pág. 49, lín. 12, dice: salta; léase: saltan.

Pág. 61, lín. 9, dice: Perez; léase: Lopez.

Pág. 72, lín. 30, dice: Y envainad; léase: Y soltad.

Pág. 73, lín. 14, dice: Y cual cometa lijero; léase: Que por los campos lijero.

Pág. 75, lín. 32, dice: Sin vida ni movimiento; léase: Herido y sin movimiento.

Pág. 80, lín. 23, dice: Y agua; léase: Y frutas.

Pág. 91, lín. 5, dice: Es reo; léase: Eres reo.

Pág. 105, lín. 2, dice: encantada; léase: amada.

Pág. 114, lín. 16, dice: Por las ventanas se asoma; léase: En sus soledades llora.

Pág. 122, lín. 25, dice: horroroso; léase: funesto.

Pág. 125, lín. 34, dice: disipan; léase: disipa.

Pág. 141, línea 10, dice: á la alegre; léase: de aquella.

A la Virgen de los Desamp.

Pues con premios elevados
Sois ~~[illegible]~~ en el Cielo,
Dadnos favor y consuelo
Madre de Desamparados.

Virgen llena de dulzura,
Madre de los pecadores,
Líbranos de los dolores,
Líbranos de la impiedad:
Vivimos por adorarte
Y comprender tu existencia;
Pues solo es nuestra creencia
Venerar tu magestad.—
Pues con premios &c—

[redacted]

2ª

Ynmaculada Señora,
Estrella del firmamento,
Dulce alivio en el tormento,
Amparo en la tempestad;
Del cristiano bienhechora,
Y del dechado de ternura,
Pues la humilde desventura,
Borra tu inmensa bondad.

Pues con premios &c.—.

3ª

Nave gloriosa y sublime
Que al mísero desgraciado
Por librarlo del pecado
Conduces la Eternidad;
Iris bello y majestuoso
Que contemplamos desde el suelo,
Inmensa gala del Cielo,
Y antorcha de la Verdad.—

Pues con premios &c.—.

4ª.—

Acoge nuestras plegarias
Dirigidas á tu gloria,
Que en esta vida ilusoria
Te jmploramos en el mal
Sigue al humano Amparo
Madre de Desamparados,
Perdona nuestros pecados
Con la luz de tu fanal

Pues con premio Co—

COMUNICADOS.

A LA PURÍSIMA É INMACULADA CONCEPCION.

Blanco lirio de Saron,
Bella rosa del Carmelo,
Paloma que alza el vuelo,
En la celeste region:
Ancora de Salvacion
Que calma nuestra tristeza,
Por tí la naturaleza
Cubierta está de esplendor,
Quien se resiste á tu amor!
¡Bendita sea tu pureza!

Tú que fuiste concebida
Sin la mancha del pecado
Y en tu seno inmaculado
Al Redentor diste vida:
Pura azucena nacida
En los valles de Judea,
Palma que allá en Galilea
Se alzara con magestad,
Bendita sea tu bondad
Y eternamente lo sea.

Tú hechizas en hermosura
Al mismo sol en Oriente
Y á la cristalina fuente
En su onda apacible y pura:
Tú eres raudal de ternura
Do el cristiano se recrea,
Tú eres la divina idea
En el mundo realizada,
En tu Vírgen adorada
Todo un gran Dios se recrea.

Tú mitigas los dolores
Del desgraciado que llora,
Te con tu influjo Señora
Redimes los pecadores.
Recibe pues los loores
Debidos á tu grandeza,
Disipa nuestra tristeza,
Vierte la luz y el consuelo,
Ya que se complace el cielo
En tan graciosa belleza.

Con tu mirar espresivo
Tú en paz conviertes la guerra,
Al náufrago le das tierra
Y libertad al cautivo:
Tú que nunca el rostro esquivo
Volvistes á la pobreza,
Tú que quedaste ilesa
En tu pura Concepcion,
A ti vuela el corazon,
A ti celestial princesa.

¡Cuántas veces al marino
Tu presencia lo ha salvado!
Cuánto en tu amor no ha confiado
El guerrero en su camino:
Sin tu influjo peregrino,

¿Qué la existencia seria?
El hombre por ella iria
Como descarriada oveja,
Sin que tú oyeras su queja
Virgen sagrada María.

Tú que le distes el ser
De tu seno en lo profundo,
Al hombre Dios que á este mundo
Vino para padecer.
Tú que llorastes al ver
Que hacia el Golgota subia
Pensando lo que sufria
Tu hijo en lagrimas deshecho,
A ti tan solo mi pecho
Te ofrezco desde este dia.

Oh tú que las glorias ciertas
Das en la vida al cristiano,
Y en la muerte con tu mano
Se abre del cielo la puerta:
Hoy quiere mi alma que vierta
Raudales de bendicion,
Que calmes nuestra afliccion
Pues nos alienta la fe,
Y yo en pago te daré
Alma, vida y corazon.

Oh tú bendecida estrella
Que fuistes de Dios querida,
Y en Nazaret escojida
Cual la mas linda doncella,
Pon á nuestros ojos bella
La tierra de promision.
Anuncia la salvacion
Y á todo un pueblo contrito
Haz que de Dios sea bendito
Mírame con compasion.

Tú seras, virgen clemente,
La estrella de lumbre clara
Que el camino le enseñara
A los magos del Oriente:
La nube de fuego ardiente
Que le sirviera de guia
Al pueblo de Dios un dia
En la mitad del desierto
Llevame, pues, hasta el puerto
No me dejes, madre mia.

D. y V.



A....M.

Sílfide encantadora, flor galana,
Emblema de belleza y de candor,
Realidad de los sueños de oro y grana,
Angel que viertes por do quier amor:
Felicidad es ver tu faz lozana,
Y donde estás disípase el dolor:
No habiendo nada que, cual eres, sea
A dar, del ser que tomas nombre, idea.

Un marino.

A.........MONTALVO.

Sencilla ninfa del vergel cubano,
Estrella solitaria de mi amor,
Raudal de gentileza, que Ticiano,
Anhelante buscaba con ardor;
Formáronte las Gracias y su mano
Imposible juzgó nada mejor,
No dejando despues de inspirar celos
A las mismas que fueron tus modelos.

Otro marino.

A LA SEÑORITA DOÑA....

Sirena hermosa, yo cantar quisiera
En versos mil, tu gracia y gentileza;
Ruda mi lira, ni aun vibrar pudiera
Antes de ver tu sin igual belleza:
Finísima es tu tez cual blanca cera,
Iguala á la de Vénus tu cabeza,
No hay con qué comparar tus bellos ojos
A no decir que al sol causan enojos.

Miro en tu frente pura cual la luna.
Ornada en parte por tu rubio pelo,
Nido del amor es, sin duda alguna,
Tu blanco pecho, de Rafael modelo:
Angel eres de paz, cual tú, ninguna
Luce ni brilla en el hispano suelo,
Venistes á habitar aquí en la tierra
Oá idea dar de lo que el cielo encierra.

Un marino distinto.



REMITIDOS.

SRES. REDACTORES DEL DIARIO DE LA MARINA.

En los natales de nuestro celebérrimo amigo D. Severo Portas en el momento de ir cabalgando al aire en su jamelgo al oscurecer del domingo, al asomar su disco cornucópico la plateada luna.

Si quis dixerit qui ego non sum discipulum melior aulas Ginethiarum vatis magnum. Anathema sit.

Si alguno dijere que yo no soy el discípulo mas aventajado de las aulas Ginethianas: le arrimo un linternazo que lo deja patitieso.

Gonzalez Llanos.

Salvo! Severo Portas, caro amigo;
Llegó por fin de tu natal el dia,
Ansiado para nos; pues que contigo
Del famélico Tan nuestra barriga

Esperamos sacar, que como un higo
No chumbo, sino paso, nos obliga
A suplicarte en versos Ginethianos
Llenes la panza Alsínica y de Llanos

De gallinas, de pollos y pichones,
De suculentos pavos bien trufados
Adobados con salsa de jamones,
Y aunque añadas tambien buenos asados,

Sazonados con zumo de limones,
De jerezana orquesta acompañados,
Juntos han de bailar allí en tu mesa
La danzita que mas nos embelesa.

F. G. LL—M. A.

EPIGRAMA.

Un andaluz descarado,
Pasando algo distraido,
Con un baston hizo ruido
En las rejas de un letrado.
Este le dijo enfadado:
"¡Eh! ¡Qué gracia! ¡Qué [illegible]!"
Mas el zurro era [illegible],
Y [illegible] el maldito,
Dijo alargando el palito:—
"Pues [illegible] mejor."

[illegible] (Cop.)

A LA MISMA.

S iendo yá tres los que tu donosura
E n épico cantar han celebrado,
R eina de gentileza y hermosura
A clamándote en tono delicado,
F uera mengua que siendo mi ventura
I dolatrarte siempre, entusiasmado
N o pusiera tambien en la balanza
A lguna octava mas en tu alabanza.

Otro maridito.

A SERAFINA.

Bellísima Serafina,
La de la dulce mirada,
La de la boca divina,
La de la voz argentina,
La de la tez nacarada,

¿Quién como tú? Los amores
En tus ojos se anidaron:
Donde pisas brotan flores:
Y los tiernos ruiseñores
Su voz á tu voz prestaron.

Quién como tú? Fresca rosa
De suavísimo color,
Es tu cara candorosa,
Imágen maravillosa
De un dulce ensueño de amor.

Quién como tú? Nada iguala
Tu riquísimo cabello,
Que es tu mas brillante gala
Cuando rizado resbala
Por tu blanquísimo cuello.

Eres cual la hurí divina
Que sueña el hijo de Oriente;
Eres bella, Serafina,
Cual la fantástica ondina
Que finje en el mar la mente.

Son vivísimas estrellas
De luz brillante tus ojos,
Son tus miradas centellas,
Rosas tus mejillas bellas,
Claveles tus labios rojos.

'l 'u acento del agua toma.
El su 'vísimo murmullo;
Es tu a liento como aroma,
Y tu voz como el arrullo
De la cán dida paloma.

Hermosís 'ma habanera,
Dechado de p erfecciones,
Es tu rubia cab ellera
Perfumada enre ladera
Donde enredas co razones.

Pero basta; que p intarte
La hermosura peregr ina
Con que plugo á Dios crearte,
Fuera, ademas de cansa te,
Imposible, Serafina.

Que nunca tanto portento
Copiar pudiera mi mano,
Y fuera vano mi intento
Aunque tuviera el talento
De Murillo ó del Ticiano.

Solo decirte he querido
Que nunca jamás, criatura.
Pudo nadie haber nacido
Que haya como tú reunido
Tanta májica hermosura.

Nada cual tú, Serafina,
Nada como tus cabellos,
Como tu boca divin a,
Como tu voz argentina,
Ni como tus ojos bellos.

Yo al mirar tu frente pura
Donde rutilante brilla
La esencia de la hermosura,
Que miro se me figura
La flor de la maravilla....

Y admirado y confundido
De ver en tí tanto encanto,
Como tributo debido
A quien tan bella ha nacido,
Te escribo este rudo canto.

Adios; y piensa que cuando
Vaya tu labio divino
Estos versos recitando,
Irá por la mar cruzando
Otro *Distinto* marino.



POESIA.

Sres. Redactores del Noticioso y Lucero: en una reunion de amigos en que se hallaba el Br. D. Ramon Velez, el diez del corriente improvisó éste el adjunto soneto á la muerte del jóven Duque de Reichstadt. Amante decidido y entusiasta por las glorias del *cantor de la Rosa del sepulcro*, es muy grato á la amistad que profeso al poeta, vea la luz pública la referida composicion, en que resalta el fuego y la energia caracteristica del sublime Velez: favor que reconocerá su afecmo. S. S. Q. B. S. M. *Delino.*

SONETO.

Ciñe el ciprés la moribunda frente
Del heredero de un imperio osado,
Y al tremolar el pavellon sagrado
El ancho *Tiber* suspiró doliente:

El nuevo Rey de la Romana gente
Al sol de *Jena* y *Auterliz* velado
El polvo de su padre ensangrentado
En la noche evocaba largamente.

Retiembla el opulento Capitolio,
Y de Varsovia el destrozado muro
Hace temblar el Moscovita solio;

Y al relucir de Arcola los pendones
Gime la Galia, y en el suelo duro
Lloran su tumba Reyes y Naciones.

A SCOLA.

I.

Reir.

Era Inés la azucena del cortijo,
Blanca, garbosa, tan gentil y bella
Que los pastores namorados de ella
Tras ella erraban con afan prolijo.
Inés era del valle el regocijo:
Quien la llamó "su rosa," quien "su estrella"
Y cuántos codiciaron la doncella,
Que nunca á nadie que le amaba dijo.
Alegre, juguetona, descuidada,
Por todo la inocente se reía,
Recorriendo la selva y la cañada
Desde nacer hasta morir el dia.
Blanco de amor, portento de hermosura,
Era Inés un emblema de ventura.

II.

Llorar.

Al cortijo en la noche un peregrino
Llamó cansado; rápida y violenta
Los montes azotaba la tormenta
Y el arroyo borrado habia el camino.
Entró, sentóse: un cántico divino
Al compás del laud con voz muy lenta
Entonó melodioso; Inés atenta
Le preguntó despues:—"¿Cual es mi sino?"
—"Tú eres feliz, contesta, pero el llanto
Y el placer son gemelos!" "¿Seré amada?"
—"Sábelo Dios! Amor es falso encanto."
Quedóse Inés cuando lo oyó turbada:
Partió el viajero al despuntar el dia
E Inés lloró al pensar que él no volvia.

Nueva York, mayo 1856. NAZARENO.

Poesías.—Los cantantes de nacimientos, dias etc. van brotando por todas partes como los hongos; el chaparron de *sonetos* no escampa; justo es que nosotros echemos tambien nuestro cuarto á espadas y por lo tanto allá va *eso* en *celebridad de los felices natales de los fabricantes de sonetos.*

SONETO A LOS DE LOS SONETOS.

P[illegible] implacables soneteros,
En[illegible] vuestra lengua desatada:
Dad [illegible] esa contínua granizada
Y dejad descansar á los tinteros.
Piedad! No mas *natales placenteros*!
Basta de *refulgencia* y de *alborada*,
Que la madre natura está asustada
Al ver tal abundancia de copleros.
¿No os fuera mas piadoso y mas barato
En lugar de sonetos sembrar caña
Y cuidarnos el ñame y el boniato?
Calmad ¡oh vates! vuestra fiera saña
Antes que Dios castigue á tanto gato
Como la lira del Parnaso araña.

COMUNICADOS.

[illegible] á mi indudable compadre Pedro Soles y Vidal, el dia de su santo.

Pesetas y salud ¡Oh buen Perico!
Hoy tu amigo y compadre te desea
Y suculentos platos de jarico,
De pargos, rabirrubia ó jicotea.
Con *dinero* y salud, compadre amado,
Navegar puedas por el mar del mundo,
Sin que te arredre el aquilon airado
Ni el ladrido del perro rabiundo(1)
Si! Navega con brio y confianza
Y honor vendrás á ser de Cataluña:
Estos los votos son y la esperanza
Que abriga tu compadre.
(Cárdenas.)

Juan Pe[illegible]

(1) [illegible] de rabia [illegible]

LA VOZ DE LA AMISTAD.

En la tumba del Sr. D. Miguel María Alday. (1.)

Suene la lira que alegre
Cantó los tiernos amores,
El perfume de las flores
Y del agua el murmurar.
Suene con voces de angustia,
Entone el canto de muerte
Cuando el silencio se advierte
Profundo en todo reinar.
Soy el vate de los prados;
Soy el vate peregrino
Que cantar es su destino
Sobre el mármol sepulcral.
Soy el que canto lo noble,
Y del genio tras las huellas
Canto las luces y estrellas
De mi cielo tropical.
Soy el que ayer en la bulla
De las fiestas dulcemente
Lancé mi cancion ardiente
Llena de fuego y de am[illegible]
Y q. hoy con llanto en los ojo[illegible]
Canto al borde de est[illegible]
Cuando en los aire[illegible] cumb[illegible]
Triste acento [illegible]dor.
Vengo cub[illegible] de luto,
De ciprés [illegible]do orcado
Y del Númen suspirado
Una lágrima á regar.
Yo quiero asaz afligido
De mi mente de poeta
Esta ofrenda que es completa
Al digno *Alday* tributar.
Vengo, en fin, con toda el alma
A celebrar sus acciones,
A hacerle fúnebres dones
Cuando va á la eternidad.
Canto del cielo animado,
Por mí no suena la lira,
Que cuanto ella respira
Es *la voz de la amistad.*

Baja del cielo, Genio sacrosanto,
Anima el pobre canto
Que eleva mi laud.
Dame tu fuerte, soberano aliento
Para lanzar mi acento
Cantando la virtud.
Debo ensalzar sobre su tumba al hombre
Que conquistara el nombre
De honrado, bueno y fiel.
Al amigo mas franco y generoso,
Mas fino y estremoso,
Mas digno de laurel.
¿Quién merece mas himnos y ovaciones
Y santas oraciones
Que él siempre mereció?
¿Quién mas aplausos y perenne gloria
Que quien jamás su historia
Hermosa mancilló?
La voz de la amistad en su sepulcro
Con eco noble y pulcro
Proclama su alto honor,
Y responde al concento funerario
El mármol solitario
Y el sauce llorador.
Se conmueve á su muerte cuanto existe
Y cuanto aquí se viste
De vida y de esplendor.
Y al compás del acorde sentimiento
Remóntase al momento
Su espíritu al Señor.

Venid, amigos de *Alday*,
Con el alma conmovida
Cabe á su tumba querida:
La ofrenda mejor que hay
Es llorar su extinta vida.

Venid y lloremos
Sin tregua y consuelo,
Cubierto, de duelo,
La pérdida amarga
Del hombre de honor.
Venid y cortemos
Magníficas flores,
Postreros loores,
Postreros tributos
Al hombre mejor.
¡Oh Cuba preciosa!
Tu alegre vestido
De palmas ceñido
Por otro de luto
Ligera depon.
Unidos tus hijos
Tus lágrimas viertan
Y todos adviertan
Q. ha muerto quien siempre
Te amó con pasion.

Promulgue doquiera
La voz de la Fama
Que todo lo aclama
Su muerte azarosa
Sentida y fatal.
Traspase la nueva
Los límpidos mares;
Erijan altares
Al hombre sublime
Con lauro inmortal.
El huérfano, el pobre,
La viuda, el mendigo
Le dicen, su amigo
Y juntos su muerte
Al par llorarán.
Lloremos de nuevo,
Lloremos, señores;
Reguémosle flores
Que luego en su tumba
Mas nuevas darán.

Mas.... cese el canto de mi tosca lira
Que ya la tarde avanza,
Y el astro de las noches en el cielo
Resplandecer se mira,
Y el genio de los túmulos nos lanza
De este sagrado y funerario suelo
Do espira frágil la mundana suerte
Y donde reina con pavor la muerte.
Mas antes murmuremos
Una oracion devota
Que suba á Dios en religiosa nota.
Por el descanso eterno le imploremos
De nuestro noble idolatrado amigo.
Una cruz fijaremos
Que vele sus despojos.
Asome el llanto á los serenos ojos.
¡Oh rigor enemigo!
Postrémonos de hinojos
Y en tan luctuoso y memorable dia
Pongamos flores en su losa fria!

A Dios, varon ilustre, en quien cifraba
El blanco de mí dulce complacencia,
A quien tierna amistad le consagraba
Y de mi afecto la especial vehemencia.
Hoy que tu vida predilecta acaba
Y nos privas del bien de tu presencia
Recibe nuestros votos y oraciones
Mas allá de las célicas regiones.
A Dios, adios hasta el futuro dia
En que resuene la final trompeta,
Y en que el lazo de amor que nos unía
Nueva ventura nos dará completa.
Sofocada su voz por la agonía
¡*A Dios, Miguel*! te dice tu poeta.
¡A Dios, adios hasta la tumba, amigo!
¡Mas tarde en ella me uniré contigo!

Antonio Enrique de Zafra.

---

(1) Leida en el Cementerio General ante su cadáver en la tarde del Domingo 29, al dársele sepultura en su nicho.



A ELLA.

Serenas son las noches del estío,
En ellas brilla la argentada luna,
Riega las flores el sutil rocío
Adornando sus hojas una á una:
Flor eres tú del pensamiento mio,
Y para ser mas bella que otra alguna,
No necesitas, no, que el aura pura
Aumente con sus perlas tu hermosura.

Un nuevo marino.







[redacted]

